
“UNA PORTADA EN BLANCO.
Y UNA HISTORIA QUE JAMÁS
IMAGINARON DESCUBRIR.”
SINOPSIS
DE UN
DESASTRE
(y algo más)
VERÓNICA ESPINOSA
LORENA MURIÉN

© 2025 Verónica Espinosa & Lorena Murién
SafeCreative © **2506072011183**
instagram.com/lorenamurien_
instagram.com/veronicaespinosa.autora
Diseño de cubierta y maquetación:
Verónica Espinosa

Quedan prohibidos (sin la autorización por escrito de los titulares del copyright) bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, reproducción y tratamiento informático, junto a la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos. No obstante, está permitida la reproducción parcial de esta obra con fines promocionales, publicitarios, reseñas del contenido de la misma en cualquier medio escrito o digital, inspiracionales, con la única obligación de mencionar al titular de copyright.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
EPÍLOGO

"*Quizás son nuestras imperfecciones*
las que nos hacen tan perfectos el uno para el otro"

—Jane Austen



CAPÍTULO 1

MIRANDA

Londres, Inglaterra. 13 de marzo de 2025.

El fin de semana ha pasado tan rápido que apenas he logrado descansar, y que el metro esté a rebosar tampoco ayuda a que desaparezca el dolor de cabeza que arrastro desde que me he despertado. Apenas llevo dos horas en pie y ya quiero que el día se acabe, llegar a casa y servirme una copa de vino mientras veo *Love is Blind*, mi placer culposo por excelencia. Esta mañana, Tobias ha enviado una circular para informarnos de que habrá una reunión de última hora en su despacho, y estoy segura de que no traerá nada bueno. El ambiente en la editorial ha estado tenso las últimas semanas; la mayoría somos conscientes de que las ventas no van tan bien como deberían a estas alturas del año, pero soy de las que cree que todavía no estamos en el punto de ver despidos masivos. Al menos, eso espero.

La City me recibe con su habitual marea de gente camino a sus respectivas oficinas, en un barrio donde los modernos rascacielos se alzan sobre los vestigios de callejones medievales. No es que sea mi lugar favorito de Londres, pero debo reconocer que el contraste

tiene su encanto. Eso dibuja una sonrisa en mis labios, que se mantiene... hasta que salgo del ascensor y me encuentro de frente con Diana.

—Esto no pinta nada bien —suelta de golpe y se agarra a mi brazo como una garrapata—. Tobias lleva un cabreo monumental, ya se ha tomado tres cafés y no para de pasearse por su oficina. Creo que mi mayor temor se va a hacer realidad.

—No digas tonterías. Es imposible que vayan a despedirnos; la editorial se vendría abajo si eso pasa. Además, acabamos de pasar la feria del libro y digo yo, que eso habrá venido muy bien.

—Eso es lo que me gustaría pensar —responde, tan derrotista como siempre. Suspira y, en un segundo, ya logra ponerme de los nervios.

Tampoco es que yo sea la positividad en persona. Y por eso, me corroboro mentalmente que, en efecto, ya quiero volver a casa.

—Vamos por un café y no le des más vueltas. Lo que tenga que ser, será.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila? —protesta, poniéndose delante de mí con esa mirada de cachorrito que usa cuando quiere dar lástima—. Si me despiden, no sé dónde voy a caer muerta. Las secretarias siempre somos las primeras de las que prescinden.

—Sabes que tienes un sitio en mi casa, no exageres —comento, haciendo un esfuerzo descomunal por no poner los ojos en blanco. Sin pensarlo dos veces, dejo las manos sobre sus hombros y la zarandeo suavemente—. Ya verás cómo la reunión no será tan terrible. Venga, que necesito cafeína.

Diana asiente y me acompaña al fondo de la sala principal, donde hay un pequeño espacio para tomar algo si no quieres hacerlo en tu despacho. Miro alrededor y, por un momento, me muerdo el interior de las mejillas pensando en lo que pasará si ella tiene razón. «Espero que al final no ocurra, porque mi sello no es que vaya bien que digamos», comento para mí, mientras hago una mueca al ver una taza aparecer ante mis narices.

Bebo en silencio, convencida de que volveré a casa sin sobresaltos. Seguro que Tobias y Margaret solo quieren echarnos la bronca por las ventas y ponernos las pilas. Tampoco puedo culparlos: el mercado está saturado de novedades que, últimamente, nos han alejado de los primeros puestos que solíamos ocupar. Estoy convencida de que esto es una moda pasajera que se disipará y nos devolverá a nuestro lugar, aunque yo no pueda manejar los hilos de Apex como quisiera.

El café se enfría entre mis manos y me lo bebo de golpe cuando veo que son casi las ocho y media. Solo faltaba que llegáramos tarde a la dichosa reunión. Diana se arregla un par de mechones de su pelo corto y se retoca los labios como si eso fuera a ayudarla. Es su forma de controlar los nervios. Le dedico una sonrisa para tranquilizarla. Estoy segura de que su puesto no corre peligro.

—¿Vamos? —le digo, alisándome la camisa y las solapas de la chaqueta.

Los libros que descansan en las estanterías que nos rodean parecen lanzarme una mirada cómplice, y, como si pudieran hablar, siento que me susurran palabras de aliento. Puede que este lugar me cause muchos dolores de cabeza, pero ya me he acostumbrado a

ver los carteles de nuestras publicaciones en las paredes y a regar las plantas de los rincones cuando todos parecen olvidarlas.

Esto es lo que llama la gente a ser «una persona aburridísima».

Carraspeo y camino hacia el despacho de Tobias, justo al frente del mío, pero al otro lado de la planta. En cuanto me ve, se arregla el nudo de la corbata, y su mujer le acaricia el brazo con suavidad.

—Kelsey, entra tú también. Diana, a ti no te necesitamos. Puedes salir y cerrar la puerta. —Diana abre la boca, asombrada, y la veo palidecer.

Las manos le tiemblan, parece a punto de sufrir un infarto por la impresión, aunque enseguida da media vuelta y me deja sola ante el peligro.

—¿Qué pasa? En la circular decías que era una reunión importante y falta la mayoría del personal —aclaro, con toda la intención. Tobias tamborilea los dedos sobre el escritorio y nos responde al instante.

—Eso es porque ellos han hecho bien su trabajo —suelta sin rodeos. Margaret traga saliva cuando la miro. Está claro que no piensa contradecir a su marido—. Sois las editoras de dos sellos muy importantes de Apex, pero también las que más habéis sufrido una caída abrupta desde octubre.

—Solo un diez por ciento —respondo con firmeza. Tobias apoya las manos en el escritorio y me lanza una de esas miradas que solo pueden significar malas noticias. Así que, me callo y cruzo los brazos.

—Un diez por ciento que equivale a cientos de miles de libras. Estoy muy agradecido por los éxitos que hemos tenido, pero ha

llegado el momento de actuar.

—¿A qué te refieres? —pregunta por fin Kelsey, con una chispa de interés que me provoca un sarpullido.

Sus publicaciones han sido una colección de casualidades, nada que ver con el esfuerzo que yo he puesto para ganarme la confianza de los autores y posicionar la editorial. El resultado: varios *bestsellers* y premios que han dado prestigio al sello.

—Quiero que trabajéis juntas. Vuestros sellos tienen cosas similares y no podemos seguir gestionándolos por separado. Haced un estudio, encontrad al próximo éxito de ventas, un autor que ponga a Apex en la cima. Estamos a pocos meses del verano y no podemos enfrentarnos al mercado con lo mismo de siempre —dice, tan convencido que esboza una sonrisa petulante, creyéndose un genio con esta jugada—. Cuando esto termine, si la propuesta llega a buenos términos, podréis quedaros en la editorial y tendréis carta blanca para publicar lo que queráis, sin necesidad de pasar por nosotros.

—¿Y si no…? —apunta Kelsey.

—En pocas palabras, nos vamos a la calle —la interrumpo, indignada, y centro la atención en Margaret—. ¿Tú estás de acuerdo con esto? Porque si no fuera por mí…

No sé que me jode más, si tener que trabajar con Kelsey, o que comparen nuestros sellos.

—Es lo que hay que hacer, Miranda. Los tiempos han cambiado, y el mundo editorial también —me aclara ella y, acto seguido, esboza una sonrisa forzada—. Sé que formaréis un buen equipo. No

lo veas como un posible despido, sino como una oportunidad para aprender la una de la otra y crecer.

Suelto un suspiro frustrado, completamente en desacuerdo, y miro a Diana, que desde fuera me interroga con la mirada, tratando de entender qué ocurre. Pero ni yo lo sé con certeza. Lo último que esperaba era tener que compartir mi trabajo para mantener mi puesto en la editorial… pero no voy a ponérselo fácil a nadie.

Con la rabia aún palpitando en el pecho, me doy media vuelta y salgo del despacho sin decir una palabra más. No miro a Kelsey y nada más salir, me encuentro con Diana, que espera justo al lado, conteniendo el aliento como si hubiera estado a punto de desmayarse en mi ausencia.

—¿Y bien? —me pregunta, con la voz temblorosa y los ojos abiertos como platos.

—Ahora no —espeto, sin detenerme.

Camino con paso firme hasta mi despacho, abro la puerta, entro y la cierro con un portazo seco, dejando fuera el murmullo de la oficina y la mirada boquiabierta de mi compañera. Necesito unos minutos. Necesito aire. Necesito café, o tal vez otra vida. Me dejo caer en la silla y llevo las manos a la cara, ya sabía yo, que el día había empezado como una mierda.



CAPÍTULO 2

KELSEY

Poco después…

Cuando tienes una familia ligada a la literatura, los libros no son solo una pasión… son como ese primo que vive contigo, que nunca se va y que encima te ocupa todo el sofá. Se convierten en tu mejor plan, tu burbuja anticaos, tu billete directo a mundos donde no necesitas dinero para disfrutar.

Mis padres, que claramente querían ahorrarse la niñera, decidieron poner un libro en mis manos mucho antes de que pudiera leer. Creo que sostuve el primero a los dos años, probablemente pensando que era un sándwich, y desde entonces no he parado. Hoy en día, mi apartamento en Covent Garden parece la trastienda de la librería de mi madre. Henry, mi compañero de piso y amigo, ha intentado darle su toque... pero sigue siendo una cueva que atrapa como si fuera la versión intelectual de Narnia.

De pequeña creía que trabajar con libros era como estar en una versión nerd de Disney. Mi madre, para mí, era un hada madrina con gafas de leer que regalaba portales mágicos encuadernados. Pero entonces crecí, estudié, me gradué y aterricé en Apex, donde

descubrí que el mundo editorial está repleto de accionistas y no de esa magia que yo sentía en el corazón cada vez que me paraba a leer. Aquí no importa cuánto te haga llorar una historia… lo que cuenta es vender, aplastar a la competencia y hacer como que todo va bien mientras el barco se hunde como el Titanic, pero sin Kate Winslet.

Y no culpo a los libros. ¡Pobrecitos, ellos no tienen la culpa! La culpa es de nuestra gloriosa gestión: esa obsesión por apostar solo por autores consagrados, como si fueran Pokémon legendarios, y no darle una mísera oportunidad a nuevas voces que podrían enamorar a lectores más perdidos que yo un lunes por la mañana.

Con la circular de Tobias esperándome desde las siete de la mañana —bendita ansiedad matutina—, decidí aplicar la técnica ancestral del escapismo: visitar a mi madre. Su librería en Leadenhall Market está a un paso de la editorial y, como cada día, fui a recargar las pilas con un buen café y un poquito de esperanza.

Visitarla me permite tener una idea de los libros que se venden solos y cuáles acumulan telarañas. Dicen que esto es perder el tiempo, pero a mí me alimenta el alma y me ofrece otra perspectiva de las ventas. Aunque mis jefes y compañeros no compartan mi enfoque, sigo creyendo que hay muchas historias por descubrir más allá de las que ellos suelen elegir. Por ejemplo, todos esos «éxitos» que ni Tobias ni Margaret quisieron aceptar y que ahora tienen más ediciones que el Quijote.

Han pasado horas desde que nos llamaron a Miranda y a mí para soltarnos la bomba del día. Aunque aún no sé cómo vamos a trabajar juntas sin acabar a gritos, he preparado un dossier con

ideas para compartir con ella. Mi visita a la librería me dejó claro algunos puntos clave en los que debemos enfocarnos, y ojalá —cruzo hasta los dedos de los pies— los acepte. El problema es que, aunque compartimos oficina, lo de ser compañeras... es bastante discutible.

Cuando llegué aquí, nuestro primer encuentro fue poco prometedor y, desde entonces, nos convertimos en algo parecido a —dos completas desconocidas— enemigas. Miranda es bastante fría y hermética. Solo habla con Diana y con su espejo, que seguramente le dice justo lo que quiere oír. Es cierto que su trabajo es impecable; elige, acierta y brilla más que un árbol de Navidad. Mi madre dice que le tengo envidia, pero lo cierto es que la admiro profundamente y me encantaría aprender de ella.

Reconozco que tiene un don para detectar manuscritos con potencial de *bestseller*, como quien huele un pastel recién hecho y sabe exactamente cuál es su ingrediente secreto. Y aunque yo también soy buena en lo mío, Tobias y Margaret han jugado más al «te corto las alas» conmigo que al «te apoyamos en todo, Kelsey». Y eso... eso desanima, te resta motivación y ganas de seguir adelante.

Así que hoy, con espíritu de «vamos a intentarlo», me aferro a mis documentos como si fueran peluches y camino hacia su despacho, que, por suerte, queda en dirección contraria al mío. Al menos el universo nos concedió esa tregua.

Mientras camino, ensayo mentalmente el discurso más profesional y menos confrontativo que se me ocurre. Irme de Apex no está en mis planes, pero tampoco quiero ver cómo mi sello editorial se entierra como un castillo de arena, ni a mis autores

dando vueltas en círculos sin saber a dónde ir ante los posibles cambios de la editorial.

Llego a la puerta, practico mi sonrisa «modo diplomática» y toco, pero no escucho nada. Miro a mi alrededor, pero tampoco veo a Diana. Así que, como detective de medio pelo que soy, decido buscarla en la zona de descanso, su lugar favorito, más que su propio escritorio.

—¡Es que no los entiendo! ¿Qué ven de parecido en nuestros sellos? —La voz de Miranda me pone en alerta, y me escondo como espía en una película de bajo presupuesto—. Kelsey no ha hecho nada en todos estos años —añade, como quien comenta que se le ha quemado la tostada—. Yo me he esforzado, he puesto mi tiempo y mi alma en cada uno de los libros que he sacado adelante, y ahora me saltan con esta tontería.

—Bueno, eso de que no ha hecho nada... —«¡Bien, Diana al rescate!»—. Ella ha intentado publicar varios manuscritos más, pero los jefes no le han permitido seguir adelante. Así que eso no significa que sea mala en lo que hace. ¿Te has tomado el tiempo de leer alguno de los descartados o los pocos que ha publicado?

—¿Tú me ves leyendo una novela romántica? —responde Miranda con ese tono condescendiente de quien cree que Shakespeare y el amor cursi deberían vivir en planetas distintos.

«Qué ofensa, no publico solo novela romántica.»

—Pues si lo hicieras, verías que son buenos —insiste Diana—. Lo que pasa es que tú llevas más tiempo aquí, Apex tiene tu estilo, y su sello es más juvenil, más actual. Es normal que hayas tenido más

oportunidades de brillar, además, muchas de tus novelas van de la mano de su público.

Ups.

—¿¡Oportunidades!? —Miranda suelta una risa cargada de ironía —. ¿Sabes lo que tuve que hacer para publicar el último? ¡Dios santo! ¡Hasta hice de niñera de sus hijas! —comenta, y no puedo evitar reírme. Grave error.

Esa risa provoca que Miranda me descubra y se gire hacia mí, con el ceño fruncido y cara de «estás muerta».

—¿Te parece graciosa la conversación? —me suelta, con la mirada tan afilada como un cuchillo.

—Mucho más que a ti cuidar de Anne y Megan. ¿Podemos hablar?

—Ahora no tengo la cabeza para charlas —responde como la diva que es—. Ahórrate lo que tengas que decir para otro momento.

—¿Otro momento? —resoplo, pero me obligo a respirar hondo y continúo—. Me parece genial que tu sello esté por encima del mío, pero yo también tengo autores que creen en mí. Nos quedan apenas tres meses para hacer magia antes del verano, así que...

Diana bebe su café —o lo que sea que tenga ese líquido oscuro — y nos observa con la paciencia de un juez de línea.

—¿No puedes esperar a mañana? Déjame, al menos, digerir todo esto —suelta Miranda, como si estuviera enfrentándose al Apocalipsis—. Mi sello también está en juego.

—Sí, claro, como si no fueras la favorita —murmuro, con el tono más odioso que puedo fingir—. En fin, cuando quieras hablar

conmigo, ya sabes dónde encontrarme. Quédate con esto, es información que he recopilado sobre ventas y preferencias de los lectores. Puede que nos sirva.

—No lo necesito. Sé bien cómo funciona este mundo.

—Sabes hacer bien tu trabajo, pero... ¿entiendes al lector de carne y hueso? Ese que entra a una librería buscando algo que le acaricie el alma, no un Nobel de Literatura. A veces, ayuda salir del despacho y comportarse como una persona normal.

Creo que a Diana se le ha caído la mandíbula.

Antes de que me lance otra evasiva, me doy media vuelta como en una escena de telenovela, y regreso a mi despacho para recoger mis cosas y dar por terminada la jornada.

Sí, tengo a Miranda en un pedestal, pero cuando se infla como un pavo real y actúa como si lo supiera todo... simplemente no la soporto.



CAPÍTULO 3

MIRANDA

He estado a punto de tirar la carpeta que me dio Kelsey en varias ocasiones, aunque al final la he metido en el bolso sin pensar demasiado. Después de la reunión y de que Diana se pusiera de su parte, no tengo ganas de verle la cara a ninguna de las dos, ni tampoco a mis jefes. Todavía no puedo creer que Kelsey se atreviera a encararse conmigo, como si fuera la editora más importante de Apex o llevara tantos años de carrera como yo. He entregado tanto por esta editorial que no pienso tirar por la borda el esfuerzo que me ha costado llegar a lo más alto, por más que el mercado haya cambiado o las tendencias también. Me niego a aceptar que ella sabe más que yo de este trabajo. ¿Y cómo ha dicho? ¿Que no veo más allá de mi escritorio?

La cabeza me va a estallar y, por mucho que lo intente, sé que no me servirá de nada intentar concentrarme en los correos que tengo pendientes. Así que agarro la chaqueta y decido tomarme el resto del día libre. Ya terminaré lo que tengo que hacer desde casa.

Suelto un suspiro largo y salgo del despacho sin más. Diana me observa, pero no se atreve a decir una sola palabra. Mejor así, porque si abre la boca, probablemente la mande a la mierda y luego tenga que arrepentirme.

En cuanto pongo un pie en la calle, tomo la línea Northern rumbo a Bloomsbury, donde vive y trabaja mi hermano. Es la única persona en la que confío ahora mismo para desahogarme sin sentirme juzgada ni como profesional ni como ser humano. El metro está casi vacío, y aprovecho para sentarme en uno de los asientos libres. Respiro con calma, aunque hay algo que termina por ganarle al silencio: la maldita carpeta. Me resisto, pero la curiosidad me puede. Me intriga saber si el trabajo de Kelsey es tan impecable como presume, así que, la saco del bolso, me acomodo las gafas sobre el puente de la nariz y la abro.

—Increíble… —murmuro al ver que está organizada con varios colores, separadores y notas adhesivas. Se nota a kilómetros cuál es el tipo de publicaciones que maneja.

Lo primero que me salta a la vista es un listado que abarca desde este año hasta hace cinco, con las tendencias de lectura y cómo ha evolucionado un mercado que, para mi gusto, ya está saturado. Las cifras aumentan a partir de la pandemia y destacan un subgénero en particular. Leo «romantasy» y siento una punzada en el estómago. Está claro que ha superado, por mucho, a mis títulos más exitosos de ficción contemporánea.

Sé que las redes sociales y el entusiasmo juvenil y adulto han cambiado los intereses de los lectores, pero me cuesta aceptar que ya no voy a poder seguir clasificando historias como antes en Apex.

La romántica ha incrementado un 49 % sus ventas, dejando un mensaje más que claro.

Como si el universo quisiera darme otra bofetada, suena el teléfono. Es Margaret. Y aunque la ignoraría, reconozco que no soy una adolescente en mitad de una pataleta.

—Dime —respondo con sequedad.

—Sé que estás molesta, pero quería decirte que esto no va en contra tuya.

—Claro, es por el negocio, lo entiendo perfectamente —aclaro sin adorno alguno—. Me parece estupendo que queráis renovaros, lo que me cuesta comprender es por qué tengo que colaborar con una persona cuyo sello no se parece en nada al mío.

—Porque te equivocas un poco, y estamos convencidos de que vuestras ideas combinadas pueden dar lugar a algo poderoso —dice, como si hubieran descubierto la fórmula mágica del éxito.

—Mucha confianza, pero al final nuestro trabajo está en juego.

—Eso depende de vosotras, Miranda. Al final, seréis vosotras quienes decidáis hacia dónde queréis llevar el futuro en Apex, si es con un nuevo sello o no —responde, y oigo un leve carraspeo al otro lado de la línea—. En fin, solo quería decirte que confío mucho en ti y que seguro que todo irá bien. Espero vuestras ideas pronto.

Cuelga antes de que pueda decir nada más. Me quedo mirando el teléfono como si fuera a revelarme alguna verdad universal. No doy crédito a la frialdad con la que ha sido capaz de soltar todo eso, como si nuestras vidas fueran piezas en un tablero de ajedrez.

Para rematar, al llegar a la cafetería de mi hermano, veo el cartel de «cerrado». Entonces recuerdo que los jueves es su día de descanso, y como no quiero molestarlo, doy media vuelta y camino hasta la estación más cercana para tomar la línea Piccadilly de regreso a casa.

. . .

De camino, paso por delante de un par de librerías modestas, cuyos escaparates están llenos de títulos que nada tienen que ver con los antiguos *bestsellers* de mi sello. Me invade una sensación amarga, como si ya hubiese perdido esta batalla. Pero yo no soy de las que se rinden. Jamás lo he hecho, ni por mis principios ni por mi trabajo.

El cansancio me pesa en las piernas cuando llego a mi casa de Osten Mews, una pequeña propiedad heredada de mi abuela. Nada en su apariencia encaja con mi personalidad, o al menos eso dicen todos. Es una casita acogedora, colorida, construida sobre lo que antes fueron establos, en una de esas encantadoras calles interiores tan típicas de Londres.

—Bienvenida a casa —me digo, en voz baja.

Cuelgo la chaqueta en el perchero de la entrada, dejo las llaves en el aparador y me dirijo a la cocina, donde ya tengo la cafetera preparada. Sirvo una cantidad generosa en mi taza favorita y me siento a la mesa. Vuelvo a abrir la carpeta de Kelsey, y mientras leo, me recojo el pelo con una coleta, repasando lo que hay más allá de los números.

Está claro que, hoy por hoy, la opinión del lector tiene más peso que nunca. Ella lo demuestra con fotografías de varias librerías de

Londres y sus listas de ventas. Me echo hacia atrás y tamborileo con los dedos sobre la mesa. Siento la urgencia de llamar a mi hermano, pero me contengo. Mis padres, mientras tanto, disfrutan de unas merecidas vacaciones tras jubilarse, y no tengo el valor de decirles que mi puesto está en riesgo. Siempre soñaron con que trabajara en el negocio familiar, y la verdad, no quiero decepcionarlos.

El dolor de cabeza vuelve a acariciarme las sienes. Y entonces hago algo que ni yo misma me esperaba:

> **Miranda:** Mañana tengo que ocuparme de algunas cosas con mis autores, pero el viernes hablaremos de esto. Quiero visitar esas librerías que mencionaste.

Envío el mensaje y cierro la carpeta. Me concentro en el café, que aún humea. El silencio de mi hogar me envuelve con una mezcla de calma e incomodidad. Es en momentos como este cuando me doy cuenta de lo mucho que me involucro en el trabajo... y de lo poco que hago por mi vida personal.

Como diría Andrew, hasta los gatos saben socializar mejor que yo. Tal vez ya es hora de empezar a escuchar esas señales que me lanza la vida y cambiar el rumbo, aunque sea un poco.



CAPÍTULO 4

KELSEY

Londres, Inglaterra. 15 de marzo de 2025.

La situación en Apex está tan tensa que he pasado los últimos días lejos de la oficina. No tengo ni ganas ni ánimo de ver a nadie, y mucho menos de fingir una sonrisa y actuar como si nada ocurriera. He intentado encontrar una explicación lógica a la decisión que tomaron Tobias y Margaret, pero no la encuentro. Henry sostiene que con esta tontería de obligarnos a trabajar juntas lo que quieren es descubrir nuestras debilidades, saber quién desea de verdad este trabajo —como si no se notara ya—, y ver quién lo hace mejor, pero yo no lo tengo tan claro. Mi madre, en cambio, se ha mostrado más comprensiva; me ha aconsejado que me esfuerce al máximo y que les demuestre que aún tengo mucho que aportar. Y Jeremy, mi mejor amigo y alma gemela… bueno, él tiene una visión completamente distinta del asunto.

El lunes, mientras esperaba unas pizzas para la cena, recibí un mensaje de Miranda que me sorprendió. Saber que leyó toda la información que le facilité después del enfrentamiento que tuvimos me hizo pensar que quizá no todo está perdido y que, con algo de

suerte, podamos trabajar bien juntas. Le respondí enseguida y la invité a almorzar en el restaurante FARE —ubicado a un paso de Leadenhall Market— con la esperanza de que la conversación fuera más ligera y tuviéramos algo con lo que distraernos más allá del ambiente de oficina.

FARE es, sin duda, uno de los lugares con más estilo de la zona. Su interior, de inspiración industrial, con techos altos y decoración natural, armoniza a la perfección con una barra en tonos verdes y unas macetas colgantes que son un espectáculo. La terraza exterior, romántica y brillante gracias a las pequeñas luces entrelazadas en las plantas, también tiene un encanto natural y precioso. Sin embargo, no estoy aquí para adorar la decoración, he dejado todo eso atrás y me he sentado en una mesa junto a los ventanales.

La última vez que estuve aquí fue acompañada de mi expareja. Era mi cumpleaños, ella había preparado un día lleno de sorpresas, y cada vez que regreso, no puedo evitar pensar en lo difícil que ha sido seguir adelante desde que se marchó. Superar una desconexión tan repentina no es sencillo cuando estás acostumbrada a compartir cada día con alguien. Ahora, por suerte, estoy bien, pero me costó mucho aceptar que no queríamos lo mismo, que ella necesitaba más tiempo y que yo, simplemente, anhelaba estabilidad. Así es la diferencia de edad, y con el paso del tiempo lamenté no haber prestado atención a lo que mi madre me advirtió.

El restaurante hierve de movimiento. A mis espaldas, la puerta se abre y se cierra sin parar, y Miranda aún no ha llegado. Me pregunto si invitarla a comer fue demasiado, pero ya no hay marcha atrás. Imagino que está tomándose su tiempo para evitar una conversación incómoda, y no la culpo; yo tampoco tengo muchas

ganas de hacer esto. Ya es bastante con tener que trabajar juntas, encontrar un cliente que encaje con su estilo y el mío, y un manuscrito que refleje nuestras dos esencias. Además, ¿de qué hablaríamos si lo único que compartimos son los libros?

Con la intención de escribirle a Henry, busco el móvil en el bolsillo del abrigo y empiezo a teclear. Le dije que lo recogería al final del día en el trabajo, pero he cambiado de idea: iré a ver a mi madre. Hoy es el día de recepción de mercancías en el almacén y necesitará ayuda extra.

Apenas desconecto unos segundos, y cuando regreso a la realidad, Miranda está frente a mí, con esa expresión seria que nunca la abandona y ese estilo tan formal como anodino. La observo sin entender cómo ha llegado hasta aquí sin que la notara, y apenas se sienta, deposita sobre la mesa todos los documentos que le entregué.

—Cuando te dije que hablaríamos de esto el miércoles, esperaba que fuera en la oficina —comenta, sin mirarme siquiera, como si le hablara a los papeles. Su tono y su actitud mecánica, como si siguiera una rutina inalterable, me exasperan. Por eso decido romper la distancia y colocar mis manos sobre las suyas—. ¿Se puede saber qué haces?

—No he ido a la oficina porque no tengo ganas de fingir que me alegra esta situación —respondo. Al notar su incomodidad, retiro las manos y me dejo caer de nuevo en la silla, cruzando los brazos—. Tampoco me apetece tener a Tobias y a Margaret todo el día encima, así que lamento que hayas tenido que traer esos documentos hasta aquí —añado. Por fin, nuestros ojos se

encuentran, y en su mirada, de un color miel suave, veo comprensión. Tampoco debe de ser fácil para ella: estamos en el mismo tablero, como aliadas y rivales a la vez—. ¿Te parece si pedimos algo de comer y luego me cuentas qué opinas de esto?

Por un instante, temo que va a rechazar la idea. Sin embargo, se gira y alza una mano para llamar la atención del primer camarero que pasa a nuestro lado.

—Una ensalada italiana de pollo y un vino tinto, pero que sea afrutado, no seco —habla, como si conociera este sitio de toda la vida. El camarero me mira; también lo hace ella, y al ver que no respondo, carraspea.

—¿Quieres que pida la carta?

—No, es… —Niego con la cabeza mientras lo pienso mejor—. Quiero un sándwich vegetal con queso de cabra, y agua a temperatura ambiente. Gracias.

El camarero se marcha, y el silencio vuelve a instalarse entre nosotras. Ambas nos dejamos llevar por él. De vez en cuando, y de forma casi disimulada, poso mis ojos en ella: en cómo se ajusta las gafas sobre el puente de la nariz, en su pelo, en sus gestos mientras revisa su teléfono. Me pregunto si se siente tan incómoda como yo, o si este es el precio de haberla invitado a una comida que tal vez nunca debí proponer.

Mi teléfono suena al ritmo de una canción de Billie Eilish y, al sacarlo del bolsillo, veo que es mi madre. Seguramente está por salir de la librería, así que, sin pensarlo, descuelgo y me lo llevo al oído.

—Hola, mamá. ¿Cómo ha ido la mañana? —pregunto, fingiendo que no tengo a Miranda justo frente a mí—. Me alegra. Sí, estoy con

ella —al nombrarla, levanto la mirada y nuestras miradas se encuentran por un par de segundos—. Tranquila, iré a verte más tarde. Sé que hoy llega el pedido del almacén y no quiero que cargues tú sola con las cajas, ¿de acuerdo? —Suelto un suspiro—. Hasta luego. Te quiero.

Dejo el teléfono a un lado de la mesa y, de pronto, me quito el abrigo porque empiezo a sentir calor. No estoy acostumbrada a este tipo de tensión; la última vez que me vi en algo similar fue durante mi prueba para entrar en Apex… aún puedo recordar la expresión en el rostro de Tobias.

—Creo que voy al aseo.

—¿Desde hace cuánto tiempo tiene tu madre la librería? —pregunta Miranda, justo antes de que me levante.

—Desde antes de que yo naciera. Era de mi abuelo, una reliquia familiar —respondo mientras me vuelvo a sentar. Ella me observa por un instante y luego desvía la vista hacia las calles, más allá del cristal—. Ella… —musito, bajando un poco la voz—. Antes era mi padre quien la ayudaba, pero desde que está sola… —Dejo las palabras suspendidas, sin querer entrar en detalles personales—. Algún día será mía. Es mi deber continuar con ella.

—¿Todos los datos que me diste son...?

—No exactamente. Mi madre tiene contactos en el mundo de la compra y venta de libros. Es gracias a ellos que conseguí reunir toda esa información —aclaro, manteniendo mi mirada fija en sus ojos—. Hoy en día, los libros se venden por muchos motivos, no solo por el contenido. A veces, eso es lo que menos pesa en la balanza, y no

somos nosotros, los editores, quienes decidimos ese valor, sino los lectores. Es todo mucho más complejo de lo que parece.

—Entiendo… —susurra, y yo me muerdo el labio, insegura de qué más decir—. Sé que el marketing tiene un papel importante, por eso Margaret insiste tanto en las campañas que organizamos para cada lanzamiento.

—Pero de nada sirve una buena campaña si el libro no conecta con el público. Y antes de que digas algo... —Levanto la mano para detenerla—. No estoy diciendo que el autor no tenga talento o que la historia sea mala, sino que las ventas no serán las mismas si no le ofreces al lector...

—Una historia de romance y fantasía —interrumpe Miranda mientras se deja caer sobre el respaldo de su silla, soltando un suspiro prolongado—. No entiendo por qué la gente prefiere historias tan previsibles.

—¿Previsibles? ¿Alguna vez has leído algo de ese género?

—¿Tú me ves con cara de leer ese género? —pregunta, y por primera vez desde que comenzó esta reunión, esboza una sonrisa.

—¿Cómo puedes juzgar algo que no conoces? ¿Cómo entender qué lo hace especial, si no lo lees ni lo analizas desde tu lugar como editora? —Mis ojos se apartan de los suyos y se dirigen hacia las ventanas del restaurante. Al otro lado de la calle, una librería capta mi atención, y en ese instante, sé exactamente qué debo hacer—. Espérame un segundo. Ya vuelvo.

—¿Adónde vas?

—Ya lo verás.



CAPÍTULO 5

MIRANDA

Un momento después…

Kelsey sale por la puerta del restaurante y me deja sola en la mesa, con la palaba en la boca, una ceja alzada y preguntándome qué demonios se le ha pasado por la cabeza. El camarero regresa, y tengo que disimular la incomodidad que me produce el comportamiento de una mujer que, sinceramente, todavía no entiendo cómo ha logrado sobrevivir en el mundo editorial. Lo reconozco: quizá yo me pase de meticulosa, y no pueda evitar querer tener todo bajo control, pero tanta improvisación y locura no puede traerle nada bueno a nadie.

Agradezco con una sonrisa la copa de vino que me sirve el camarero, quien se retira tras dejar el agua que había pedido Kelsey. El tiempo transcurre con lentitud y mi paciencia empieza a resentirse. No sé cuántas veces he acariciado la base de la copa sin llegar siquiera a probar su contenido. Solo espero que la comida no llegue antes que ella, porque si eso pasa, juro que voy a estrangularla. Cuando acabe el día, voy a necesitar con urgencia una

charla con mi hermano. De lo contrario, creo que moriré de un ataque de nervios.

—Aquí tienes. Este es tu próximo trabajo —anuncia Kelsey nada más volver, dejando una pequeña bolsa frente a mí, y se sienta de nuevo.

—¿De verdad has ido a por un…? —murmuro, y al verla encogerse de hombros, abro la bolsa sin tener idea de qué tipo de libro ha traído—. Muy bien... ¿y qué se supone que tengo que hacer con esto?

—Leerlo para que entiendas por qué las ventas de *romantasy* están disparadas, y por qué necesitamos replantearnos lo que publicamos —responde, mientras se aparta un mechón rubio del rostro. Por primera vez, me fijo en el pequeño tatuaje de una luna que adorna su mano derecha.

Habla con tal entusiasmo y seguridad que empieza a irritarme. Si no fuera porque ahora mismo estoy acorralada, tomaría el libro, se lo devolvería y me marcharía sin más, incluso sin haber probado la ensalada de pollo, lo que sería casi un sacrilegio tratándose de uno de mis platos preferidos del restaurante. Pero no tengo escapatoria. Así que trago mi orgullo y abro el ejemplar para ver de qué se trata. Kelsey apoya los codos sobre la mesa y sostiene la barbilla entre las manos. Sus ojos brillan como los de una adolescente que por fin tiene entre manos el libro que ha esperado durante años. Al leer el título, *El príncipe cruel*, de Holly Black, no puedo evitar mostrar una expresión de sorpresa.

—No lo estarás diciendo en serio… —exclamo, y ella, encogiéndose de hombros, extiende un dedo para tocar el libro.

—Ahí tienes un éxito de ventas. Ha arrasado tanto aquí como en Estados Unidos. Y quizá pienses que solo ha captado la atención de los jóvenes... pero no. —Su sonrisa se ensancha, y comprendo que este libro probablemente figura entre sus favoritos—. Gracias a su compleja ambientación y a su intensa intriga política, ha conquistado a lectores de todas las edades. Incluso ha aparecido en listas de libros más vendidos, como la de IndieBound. No es poca cosa, y tú lo sabes.

Quisiera rebatirle y negárselo, encontrar un argumento sólido que contradiga sus palabras, pero en el fondo sé que lleva razón y que, en este tema, tengo las de perder.

—Aun así, no creo que debamos unirnos a una moda solo porque sí.

—Ni yo lo propongo. Solo te pido que lo leas y abras un poco la mente. Los lectores buscan propuestas diferentes. El mercado ha cambiado muchísimo, y aunque adoro muchos de los libros que has publicado en Apex, creo que podríamos formar un buen equipo en la búsqueda de algo nuevo.

Estoy a punto de reírme, de hecho, me contengo por poco, pero en ese momento, el camarero regresa con nuestros platos y mi estómago ruge sin piedad, delatándome. Guardo el libro en la bolsa y la dejo en la silla vacía a mi lado. No puedo creer que se lo tome tan en serio. Que me maten si esta noche cambio mi plan de tele basura.

—¿Cuál de mis libros te ha gustado más? —le pregunto mientras pincho un trozo de pollo con tomate.

—¿A qué te refieres exactamente?

—De todos los que he editado. Dices conocer el catálogo de la editorial como si fuera la palma de tu mano.

Pruebo un bocado y al mirarla, me doy cuenta de que mi comentario ha sonado petulante, casi como si me burlara. Pero no es así. En realidad, me interesa su respuesta.

—Pues… diría que *Palabras cruzadas* —responde, llevándose el índice a la barbilla—. Sí, esa historia familiar fue desgarradora. Aunque, si soy sincera, quien más me sorprendió fue el vecino, Phillip.

—¿Y eso?

—¿A qué viene el interrogatorio? —pregunta con una ceja en alto. Al ver que no le respondo, deja el cuchillo con el que iba a cortar el sándwich y carraspea—. Porque él fue el ángel guardián de esa familia. Si no fuera por su papel, estoy segura de que no habrían salido adelante.

—¿Incluso por encima del esfuerzo de Clara?

Asiente. Le dedico una sonrisa. Me sorprende que comparta exactamente el mismo punto de vista que yo. Phillip fue el motivo por el cual decidí publicar ese séptimo libro.

—No tienes mal ojo, después de todo —la elogio, y vuelvo mi atención a la comida.

—No voy a preguntarte qué opinas de los libros que yo he editado, porque sé lo que vas a decir. Pero espero que me hagas caso y leas ese libro. Te prometo que te gustará —insiste, llevándose el sándwich a la boca—. Si quieres, incluso podemos comentarlo juntas.

Levanto una ceja, sorprendida por su propuesta. Ella se ríe y niega con la cabeza.

—Mira que eres seria, no se te dan bien las bromas.

—Tampoco me conoces tanto como para saberlo —respondo, encogiéndome de hombros.

—¿Y no será que tú tampoco permites que te conozcan? —deduce, sin dejar de mirarme—. Porque tengo la impresión de que, aparte de Diana, nadie sabe realmente qué haces cuando te marchas a casa.

—Pues hago un montón de cosas —respondo, sin saber por qué me invento eso. Carraspeo y me aclaro la garganta con un trago de vino—. Por ejemplo… voy a clases de cocina. Antes más a menudo que ahora.

Kelsey se atraganta con la comida y empieza a toser con fuerza. Me sobresalto y casi derramo la copa por intentar alcanzarle el vaso de agua. Ella lo rechaza con un gesto, se da un par de golpes en el pecho y veo que en un segundo se ha puesto roja como un tomate. Lo más desconcertante es cómo se ríe después.

—No te lo tomes a mal. Es que no esperaba eso para nada —dice, mientras yo alzo una ceja y niego con la cabeza.

—¿No esperabas que fuera una mujer normal?

—Pues, la verdad, no. A veces pareces más un robot que una persona —bromea—. Si te vieras caminar por la oficina, entenderías por qué muchos te tienen miedo —añade antes de beber agua.

Asiente con la cabeza, toma aire, se seca con la servilleta y me observa de nuevo. Me cuesta creer que esa sea la impresión que

doy. Si lo único que hago es cumplir con mi trabajo y… «dar órdenes sin entablar ni una sola conversación normal con los demás».

—Tampoco creo que la gente esté interesada en conocerme —murmuro como excusa y vuelvo a encogerme de hombros.

El plato, de pronto, se vuelve más atractivo que cualquier otra cosa, y me dedico a él en silencio.

—Pues yo sí —suelta, dejándome paralizada, con el tenedor suspendido en el aire—. Eres una editora a la que admiro mucho, y no soy la única que lo piensa. No eliges los libros que publicas al azar, y eso también dice mucho de ti como persona. Estoy segura de que eres alguien muy interesante, cocinera.

No sé si lo último lo ha dicho en tono de burla, pero entrecierro los ojos y guardo silencio. Sigo comiendo y bebo de mi copa un par de veces. Ahora soy yo quien necesita un respiro, así que llamo al camarero para pedir otra ronda. Pediría la botella entera, si no fuera porque quedaría en evidencia frente a una mujer que, claramente, tiene la intención de saber más de lo que estoy dispuesta a contar. «Pues la lleva clara», pienso, mientras dejo la copa sobre la mesa.

—Empezaré con el libro —afirmo, sin muchas ganas de continuar por otros derroteros—. Tendrás mi primera opinión cuando avance unos cuantos capítulos. —Me ajusto las gafas por el puente de la nariz y agradezco el vino al camarero—. Si Tobias y Margaret confían en nosotras, supongo que yo también debería hacerlo.

—Pues menuda forma de decirlo…

—Créeme, el simple hecho de que no me haya negado ya es mucho —aclaro, y ella bufa. No sé qué esperaba exactamente. Sinceramente, esto va a ser un verdadero quebradero de cabeza—.

Ya que tú me has asignado trabajo, ahora tengo algo para ti. —Se limpia los labios con la servilleta y me presta atención, así que continúo—. No basta con convencer al lector. Quiero que la historia me guste a mí también, que me atrape incluso antes de que abramos la puerta a nuevas propuestas. Supongo que tienes una idea aproximada de qué tipo de libro publicarías conmigo, así que quiero escucharte.

Kelsey asiente, y yo regreso al tono distante con el que empecé esta conversación. Termino mi plato en pocos minutos. Al final, llamo al camarero, pago la cuenta y me despido con un apretón de manos. Intentar prolongar la charla sería absurdo; está claro que no tenemos nada en común, y por eso, salgo del restaurante con un dolor punzante en las sienes y la certeza de que esto no va a ser, ni de lejos, algo sencillo.



CAPÍTULO 6

KELSEY

Londres, Inglaterra. 22 de marzo de 2025.

He perdido la cuenta de las veces que me habré preguntado cuál será su opinión desde que le entregué el libro de Holly Black a Miranda. Jeremy, uno de mis mejores amigos y mi alma gemela, no ha dejado de insistirme en que debería llamarla, al menos para asegurarme de que realmente lo está leyendo y no lo ha relegado al fondo de su escritorio para usarlo como pisapapeles. La verdad es que no descarto esa posibilidad, aunque una parte de mí quiere creer que la historia la ha absorbido por completo, al punto de desaparecer del mundo y no dar señales de vida. Ni siquiera en la oficina.

He estado dándole muchas vueltas a todo. Sé que nuestra cita del miércoles no salió como esperaba, que después de lo que hice… lo de cruzar ideas sobre la documentación que le había entregado, se quedó en nada. Ella y yo, somos como el agua y el aceite, eso es evidente, y tenemos más diferencias que puntos en común, está claro. Pero sigo creyendo que, si ambas ponemos de nuestra parte, podemos lograr algo bueno, algo realmente genial. La cuestión es

cómo convencerla de que nuestras ideas no son tan incompatibles como parecen.

—Estás muy callada esta mañana —me dice mi madre, apareciendo por sorpresa en el almacén. Le sonrío, intentando que mi expresión sea suficiente para borrar esa preocupación de su rostro—. ¿Ha pasado algo? Jeremy me ha dicho que…

—Jeremy siempre se mete donde no lo llaman —respondo y pongo los ojos en blanco.

—No digas eso. Se preocupa por ti.

—Es que… —suelto un largo suspiro mientras apoyo los codos en la mesa repleta de libros, con montones que esperan ser clasificados, otros que aguardan destino en cajas y algunos más ya con etiquetas listas para el envío—. Las cosas en Apex no van bien. No quería preocuparte, pero existe la posibilidad de que mi futuro allí esté en peligro.

—¿¡Qué dices!? —exclama, y levanto las manos para pedirle que se calme.

—Tobias y Margaret han decidido eliminar uno de los sellos de la editorial, y para llevar la decisión más lejos y ahorrarse dinero, nos han obligado a Miranda y a mí a trabajar juntas.

—¿Miranda? ¿La misma que…? —pregunta, arqueando una ceja. Asiento sin decir nada—. Pero eso es muy bueno. Siempre hablas muy bien de su trabajo, de que te gustaría ser como ella. Es una buena oportunidad para aprender y…

—El problema es que no es una persona fácil —le explico, bajando la voz como si eso aligerara un poco el peso que siento—.

Digamos que vive encerrada en su propio caparazón. Es… —«insoportable», pienso, pero no lo digo.

—¿Te he contado lo difícil que fue para mí conocer a tu padre? —Niego con la cabeza y ella sonríe con dulzura, con esa mirada suya que parece vestida de recuerdos y muy buenos momentos.

—Él solía venir por aquí —comienza, mientras se acerca a una caja y acaricia distraída el lomo de un libro viejo—. Paseaba por la librería buscando algo para llevarse a casa, y yo era como tú: curiosa, alegre, siempre con mil ideas en la cabeza. Cada vez que lo veía entrar me preguntaba por qué era tan serio, tan reservado. Hasta que un día decidí acercarme...

—Estoy segura de que te miró como si fueras un bicho raro —la interrumpo, y suelta una risa breve, pero muy cálida.

—Exactamente. Pero con esto quiero decirte que las personas son como son por una razón —continúa, y yo me cruzo de brazos, pensativa—. No conozco a Miranda, pero sí conocí a tu padre. Y te aseguro que atravesar la coraza de una persona no es tan complicado como parece.

—Las cosas no son tan fáciles, mamá.

—Lo son cuando dejas de ponerle barreras a tu propio camino —me recuerda, con esa voz serena que siempre me invita a escuchar más allá aunque no quiera—. No dejes que la personalidad de Miranda te afecte tanto. Sé tú misma, muéstrale tu visión de la literatura e invítala a conocerla. A veces, solo necesitamos un pequeño empujón para abrirnos al mundo.

—Eso, y que alguien le baje un poco los humos —interrumpe Jeremy, entrando con una caja de libros que parece pesarle

toneladas. Nos mira con una ceja en alto—. Tenía que decirlo, esa Miranda me parece una creída.

—Pues no lo es —le replico de inmediato, lanzándole una mirada fulminante—. Es muy buena en su trabajo. Sabe cómo reconocer un buen manuscrito en cuanto lo tiene entre las manos. Tiene un talento natural, pero…

—Pero un libro es mucho más que una buena elección —añade mamá, completando mi pensamiento con una de las frases que solía repetir mi padre. Y es muy sencillo dejarme sin palabras—. ¿Por qué no la invitas al CornerClub esta noche? —sugiere ella, con una chispa de emoción—. Seguro que le das otra visión de la literatura.

—Quizá tengas razón. Y con suerte, Elliot, el chico del que les hablé hace unos meses, quizá se encuentre allí también.

—¿Una editora como ella escuchando a un grupo de escritores *amateurs* compartiendo sus locuras? —pregunta Jeremy, dejando la caja en el suelo con un leve quejido—. Rebecca, esa es la peor idea que has tenido desde que te conozco.

El CornerClub es un club de lectura nocturno que forma parte de mi vida desde que era una niña. Mi padre me llevó por primera vez cuando tenía ocho años, y desde que empecé a trabajar en Apex, se ha convertido en la cuna de la mayoría de los autores que he publicado, aunque Tobias y Margaret hayan rechazado a la mayoría. Allí, en ese sótano modesto con sillones gastados y olor a papel viejo, uno puede ver cómo nacen historias increíbles. Es el lugar donde los escritores, todavía sin nombre ni contrato, se atreven a mostrar lo que llevan dentro.

—Gracias, mamá. Ha sido una idea fantástica —le digo con una sonrisa sincera, y le doy un beso en la mejilla—. Voy a invitar a Miranda, para ver si se da cuenta de la cantidad de oportunidades que hay ahí fuera.

Ahora mismo son las seis de la tarde, y sé que existe la pequeña posibilidad de que Miranda esté ocupada y me rechace la invitación, pero, aun así, saco el teléfono del bolsillo trasero de mi pantalón. Me detengo unos segundos, pienso cómo escribirlo, y finalmente lo envío.

> **Kelsey**: Quiero enseñarte algo. ¿Estás libre a las ocho? Te espero en este sitio.

Envío el mensaje con la dirección y vuelvo a guardar el móvil. Me quedo en silencio, observando el entorno. Los estantes desordenados, los libros a medio clasificar, el aroma inconfundible del cartón y el papel. Todo me resulta familiar y reconfortante. Me doy cuenta de que nunca aspiré a ser editora para firmar contratos, negociar cifras o liderar campañas. Lo que yo quería —lo que sigo queriendo— es que los lectores descubran que un libro puede adherirse a tu corazón, curar heridas, impulsarte cuando te detienes, darte aliento, sostenerte cuando el resto parece derrumbarse y acompañarte en tus noches más solitarias.

Eso es justo lo que pienso, y lo que quiero enseñarle a Miranda.



CAPÍTULO 7

MIRANDA

En ese momento.

Andrew no ha parado de ir de un lado a otro sin detenerse ni un segundo, y a la tercera vez que lo veo suspirar, le quito uno de los delantales que hay colgados y me cuelo detrás de la barra. Aunque la clientela en esta zona de Bloomsbury suele ser muy amable, se les nota en la expresión la impaciencia por ser atendidos. Me remango y me pongo a ayudar, aunque mi hermano niega con la cabeza mientras prepara un café con gesto de fastidio.

Su novia, Penélope, tenía una cita médica, y no creo que podamos disfrutar de la comida que nos habíamos prometido. Últimamente, el trabajo nos tiene tan absorbidos que apenas hemos cruzado más que en un par de mensajes, por lo que todavía no le he contado nada sobre las «fantásticas» novedades en Apex. Mamá me hizo ayer una videollamada en plena oficina, y logró tranquilizarme un poco, aunque, si soy honesta, aún no sé si puedo confiar en que esto vaya a terminar bien.

Estiro el cuello y echo un vistazo al libro que Kelsey me prestó. Está sobre una mesa al lado de la barra, abierto justo donde lo dejé

ayer por la noche. Apenas he pasado del décimo capítulo y, aunque reconozco que la historia tiene ritmo y ciertos momentos atrapantes, todavía me cuesta admitir que podría llegar a gustarme de verdad.

En cuanto a ella, nos hemos cruzado varias veces en los pasillos de Apex, pero no he tenido ni el tiempo, ni el ánimo, ni el interés de hablar con ella, mucho menos para intercambiar impresiones sobre nuestros futuros planes, a pesar de que Margaret y Tobias no dejan de observarnos desde su despacho. Aún me pregunto qué demonios se les pasó por la cabeza cuando decidieron ponernos a trabajar juntas. Y por mucho que la jefa esté de mi parte, ya no estoy segura de poder salvar mi puesto.

—Deberías estar disfrutando como una invitada, no trabajando —me dice Andrew, interrumpiendo mis pensamientos. Su voz me arranca una sonrisa.

—Teniendo en cuenta que esta es la única forma de hablar contigo últimamente, creo que no nos deberíamos de quejar —respondo, encogiéndome de hombros. Él suspira, algo resignado—. No me culpes. El trabajo está por las nubes. Se nota que ha llegado el otoño y que todo el mundo busca refugio en una cafetería cálida.

—Ya… Pues hay días en los que dan ganas de que se vayan a otra parte —murmura en mi oído oído, y estoy a punto de soltar una carcajada, pero un cliente se nos queda mirando con apremio, como si su vida dependiera del café—. Capuchino con vainilla, ¿verdad? —le pregunta Andrew. El hombre asiente con desgana—. Al final Penélope va a tener razón y me va a tocar contratar a alguien.

—Tranquilo, que yo lo preparo —ofrezco, acariciando con cariño el brazo de mi hermano antes de ir a por la leche.

Él no se habrá dado cuenta, pero estar aquí me genera una paz que no siempre encuentro en la editorial, por mucho que ame mi trabajo. Recuerdo que, cuando era niña, me refugiaba en los libros cada vez que me sentía sola, herida o simplemente fuera de lugar. Me ayudaban a escapar del *bullying* del instituto, a sobrellevar el miedo cuando mi madre enfermó de cáncer de mama, a pesar de que lo superó con fortaleza. Con el tiempo, me hice la promesa de que, si llegaba a dedicarme a los libros, haría todo lo posible para que muchas historias alcanzaran a quienes necesitaran sanar. Y hasta hoy, esa ha sido mi misión.

Disfrutamos de una hora tranquila que nos permite compartir un cruasán vegetal con atún y ponernos al día. Andrew me habla de su relación con Penélope y de lo difícil que le resulta verla tan frustrada en su trabajo, que debería quedarse en la cafetería siempre. Yo le aconsejo que no la presione, que a veces amamos tanto lo que hacemos que no nos damos cuenta del desgaste que eso conlleva. Y, al final, entre nuevos clientes entrando y saliendo, opto por no contarle nada sobre lo que está ocurriendo en Apex.

El teléfono vibra en el bolsillo de mi pantalón. Cuando veo el nombre de Kelsey en la pantalla, frunzo el ceño sin saber muy bien qué esperar.

—¿Algún ligue nuevo? —Andrew apoya la barbilla en mi hombro y me sobresalto.

—No seas idiota. Sabes que eso no es lo mío —le suelto un manotazo para apartarlo.

—Ya… Pues a este ritmo te van a salir telarañas, ahí abajo. No entiendo cómo puedes vivir tanto tiempo sin…

—Que tú seas un salido no significa que yo también lo necesite como el beber —protesto medio en broma. Él abre los ojos con fingida ofensa—. No tengo cabeza para eso ahora mismo.

—¿Por esa tal Kelsey? ¿Qué ha pasado?

Podría contárselo ahora mismo. Esta sería la ocasión perfecta. Pero hay algo en su cara, esa expresión de felicidad genuina, de orgullo fraternal, que me deja sin ninguna opción. Y es precisamente eso lo que me detiene. Aprieto los labios y solo me encojo de hombros.

—Nada. Es solo una compañera. Quiere enseñarme algo y no sé por qué me lo dice con solo dos horas de antelación.

—Como si tuvieras otros planes más allá de tomarte una copa de vino sola y ver la repetición del Manchester United contra el Tottenham, o la primera temporada de *Love is Blind* —dice, burlándose de mí. Abro la boca para protestar, pero él estalla en carcajadas—. Ya lo sé, me odias. Por eso deberías convertirte en un gato solitario y salir a divertirte un poco. Al final, se te van a marcar arrugas de estar siempre tan seria.

Andrew me da un beso en la frente y desaparece tras la barra justo cuando entran dos nuevos clientes. Le lanzo una mirada fulminante. «Si él supiera…». Leo el mensaje de nuevo, y le respondo.

Miranda: Vale, nos vemos allí.

No sé ni por qué demonios le hago caso a mi hermano. Sin embargo, cuando faltan apenas treinta minutos para las ocho, tomo el metro e intento convencerme de que esto no será tan extraño. Durante el trayecto, me recojo el pelo en una coleta, me aplico un

poco de brillo en los labios y trato de adecentar mi imagen. No llevo mucho maquillaje y estoy lejos de lucir perfecta con el típico traje con el que suelo ir a la oficina —no voy a engañar a nadie, estoy hecha un desastre—, pero no tengo ganas de volver a casa solo para cambiarme.

Al llegar, paso las manos por la camiseta para alisarla lo mejor que puedo y me recoloco la americana. Entonces veo a Kelsey, que está al otro lado de la calle, caminando de un lado a otro nerviosa, como si estuviera a punto de dar un discurso ante mil personas. La observo con atención, intentando mantener mi expresión neutral.

Ruedo los ojos ante el pensamiento. Últimamente, tiendo a ver el vaso medio vacío. Pero es que nunca antes había sentido cómo mi propia seguridad se tambaleaba de esta forma. Me esfuerzo por disimularlo y compongo una sonrisa medida justo cuando cruzo hacia Henrietta Street, una calle encantadora, con comercios que conservan ese aire antiguo tan difícil de encontrar. Los escaparates grandes, las fachadas de madera oscura, las letras doradas en los cristales… Todo parece sacado de otra época. Y de pronto, empiezo a pensar que quizá —solo quizá— esta noche no esté tan perdida.

—Espero que tengas algo bueno que enseñarme, porque he tenido que dejar de hacer algo importante.

Mi forma de dirigirme a ella nunca es la más adecuada, y la verdad es que no entiendo por qué actúo así. Es como si, cada vez que la tengo delante, necesitara mantener una distancia que en realidad no quiero imponer.

—Vaya… qué diferente estás —comenta al girarse, mirándome con una mezcla de sorpresa e incomodidad—. Nunca había visto a la

Miranda fuera del entorno laboral.

—Sigo siendo la misma —respondo con desgana. Carraspeo con suavidad y echo un vistazo alrededor. Poco a poco, la gente va entrando en el local, y yo estiro el cuello con curiosidad, intentando captar los detalles del interior—. ¿A qué hemos venido?

—Me parece que no eres muy amiga de las sorpresas —se queja, y tras un gesto invitándome a seguirla, avanza con paso decidido—. Dijiste que querías una idea sobre lo que me gustaría publicar contigo, y creo que no hay mejor manera de enseñártelo que viviéndolo en directo.

Frunzo el ceño, confundida, aunque al cruzar la puerta y observar el ambiente, lo comprendo al instante. Al fondo del local hay un pequeño escenario iluminado con focos cálidos. Sobre él, un taburete y un micrófono esperan al primer valiente, leo «CornerClub», y me doy cuenta de que tiene ese aire acogedor que recuerda a un salón familiar: paredes decoradas con fotografías en blanco y negro, estanterías con libros de segunda mano, lámparas colgantes con luces ténues, y una mezcla de risas y murmullos que llenan el ambiente sin abrumar.

Es un lugar donde uno podría perder la noción del tiempo y disfrutar de una buena cerveza mientras se deja llevar por la intimidad del momento. Y aunque me resisto a admitirlo, siento que este sitio transmite algo especial.

Nos sentamos en una mesa algo retirada del bullicio, pero con una vista perfecta del escenario. Desde aquí, puedo observar a varias personas que se mueven nerviosas de un lado a otro, sosteniendo hojas arrugadas con manos temblorosas. Uno de ellos,

un veinteañero de gafas y gesto concentrado, se las sube por el puente de la nariz y niega con la cabeza un par de veces, como si luchara contra sus propios miedos. En un momento, nuestras miradas se encuentran. Le dedico un leve asentimiento acompañado de una sonrisa cálida. Quisiera que supiera que no está solo. Ojalá yo hubiera tenido cerca a alguien así cuando era más joven, cuando todos se burlaban de mí por lo que me gustaba leer, por ser distinta a los demás.

—¿Qué vais a tomar? —pregunta una camarera con una sonrisa maravillosa.

Me cuesta despegar los ojos del escenario, aún hipnotizada por lo que estoy presenciando. Pero antes de que pueda contestar, Kelsey se me adelanta:

—Serán dos cervezas, por favor —le pide, y después se acomoda apoyando los codos sobre la mesa y deja caer la barbilla entre las manos como si esperara una confesión—. ¿Te ha comido la lengua el gato? —añade con una ceja arqueada y esa expresión que mezcla ironía y expectación.

—Tienes una forma curiosa de captar mi atención… Espero que al menos consigas algo con este numerito —respondo con cierta frialdad, sin poder evitar ese tono seco que suele salir sin permiso.

Ella suspira, y en su rostro se desvanece la chispa de entusiasmo que la acompañaba. Me siento un poco culpable, así que intento suavizar el ambiente.

—Por cierto… me gustan los conflictos internos de Jude —confieso, dejando de lado el sarcasmo—. No puedo negar que la

combinación entre acción y la construcción del mundo de Elfhame ha logrado atraparme.

Por un instante, siento que Kelsey está a punto de saltar de la emoción. Sus ojos brillan con intensidad, y esa alegría que la inunda me desarma. Su entusiasmo me contagia y, aunque no lo digo en voz alta, me alegra haberlo reconocido.

Antes de que pueda añadir algo más, se escucha un golpe seco sobre el micrófono. Un crujido eléctrico atraviesa el murmullo del local, y de inmediato, todos se giran hacia el escenario.

—¡Empieza lo bueno! —anuncia una voz al fondo, y los aplausos tímidos dan la bienvenida a lo que promete ser una noche distinta.



CAPÍTULO 8

KELSEY

A continuación…

—¡Buenas noches, queridos lectores! ¿Estáis preparados para una noche de letras mágicas? —pregunta Sam, la dueña del local—. Hoy tengo el gusto de anunciar que hay varias editoras entre el público, así que... ya sabéis, ¡esforzaros al máximo y dar voz a vuestras historias!

Siento la mirada de Miranda clavada en mí como si quisiera meterse más allá de mis pensamientos, y no es para menos, porque no le conté que Sam sabía que estaríamos aquí esta noche para dar un poco de voz a esas personas que no encuentran atrevimiento en otro lugar. No tenía ganas de enfrentarme a sus negativas, y yo tenía muy claro que omitir ese pequeño detalle no iba a cambiar nada importante.

Aunque está claro que me equivoqué.

—¿Cómo se te ocurre decírselo? —masculla cerca de mi oído mientras disimula y bebe un sorbo de la cerveza que nos han servido —. ¿Estás loca?

—No sé por qué te escandalizas tanto. No ha dicho nada fuera de lo común —comento en voz baja—. Los mejores escritores nacen en lugares como este —añado, y señalo con la mirada el ambiente que hay en el escenario—. Es una forma de sacar lo mejor de ellos. Además, no les estás ofreciendo un contrato editorial a la primera. Así que relájate y disfruta.

—Solo espero que esto valga la pena, porque si no…

—Confía un poco en mí, por favor.

Sé que este sitio no se parece en nada a las presentaciones que organiza Apex cuando quiere presentar a un nuevo autor, ni a esos cócteles de bienvenida repletos de sonrisas fingidas y adulaciones vacías. Aquí se viene a compartir algo más que palabras: una parte del corazón, del alma. Ideas que germinan como semillas y dan vida a novelas y creo que no hay un lugar mejor para encontrar a nuestro futuro autor.

Miranda cruza las piernas con elegancia y centra su atención en el escenario. Las luces suaves del local se mueven con calma, y los primeros murmullos del público me arrancan una sonrisa. Esto es lo que más disfruto de mi trabajo: enfocarme en lo que realmente importa, no en gráficos de ventas, cifras de ejemplares vendidos o tendencias del mercado. Aquí se viene a sentir, a dejarse llevar, a permitir que la piel se erice y el corazón se acelere de una manera única y especial.

La velada comienza, y uno a uno, los autores del club suben al escenario, acompañados de su timidez y esas hojas arrugadas que guardan sus sueños más íntimos. Entre sus palabras encuentro poesía, relatos de trenes que nunca llegaron a su destino, amores

que florecen en un supermercado… Algunos tienen potencial; otros necesitan pulir mucho la técnica, pero eso no importa aquí, porque lo verdaderamente valioso es que han tenido el coraje de compartir con el resto de asistentes su mundo interior.

Mi acompañante permanece en silencio. A veces frunce el ceño; otras, apunta palabras sueltas en una pequeña libreta que, para mí, carecen de sentido. No dice nada, pero el hecho de que no se haya marchado ya es un avance, teniendo en cuenta lo reacia que estaba a venir.

Entonces aparece en escena alguien que podría convertirse en nuestra próxima estrella —siempre lo he tenido claro—: Elliot McCarthy, al que ya había oído leer antes, pero quien, según Sam, tiene algo nuevo que presentarnos hoy. Siempre he tenido un presentimiento con él, pero hoy, tengo muy claro que esto puede ser justo lo que Miranda y yo necesitamos.

—Hola… Algunos ya me conocéis. Soy Elliot —dice al micrófono —. Y… esto es algo que empecé a escribir hace unos meses. Espero que os guste.

La primera frase que pronuncia me obliga a girarme hacia Miranda. Lo observa como si fuera una pintura abstracta expuesta a un juicio, y no uno cualquiera. Es una de las editoras más destacadas de Apex —por no decir la mejor—, y sé que puede reconocer el talento cuando lo tiene delante. La historia se despliega con una mezcla adictiva de mundos mágicos, intrigas políticas, secretos familiares y una tensión romántica palpable desde el primer párrafo. Suena ambicioso. Pero, para mí, funciona. Funciona muy bien.

«En el jardín de vidrio no crecían flores. Solo el reflejo de estas. Cada amanecer, las hojas centelleaban con los pensamientos de quienes se atrevían a cruzarlo: dudas, secretos, promesas rotas… Lira lo descubrió cuando apenas tenía nueve años, el día en que su madre desapareció sin dejar más rastro que un pétalo congelado en el aire. Desde entonces, ha regresado cada mañana, esperando encontrar una respuesta entre los susurros del cristal.

Lo que no sabe es que el jardín la ha estado esperando a ella también. Y que esta vez... va a hablar.»

Elliot levanta la vista. Durante un instante, el silencio se adueña por completo del lugar.

Después, continúa con voz más baja:

«Las puertas del reino interior se abren solo una vez cada cien años. Lo que queda al otro lado no es un mundo. Es una elección de por vida, que cambiará el rumbo de una historia para siempre…»

Baja el papel lentamente, con las manos temblorosas, aunque una leve sonrisa se dibuja en sus labios. El silencio envuelve de nuevo el local, y tras un segundo —necesario para asimilar lo escuchado—, las palmas empiezan a sonar. Todos parecemos necesitar un esfuerzo para regresar del lugar al que nos ha llevado. Elliot baja del escenario con las mejillas encendidas, y yo me levanto de inmediato.

—Voy a hablar con él.

—Espera —me detiene Miranda, tocándome el brazo.

—¿Qué pasa? No me digas que no te ha gustado. Si dejamos pasar esta oportunidad, saldremos perdiendo.

Miranda me mira a los ojos. Por un momento, creo que va a rechazar la idea, que va a reprocharme por haberla traído aquí, pero me sorprende haciendo justo lo contrario.

—Quiero ser yo quien hable con él —me aclara, justificándose—. Hay que asegurarse de que lo que ha leído no son páginas sueltas, sino parte de un manuscrito bien trabajado. Nos jugamos mucho, y no quiero cometer errores de principiante. Debo reconocer que tiene mucho gancho, pero hay que medir bien nuestros pasos —añade, ahora más seria.

—De acuerdo. Entonces… yo me quedo aquí.

Veo cómo se levanta, cruza el salón y se acerca a Elliot. Miranda se presenta, él le da la mano, e imagino que empiezan las preguntas. Puedo ver la sorpresa en sus ojos, la seriedad en los de ella y cuando los dos estrechan sus manos, sé que esta noche, no solo he conseguido que un chico cualquiera tenga la oportunidad de abrirse al mundo editorial, sino que Miranda se deje llevar por el corazón y la intuición, a pesar del riesgo que eso supone.

Ser editor es esto, encontrar oro donde otros no buscan, pulir un diamante en bruto para convertirlo en una joya… y abrir la puerta de los sueños a personas que, por alguna razón, son incapaces de alcanzar la cima.



CAPÍTULO 9

MIRANDA

Londres, Inglaterra. 24 de marzo de 2025.

Estoy sentada frente al ordenador con la pestaña del correo electrónico abierta y el cursor parpadeando sobre una página en blanco. Llevo media hora así, o puede que más, y aún no consigo escribir ni una sola palabra útil. No es que me falten ideas, sino que no puedo dejar de pensar en *Las sombras del jardín de vidrio*, de Elliot McCarthy, y en lo que Kelsey me dijo al salir del CornerClub: «Si desaprovechamos esta oportunidad, vamos a salir perdiendo.»

Lo que realmente me frustra es tener que darle la razón. Después de leer el primer borrador que nos entregó Elliot, he descubierto que esta historia tiene algo especial. Un universo intrigante, una prosa cuidada, una tensión bien dosificada que sorprende en cada página, y una representación que hoy en día es muy necesaria. Es justo el tipo de libro que no encaja con mis gustos personales, pero que —si soy objetiva, y tengo que serlo— tiene un potencial inmenso. No solo dentro del mercado más joven, sino también para un público más amplio, personas que como yo necesitan encontrar algo diferente en un libro.

Cruzo los brazos, molesta conmigo misma, con Kelsey y con todo el maldito mundo editorial porque, aunque me cueste admitirlo, y después de haber visitado el CornerClub con ella, me doy cuenta de que me estoy quedando atrás. Y no soporto la sensación de estar fuera de lugar, de que todo se me escapa de las manos.

—No puedo permitir que esto acabe mal… —murmuro con preocupación justo cuando el sonido del teléfono me saca del limbo.

> **Kelsey:** Voy a visitar un par de librerías. Deberías venir. Así verás cómo se mueve este mundo más allá de Apex.

Resoplo y me dejo caer en el respaldo de la silla. No sé por qué me sorprende tanto. Después del dosier que me entregó el día que nos obligaron a trabajar juntas, tengo claro que ella es de las que husmean como si nuestro trabajo consistiera en investigar y en rincones escondidos y no solo en editar. Que nadie me malinterprete, no tiene nada de malo.

> **Miranda:** Tengo trabajo.

No pasa ni un segundo antes de que llegue su respuesta.

> **Kelsey:** No tanto como para ignorar algo que podría ayudarnos a las dos.

Aprieto los dientes y tenso la mandíbula. Odio esa manera suya de decir las cosas, pero lo que más me fastidia es que tengo que hacerle caso. Kelsey sabe que no puedo negarme y me molesta profundamente tener que aceptar cada una de sus propuestas.

Al final, dejo lo que estoy haciendo a regañadientes y, unos minutos después, salgo de la oficina para reunirme con ella.

. . .

La dirección que me ha enviado me lleva a una librería en Bloomsbury que parece salida de otra época. Tiene una fachada de madera pintada en verde oscuro, letras doradas ligeramente desgastadas y un escaparate que mezcla novedades con ediciones antiguas, como si estas recordaran que la literatura también es parte de nuestra memoria.

Al entrar, me envuelve un delicioso aroma a café e incienso mezclado con el inconfundible olor del papel envejecido. El lugar transmite una calma apacible, casi imperceptible, pero que yo sé apreciar de verdad. Y en lugar de música de fondo, solo se oyen suaves murmullos y el pasar de páginas. No puedo evitar sentirme envuelta por un abrazo cálido y familiar.

Localizo a Kelsey de inmediato. Está junto a una mesa de novedades, hojeando un libro con la concentración de quien examina algo que está a punto de salvarle la vida. No se da cuenta de mi presencia, o tal vez finge no hacerlo… al menos, hasta que estoy a escasos centímetros de ella.

—Has tardado menos de lo que esperaba —comenta sin apartar la vista del libro.

—No me gusta perder el tiempo —respondo, con tono seco, aunque sin intención de parecer hostil.

Puedo imaginarla perfectamente poniendo los ojos en blanco. Cierra el libro y, sin darme opción a rechazarlo, lo coloca en mis manos.

—Léeme la sinopsis.

—¿Hablas en serio?

—Claro que sí —insiste.

Suspiro y leo en voz baja:

—«Una joven con el don de ver los hilos del destino se enfrenta a una conspiración que pondrá en peligro el equilibrio entre dos mundos…» —Me detengo, la miro por encima del libro y arqueo una ceja—. ¿Otro *romantasy*?

—Por supuesto. Ya sabes que me encantan —responde con una enorme sonrisa en los labios, mezcla de triunfo y desafío—. Pero, ¿qué le ves de malo?

—En realidad, nada —admito, tragándome el orgullo—. Pero eso no significa que tengamos que hacer lo mismo que el resto de editoriales. Hay que buscar algo nuevo, algo que destaque, como…

Cierro la boca antes de admitir en voz alta lo que tengo en los pensamientos, porque sé que Kelsey entiende perfectamente a quién me refiero.

—Miranda —comenta, con ese tono que solo usa cuando se pone realmente seria—, voy a hacerte una pregunta y quiero que seas completamente sincera.

—Dudo que pueda hacer otra cosa —murmuro, devolviéndole el libro.

—Si no te hubiese llevado al CornerClub y te hubieras encontrado el manuscrito de Elliot sobre tu escritorio, ¿lo habrías considerado?

Quiero responder que sí. Que, por supuesto, siempre valoro la calidad por encima del género. Pero las palabras se me quedan atascadas en la garganta. No consigo articular ni una sola frase que me defienda.

Al mirarla, comprendo que ese silencio era justo lo que esperaba.

—Sabía que no ibas a decir nada —se sincera, y sonríe con una expresión de satisfacción que no me sorprende en lo más mínimo—. Eres muy buena en tu trabajo, eso no lo dudo. Pero tienes que reconocer que los cambios son positivos y que, incluso en los lugares más inesperados, puede haber tesoros escondidos.

«A veces no la soporto», pienso, cruzándome de brazos.

—Cállate, por favor —respondo con resignación más que con enfado.

Me da un pequeño empujón con el hombro y me invita a seguirla hacia otra mesa, más grande y repleta de libros con portadas llamativas. Reconozco varios de ellos: los he visto circular por redes sociales, encabezar listas de más vendidos y protagonizar campañas publicitarias recientes.

—¿Ves esto? —pregunta y señala varios estantes—. Aquí están los libros más solicitados por los lectores actualmente. Las historias de fantasía triunfan porque crean mundos que se sienten reales, que te llevan lejos de las cosas malas que ahora vivimos. Nos hacen soñar con un cambio de verdad, porque hablan de identidad, de poder, de amor… —explica con entusiasmo—. Y sinceramente, creo que muchos son excelentes. Igual que el de Elliot.

Prefiero no contestar. Camino despacio entre las estanterías, leyendo títulos, nombres de autoras y editoriales que hasta ahora no conocía. Sé que están ganando terreno, lo he leído esta misma mañana, y me detengo junto a un ejemplar cuya portada lleva un

sello que indica que está en su cuarta edición en apenas seis meses. Me parece un logro admirable.

Miro a Kelsey. Ella sonríe, como si estuviera esperando que reconozca en voz alta que tiene razón.

«Ni loca», pienso, y continúo avanzando, mientras finjo que no le doy importancia.

—No te pido que dejes de lado tus gustos —aclara en voz baja —. Solo que observes el mercado con los ojos de una lectora que busca al diferente, no como editora.

—Pero es que a mí no me van…

—Lo que escuchaste anoche sí que te gustó —me recuerda, con una chispa de picardía que brilla muchísimo en su mirada—. Y no lo niegues, porque yo estaba allí cuando te levantaste corriendo para hablar con Elliot.

Abro la boca para replicar, pero la cierro de inmediato. Estoy acabada si continúa ganándome el terreno así. Sin embargo, mi orgullo me impide reconocer que me equivoqué por seguir las viejas fórmulas, por aferrarme a un barco que se está hundiendo desde hace tiempo y que amenaza con arrastrarme con él.

Suspiro, levanto las manos en señal de rendición y cedo.

—Está bien —acepto por fin—. Le daremos una oportunidad a Elliot. Pero si la historia no consigue atraparme, no habrá una segunda. Me da igual lo que tú pienses, y se lo va a tener que currar muchísimo, no solo con lo que nos ha enviado.

La sonrisa que se dibuja en su cara es tan luminosa que tengo que apartar la vista. Kelsey da un pequeño salto y levanta los brazos

como si acabara de celebrar un gol en Wembley. De pronto, se sujeta a mi brazo, como si eso fuera una victoria mayor que cualquier premio editorial.

—Sabía que terminarías aceptándolo.

—Eres insoportable —murmuro, apartándola con suavidad.

—Lo sé. Pero también tienes que admitir que soy brillante.

—Brillante para sacarme de quicio, eso desde luego.

Bufo, me sacudo la chaqueta y echo un vistazo a mi alrededor, por si acaso alguien nos estuviera observando. Pero no. A veces tengo la sensación de que los jefazos de Apex vigilan cada uno de nuestros pasos, esperando ver cuál de las dos se derrumba antes. Y lo más inquietante es que una parte de mí —pequeña, muy pequeña, no exageremos— empieza a pensar que no me molestaría tanto si fuera Kelsey quien ganara esta batalla que se supone que debemos vencer las dos.

—¿Qué miras? —pregunta, colgándose el bolso al hombro mientras avanzamos por la acera rumbo a otra librería.

—Solo me aseguro de que no haya espías escondidos entre los coches. No quiero que nadie vea a la implacable Miranda Harper paseando por Londres con una soñadora incorregible.

—¿Y tan terrible sería que te vieran conmigo? —replica, ladeando la cabeza hacia mí—. Tal vez hasta logre dulcificarte un poco.

—Ya soy dulce —le aseguro, y ella suelta una carcajada irónica.

—¿Lo dices por ese osito de peluche que tienes junto al ordenador o por el pendrive con forma de tortuga que siempre

cuelga de tu torre?

La miro de reojo, es extraño, pero siento que una risa está a punto de escaparse y, para evitarlo, me muerdo el labio.

—El hecho de que estemos obligadas a trabajar juntas no te da derecho a cachondearte de mí.

—Llegas tarde con esa advertencia —responde, con una mueca burlona.

Caminamos unos metros en silencio. El atardecer empieza a cubrir Londres con una luz dorada que lo vuelve todo casi irreal. Por alguna razón, este instante —nosotras dos, avanzando sin gritos ni discusiones— se siente extraño, pero también agradable.

—¿Sabes qué pienso?

—Dudo que pueda evitar escucharlo —murmuro con desgana.

—Creo que somos más parecidas de lo que quieres admitir. Tú te obsesionas con los detalles y la estructura. Yo, con las emociones y el sentido profundo de las historias. Pero en el fondo, las dos buscamos lo mismo.

La observo con curiosidad mientras me cruzo de brazos.

—Y, según tú, ¿qué es eso que buscamos?

—Historias que valgan la pena. Que dejen huella de verdad, no en las noticias, sino en el corazón.

Me detengo. Ella también lo hace. Quedamos frente a frente en mitad de la acera, con el murmullo del tráfico y las voces lejanas acompañando nuestra pausa.

—En este mundo editorial, no todos saben reconocer eso —comento, más para mí que para ella.

—Yo sí —responde con una sonrisa franca, sin pizca de arrogancia—. Por eso creo que, aunque ahora no lo parezca, podemos lograr algo increíble juntas. Siempre y cuando dejemos de discutir cada tres frases, claro.

—No prometo milagros —replico, aunque esta vez dejo que una sonrisa se asome por mis labios—. Pero quizá empiece a poner menos excusas.

—Es un buen comienzo. Además, te lo advierto: Elliot va a necesitarnos a las dos. Su manuscrito nos exige una revisión a fondo.

Lo admito, con una mezcla de incomodidad y alivio —no sé cuál de las dos va a ganar—. No me resulta fácil dejar de tener el control, pero hay algo en esta colaboración que me hace pensar que, tal vez, las cosas no sean tan imposibles después de todo.



CAPÍTULO 10

KELSEY

Londres, Inglaterra. 30 de marzo de 2025.

Los domingos son sagrados, sin importar que el día se venga abajo. Es mi día libre y me pertenece por completo; me levanto tarde, preparo café —café de verdad, no esa basura instantánea que Henry insiste en comprar en el supermercado— y me instalo en el sofá con una manta gris de corazoncitos y mi libro favorito sobre las rodillas. Pero hoy, parte del ritual ha cambiado un poco. Porque las páginas que tengo en las manos no son las mismas que me ha acompañado durante las últimas semanas.

En lugar de sumergirme en *Victorian Psycho*, de Virginia Feito, estoy repasando, por tercera vez, las notas que tomé estos días sobre *Las sombras del jardín de vidrio*, como si temiera haber pasado algo por alto. El borrador está lleno de anotaciones en los márgenes, y he subrayado varios párrafos con énfasis. Elliot es brillante; tiene la capacidad de erizarte la piel y encoger el corazón justo cuando la historia lo necesita. Doy gracias —de verdad— de que incluso la implacable Miranda Harper haya sido capaz de ver lo mismo que yo, porque sino me habría tirado de un puente. Es una

suerte que, a pesar de su obstinación, aceptara que teníamos entre manos una gran oportunidad en medio de un mercado ferozmente competitivo.

Ella es una mujer compleja, pero eso ya lo sabía. Sin embargo, tiene los pies en la tierra y es consciente de que Apex necesita una transformación urgente, o se irá al fondo del mar de las editoriales perdidas con todos a bordo. Y también sabe que ella, en cierto modo, se ha quedado un poco atrás. Creo que nuestra visita a las librerías de Bloomsbury nos abrió los ojos a ambas —quizá más a ella—, porque los lectores están sedientos de nuevas voces. Están hartos de lo mismo de siempre, y cuando aparece una historia fresca, se la devoran como si fuera un pastel de chocolate. Tenemos entre manos un libro que va a ser un éxito, y estoy absolutamente segura de ello.

—¿Por qué sonríes como una tonta?

Levanto la vista y me topo con Henry, que se deja caer en el sillón de enfrente con el pelo alborotado y una taza de café en la mano.

—No estoy sonriendo —respondo y regreso la mirada a mis notas.

—Sí que lo hacías —replica, dándole un sorbo a su taza.

—Cállate y déjame trabajar, por favor.

—¿Desde cuándo trabajas los domingos?

—Desde que tengo que salvar mi culo en la editorial, por ejemplo —respondo con un suspiro—. Conseguí que Miranda le diera una oportunidad a un autor que descubrí hace unos meses en el

CornerClub. Estoy revisando su borrador… y es una maravilla. Sabía que era bueno, pero…

—Vaya, vaya… Al parecer, no está siendo tan difícil trabajar con ella, ¿eh?

—Para tu información, tratar con Miranda es como cuidar un cactus —le aclaro, esbozando una sonrisa—. No sabes en qué momento te va a pinchar, pero cuando florece, es imposible no quedarse embobado y debo admitir que me fascina esa parte de ella.

—¿Te fascina o es que *ella* te gusta?

Levanto la mirada, lo observo con atención, y él me dedica una sonrisa que dice más que cualquier palabra.

—Es mi compañera —le recuerdo, con tono firme.

—¿Y qué? ¿Existe alguna norma que prohíba sentir algo por una compañera de trabajo?

—No siento nada por Miranda —respondo, aunque suspiro de inmediato—. Bueno… en realidad sí siento algo. Y es el dolor de cabeza que me estás provocando ahora mismo. Así que, por favor, vete y déjame tranquila.

Henry sonríe. Aprovecho que tengo un cojín cerca y se lo lanzo directamente a la cara, pero él se ríe, se levanta y desaparece un momento, solo para volver con su teléfono en la mano, mientras pone una llamada en altavoz.

—¿A quién llamas ahora?

—A Jeremy. Ya verás cómo él me da la razón.

Suelto un bufido de pura resignación.

—¿Es que no puedes pasar un solo día sin entrometerte en mi vida?

—No cuando estás en plena negación sobre algo en lo que sabes que tengo razón.

—Henry, te recuerdo que nos fuimos a dormir tardísimo anoche —responde Jeremy desde el otro lado de la línea, con voz somnolienta—. ¿Qué pasa?

—Intervención urgente. Kelsey insiste en que Miranda no le gusta. Y yo recuerdo que tú me dijiste que…

—Que está obsesionada con ella. La idolatra como si fuera una diosa.

—¡Eso no es cierto! —grito, para que me escuche bien—. ¡No digas tonterías!

—¿Lo ves? ¿Ves lo que te digo?

—Kels…, no pasa nada si te gusta. Estoy seguro de que Miranda es maravillosa, guapísima y tiene un «no sé qué que se yo…» que te atrapa —añade Jeremy, desde el altavoz.

—Pues claro. Además, cuando te mira, parece que se te va a meter en el cerebro y más allá sí o sí —suelto sin pensar.

El silencio posterior es tan revelador que abro los ojos como platos y me cubro la boca con ambas manos. Acabo de confesar algo que no debería haber salido ni en broma, y lo peor es que lo he hecho delante de mis insoportables amigos. Me he metido sola en un lío del que no voy a salir fácilmente.

—Este es el momento perfecto para convocar una reunión de emergencia —anuncia Jeremy—. Nos vemos en el restaurante de

siempre, en Covent Garden. Y no la dejes escapar. Tenemos que frenar esto antes de que termine como la última vez.

Cuando Henry corta la llamada, sé que no tengo escapatoria. Mis planes de trabajar tranquila y disfrutar de un domingo de paz… tendrán que esperar.

. . .

Si no hubiera sido una bocazas integral, jamás habrían tenido que arrastrarme hasta aquí. Jeremy y Henry están sentados frente a mí, con esa expresión que usan cuando se proponen diseccionarme hasta el alma, como si escarbar en mis emociones más profundas fuera su deporte favorito, uno en el que siempre están dispuestos a ganar. Y no es la primera vez que lo hacen.

—Entonces, a ver si lo entiendo —empieza Jeremy, apoyando ambos brazos sobre la mesa—. Le dijiste a Henry que no estás obsesionada con Miranda, pero llevas hablando de ella desde que entraste a trabajar en Apex y cruzasteis miradas por primera vez.

—No estoy obsesionada con Miranda Harper —repito, sin convencer a nadie. Ni siquiera a mí misma—. Es mi compañera, es excelente en lo que hace y merece toda mi admiración. Es un ejemplo a seguir, sin más.

—¿Y por qué la llamas siempre por su nombre completo? —interviene Henry—. Suena a que estás intentando marcar distancia… evitar lo inevitable.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? —Niego con la cabeza un par de veces, frustrada—. Miranda lleva años en Apex. ¿Qué tiene de malo que quiera aprender de ella y conocerla un poco

mejor? Además, tenemos que colaborar, porque de no ser así nos iremos las dos a la mierda. Lo último que necesito es provocar tensiones innecesarias. No tenéis idea de lo que significa trabajar con alguien que parece llevar un palo metido en el… bueno, ya sabéis dónde.

Jeremy se echa a reír, y Henry no tarda en seguirle el paso.

Yo intento ignorarlos, juro que lo intento. Porque, en el fondo, sé que algo no va del todo bien conmigo. Este tira y afloja —más bien la ignorancia absoluta de Miranda hacia mí y mi "obsesión" con ella— empezó el día en que me presentaron como nueva incorporación en Apex. Estaba tan nerviosa que tropecé con ella y le derramé encima un capuchino hirviendo que empapó hasta su ropa interior. Fue la primera vez que la oí gritar, y desde entonces la etiqueté como una *snob* controladora de la que era mejor mantenerse alejada.

Nos volvimos rivales. Me tachó de su lista y dejamos de dirigirnos la palabra, salvo en reuniones de equipo o compromisos laborales.

Y lo gracioso, es que jamás pensé que nos veríamos obligadas a soportarnos, aunque yo siempre la hubiera admirando en la distancia.

—¿Entonces?

—Entonces, nada.

Jeremy y Henry se miran con resignación. Ya han pasado por esto antes. La misma historia se repitió cuando intentaba convencerme de que no sentía nada por aquella actriz de teatro con la que terminé saliendo durante dos meses.

—Solo te diré una cosa —añade Jeremy justo antes de terminar su café—. Cuanto más lo niegues, más duro será el golpe cuando reconozcas lo que realmente sientes. Y lo peor es que, cuando eso pase, ya no podrás huir.

Sé que tiene razón. Porque cada vez que recibo un mensaje suyo, algo dentro de mí se altera.

> **Miranda:** ¿Te viene bien vernos esta semana para organizar la presentación de Elliot a Tobias y Margaret? Quiero que estemos en sintonía.

Es un mensaje directo, breve, profesional. Y, aun así, no puedo evitar que se me dibuje una sonrisa tonta en la cara. Porque, aunque la frase sea sencilla, significa que vamos a volver a trabajar juntas, a debatir, y probablemente, a discutir.

No respondo de inmediato. Dejo el teléfono a un lado y me concentro en el café, cerrando los ojos un instante. Tal vez no esté enamorada de Miranda, pero definitivamente ya no me resulta indiferente. Y eso, para alguien como yo, ya representa un paso más hacia el abismo.



CAPÍTULO 11

MIRANDA

Londres, Inglaterra. Cuatro años atrás.

Siembre había odiado los lunes. Eran lentos, ruidosos y estaban plagados de reuniones innecesarias que me daban dolores de cabeza. Pero ese lunes, en particular, se superó a sí mismo: la calefacción en las oficinas no funcionaba, mi correo electrónico se había colapsado con veinte propuestas mediocres antes de las nueve, y para colmo, iban a presentar oficialmente a la nueva editora de otro —e innecesario— sello editorial. Estaba de pie junto a la máquina de café, intentando convencerme de que el día todavía podía mejorar, cuando escuché la voz de Sarah, la directora de Recursos Humanos, elevándose con un entusiasmo que nadie debería demostrar a esa hora de la mañana.

—Esta es Kelsey Doyle, nuestra nueva incorporación. Viene directamente de Harper's. Estoy segura de que hará un trabajo magnífico.

Como me tocaba hacer el paripé de buena compañera —no vaya y me declarasen la guerra—, me giré con la taza aún humeante en la mano, lista para un saludo cortés y breve. Pero lo que ocurrió en los

tres segundos siguientes fue una catástrofe orquestada por el universo con una precisión casi artística que a mí no me hizo ni una gracia.

La nueva incorporación se acercó con paso nervioso, sosteniendo su café mientras rebuscaba en su bolso con la otra mano. Me lanzó una sonrisa tan deslumbrante que no supe si era un intento amable de que me cayera bien o una futura amenaza de destrucción masiva.

Spoiler: se convirtió en lo segundo.

—¡Hola! Tú debes de ser Miranda, ¿verdad? Me han hablado maravillas de ti.

Y antes de que pudiera completar aquella absurda adulación con algún sentido social, tropezó con… algo. Tal vez una raya invisible en el suelo, su propio pie o incluso con el mismísimo destino. El café salió disparado en una curva perfecta, como si alguien lo hubiera lanzado a propósito. Pude ver su expresión de pánico en cámara lenta justo antes de que el líquido me alcanzara de lleno en el pecho, empapando mi blusa de seda blanca y —sí, sin exagerar— quemándome hasta el alma.

—¡Por el amor de Dios! —grité—. ¿¡Es que no sabes mirar por dónde vas!?

Ella se quedó paralizada, con la boca abierta y los ojos a punto de salírsele de las órbitas.

—Oh. Oh, no. Mierda. ¡Mierda, mierda, mierda! ¡Joder! —No sabría decir cuántas palabrotas soltó en menos de un segundo—. No era mi intención. Quiero decir, sí que quería saludarte, pero… ¡no

así! ¡Dios mío! Esto no formaba parte de mi plan de integración en la editorial.

Yo no podía hablar. Sentía el ardor del café descendiendo por mi piel y el murmullo creciente de mis compañeros fingiendo que no habían visto esta escena para evitar que no me los comiera vivos. Claro, por algo no tenía muchos amigos —en realidad, ninguno—. Y por algo también era excelente en mi trabajo.

Kelsey empezó a hurgar en su bolso con desesperación. Sacó una libreta, varios tampones, unas gafas, lo que parecía un bollo envuelto en papel de cocina… y finalmente, un paquete de pañuelos.

—Toma, toma —me ofreció, extendiéndolos con tanta prisa que volvió a golpearme en el pecho.

La observé. Era más alta de lo que había imaginado, llevaba el pelo recogido de manera improvisada y la chaqueta torcida, como si hubiese salido de casa en plena carrera. Sus ojos reflejaban una disculpa genuina, pero eso no me consoló ni un poco.

—Estoy bien —espeté con frialdad, rechazando los pañuelos—. No los necesito.

—¿Segura? —insistió, con esa sonrisa torpe que parecía pegada a su cara—. Bueno, al menos puedo decir que he causado una primera impresión… ¿ardiente?

No podía creerlo. ¿De verdad estaba haciendo una broma?

—¿Acabas de hacer un chiste sobre esto?

—Eh… ¿sí?

Di un paso atrás deseando desaparecer… o tal vez con la intención de coger impulso para cruzarle la cara. Quizás ambas

cosas, en direcciones opuestas.

—Bienvenida a Apex —mascullé entre dientes—. Espero que tus nuevos autores estén a la altura de tus entradas triunfales.

Y sin decir nada más, me alejé, con el café todavía escurriendo por mi ropa y mi dignidad hecha pedazos. Ese fue mi primer encuentro con Kelsey Doyle. La mujer que, años después, se convertiría en mi mayor dolor de cabeza… y tal vez, en la única persona capaz de desafiar mi perfección sin necesidad de disculparse por ello.

Algo que, ahora que lo pienso, encaja perfectamente con un día como hoy.

. . .

1 de abril de 2025.

El sonido de mis tacones contra el suelo de mármol retumba con más fuerza que de costumbre. Tal vez sea por el silencio incómodo que parece haberse apoderado esta mañana de las oficinas de Apex, o quizá porque cada paso me acerca un poco más al apocalipsis que ya se percibe en el aire. Diana está en recepción y apenas me dedica una sonrisa, algo que nunca es buena señal.

—Buenos días —la saludo, mientras me quito mi pañuelo favorito, como si pudiera retrasar lo inevitable.

—Tobias y Margaret están en llamas. Llegaron antes de las ocho y llevan encerrados revisando informes desde entonces. Ni siquiera han salido a tomar café. Y eso que él no sobrevive sin su expreso doble.

«Fantástico. Si Tobías no ha tomado café, estamos todos condenados.»

—¿Han dicho si ha pasado algo? —quiero saber.

—Todavía no, pero me dejaron muy claro que os avisara a ti y a Kelsey en cuanto llegarais —responde, con una seriedad que me pone los pelos de punta—. Y no creo que sea para tomar el té, no sé si me entiendes.

Justo entonces, como si el destino quisiera añadir dramatismo al momento, la puerta del despacho de Tobias se abre. Aparece con el porte de un abogado sacado de una serie de televisión: traje impecable, expresión glacial y una ceja peligrosamente arqueada. Detrás de él, Margaret, con los brazos cruzados y una mirada de «estoy evaluando cada uno de tus movimientos», asiente y me dedica una mirada fría.

—Miranda. Kelsey —anuncia—. Venid al despacho, ahora.

—Uh, mucha suerte con ellos —murmura Diana, dándome un par de golpecitos en el brazo.

No necesito mirar a Kelsey —que aparece a mi lado sin que me dé cuenta— para saber que esto no pinta nada bien.

—Siempre tan simpático… —murmura ella, solo para mis oídos.

La sobriedad del despacho al entrar nos encoge el ánimo. Tobias se coloca junto a la ventana, como si observar el tráfico de la City le diera sabiduría ejecutiva, aunque a veces dudo que tenga siquiera sentido común. Margaret, en cambio, despliega varios documentos sobre la mesa con el entusiasmo de alguien obligado a dar noticias que no le gustan nada.

—Ya han pasado un par de semanas desde que os dimos la oportunidad de demostrar que podéis salvar el sello de la editorial —comenta Tobias, sin dignarse a mirarnos—. Y hasta ahora, no hemos visto resultados tangibles.

Respiro hondo. Conozco esta danza demasiado bien.

—Estamos desarrollando una estrategia. Es un proyecto ambicioso y requiere tiempo.

—Precisamente eso es lo que no tenemos —interviene Margaret, con un tono cortante que me crispa—. La editorial no puede seguir dinero. Necesitamos algo ya.

Kelsey da un paso al frente con la seguridad —equivocada— de quien está a punto de lanzar un bote salvavidas en mitad del mar. Y yo no voy a ser quien la detenga. Si quiere estrellarse, que así sea.

—Hemos estado analizando el mercado y creemos haber encontrado algo con verdadero potencial. Un manuscrito que puede conectar con el público actual. Un autor con una voz potente y…

—¿Un autor novel? —interrumpe Tobias, girándose por fin para clavarnos una mirada asesina—. ¿Eso es lo que vais a presentar? ¿Una apuesta sin garantías?

—Una apuesta que merece la pena —responde Kelsey con firmeza. Y por un instante, casi sonrío con orgullo—. Los lectores quieren novedades, autenticidad. No podemos seguir apostando por los mismos de siempre.

—¡No me vengáis con tendencias absurdas! —brama Tobias, golpeando la mesa con la palma abierta—. Esto no es un club de lectura. Es un negocio. Y los negocios se sostienen con cifras y superventas de autores ya consolidados.

Aprieto los labios. Sé que está equivocado, pero tampoco puedo arriesgarlo todo sin una base sólida. Y, sin embargo, aquí estoy, dispuesta a defender la propuesta de Elliot como si fuera mi última carta.

—Estamos trabajando en el mejor enfoque para posicionar el libro —añado con cautela. Margaret me mira, y por una fracción de segundo, creo que es la única que aún confía en mí—. Os prometo que no estamos improvisando.

Margaret deja caer una hoja sobre la mesa. Una cifra en rojo destaca entre las demás como una amenaza silenciosa.

—Escuchadme bien. Esto no es un juego. Si no presentáis un plan concreto y viable en los próximos días, tomaremos decisiones. Y dudo que os gusten. ¿Está claro?

Kelsey y yo intercambiamos una mirada. Me detengo otra vez en los números, luego asiento, y salimos del despacho con el peso de la advertencia colgando sobre nuestras cabezas. Ella me sigue, y en cuanto entramos a mi despacho, deja caer el bolso sobre el escritorio con rabia contenida.

—No me puedo creer que estén tan desconectados de la realidad —resopla—. ¿De verdad piensan que los buenos libros nacen de la nada?

Intentando conservar la calma, sirvo un poco de café del termo que siempre traigo de casa.

—Necesitamos un plan —comento con voz serena.

—¡Eso es lo que llevo diciendo desde el principio! —explota—. Pero cada vez que intento hablarte de lo que la gente quiere leer, reaccionas como si te pidiera que quememos la editorial.

—¡Porque no podemos arriesgarlo todo por una intuición!

«Aunque esa intuición sea muy buena», pienso. Y una parte de mí intenta convencer a la otra de que seguir adelante con el tema de Elliot, no es un error. Kelsey me observa. Hay decepción en sus ojos. Sabe que estoy a punto de echarme atrás con el manuscrito, porque al final, los números son los números.

—¿Sabes qué es lo que me parece? Que te aterra el riesgo. Y lo entiendo. Pero no puedes construir nada nuevo si te aferras a reconstruir lo viejo.

Me doy la vuelta y la enfrento. Su tono me molesta. Pero lo que más me irrita… es que se crea tan lista.

—Tú no entiendes lo que significa luchar durante años para llegar a este puesto, y que puedan arrebatártelo en un instante. No puedo tirarlo todo por una corazonada.

—¿Y no te parece irónico que la única forma de mantener lo que tienes sea precisamente arriesgándote? Si sigues anclada a lo que ya no funciona, terminarás perdiéndolo igual.

Suspira y su gesto se suaviza, intentando poner paz.

—Escúchame, por favor. Sé que tenemos poco tiempo, pero reunámonos con Elliot otra vez. Analicemos bien su historia. Si después de eso aún crees que no funciona, buscamos otra opción. Solo te pido que abras la mente, aunque sea un segundo y que ignores a esos dos palurdos.

«¿Los acaba de llamar…?», sacudo la cabeza.

La miro. En sus ojos hay algo que no había visto antes: fe. Fe en algo que todavía no existe. Y aunque me cueste admitirlo, esa fe

empieza a contagiarme. Dirijo la vista a través del cristal. Afuera, Apex continúa como si nada pasara. Pero si hoy no tomo el riesgo de hacer algo distinto, mi carrera habrá terminado, lo tengo muy claro. Y yo no estoy dispuesta a permitirlo. No así.

—De acuerdo —acepto, apoyándome en el escritorio.

Kelsey parpadea, sorprendida.

—¿«De acuerdo»… en serio?

—Vamos a apostar por Elliot. Pero vamos a hacerlo bien. Necesitamos una estructura sólida y un análisis de mercado convincente que acompañe a los arreglos que tiene que hacer —le recuerdo—. Si en una semana no tenemos resultados, habrá que dejarlo estar.

Ella sonríe. Esta vez de verdad, sin sarcasmos.

—No te vas a arrepentir —dice, con un toque juguetón.

—Eso dices tú. Espera a que tengamos que pasar ocho horas al día trabajando juntas. No sé qué me pasa, pero ya me estás contagiando tu entusiasmo.

Kelsey alza las manos al cielo.

—¡El apocalipsis ha llegado!

Y contra todo pronóstico… me hace sonreír.



CAPÍTULO 12

KELSEY

Horas más tarde.

Después del golpe de presión que Tobias y Margaret nos han metido esta mañana en su despacho, lo único que podíamos hacer Miranda y yo era ponernos a trabajar. No tengo muy claro cómo conseguí que aceptara venir a mi apartamento para centrarnos en el borrador de Elliot y trazar nuestra estrategia, pero lo hice. El caso es que ahora está sentada en el sofá de mi salón, rodeada de hojas, post-its, anotaciones y tanto café que podríamos resucitar a un muerto.

Yo estoy en la moqueta, con mis pantalones de yoga favoritos —esos que tienen un pequeño agujero en la rodilla que me niego a coser— y una camiseta que dice: «No Drama, Please». Miranda mantiene una postura rígida, visiblemente irritada, aunque ese gesto en su rostro me hace pensar que la historia de Elliot y las modificaciones que ya ha hecho le están gustando mucho más de lo que quiere admitir.

—Deja de mirarme así y céntrate en leer —habla de pronto, sin apartar la vista de los folios.

—¿Así cómo?

—Con esa cara de «sabía que te iba a gustar y que lo ibas a disfrutar muchísimo».

—Pero es que lo sabía, y no pienso negarme la felicitación —respondo, sonriendo—. Cuando mi madre me sugirió llevarte al CornerClub, me acordé de Elliot y de cuánto me gusta lo que escribe. De alguna forma, solo quería comprobar si tú también serías capaz de ver su potencial.

Miranda resopla como si le costara reconocer que tengo razón. Se pasa la mano por el pelo y se recuesta en el sofá, negándose aún a sonreír.

—La historia es buena, Kelsey. Muy buena, de hecho. El problema es que Tobias y Margaret no lo van a ver así si no se lo presentamos con cifras, cifras exactas que traigan beneficios —explica, cruzándose los brazos—. Ya sabes que ellos se mueven por números, no por emociones. No basta con encontrar un manuscrito valioso, necesitamos algo que nos salve el pellejo… y que también que los salve a ellos.

—¿Crees que deberíamos hacer un pequeño estudio de mercado? —pregunto, apoyando un codo en la mesa—. Podríamos aplicar lo que hacen los autores independientes, buscar lectores beta, lanzar encuestas, preparar previsiones de venta…

—¿Kelsey Doyle hablando de estudios de mercado y previsiones? —Miranda arquea una ceja con incredulidad y luego asiente, más tranquila—. Sí. Tenemos que hacerlo, aunque no dispongamos de mucho tiempo.

—El tiempo es relativo. Si nos enfocamos únicamente en esto, estoy segura de que lo lograremos.

—No entiendo cómo puedes ser tan positiva. Nuestra carrera entera depende de un borrador —me recuerda, moviendo el documento para dejarlo caer sobre la mesa—. No es que no confíe en él… si lo afinamos bien, puede ser excelente, pero nos quedan solo unas semanas.

—Entonces será mejor que empecemos ya a anotar todas las ideas que se nos ocurran y… —Señalo mi camiseta—. Nada de dramas. Además, está claro que a ti te siguen queriendo en el equipo, eres brillante en lo que haces. Sería una locura dejarte ir y perder a más futuros autores.

Henry siempre dice que soy una bocazas, que no sé callarme lo que pienso o siento. Y este es otro ejemplo perfecto. Miranda me observa como buscando alguna ironía en mis ojos y, al no encontrarla, desvía la atención hacia todo lo que hay desparramado sobre la mesa.

—Creo que va siendo hora de que me marche.

—¿Por qué no te quedas? —le propongo con cierta prisa—. Podemos pedir algo para cenar, el sofá es cómodo y así no tienes que conducir a estas horas. Además, se te nota en la cara que estás agotada.

—A esta hora ya estaría dormida.

—¿¡En serio!? —«No sé de qué me sorprendo». Miranda me fulmina con la mirada por encima de sus gafas y yo levanto las manos—. Perdón, es que a esta hora yo estoy devorando algún libro. Pero, oye, cada quien aprovecha su tiempo como quiere.

No dice nada. Cierra los ojos un par de segundos, como si eso bastara para sacudirse el cansancio, y yo me levanto para ir a la

cocina. No tengo ni idea de dónde está el número de mi restaurante tailandés favorito, pero después de tanto leer, se me ha antojado un Pad Thai.

Al final encuentro el panfleto escondido en el cajón de los cubiertos y sonrío, victoriosa.

—¿Se puede saber qué haces?

Miranda, que no sé en qué momento me ha seguido, está apoyada en la isla de la cocina, con una ceja levantada.

—Voy a pedir la cena. Me muero de hambre… —agito el panfleto —. ¿Te gusta la comida tailandesa? Este sitio es increíble, y...

Mi estómago ruge, y tan pronto como el sonido se apaga, Miranda se echa a reír. Es la primera vez que la escucho hacerlo, la primera vez que se quita las gafas y se relaja. «Y te gusta». La voz de Jeremy resuena en mi cabeza y un sofocón me recorre el cuello.

—Está bien, me quedo a dormir, pero me voy mañana temprano. Así me da tiempo de ir a casa, cambiarme y llegar a la oficina —aclara como si estuviera repasando su agenda mental—. ¿Crees que Elliot querrá reunirse con nosotras otra vez?

—Estoy segura de que no pondrá ninguna objeción. Llevaba esperando esta oportunidad desde hace mucho —le aseguro—. No solo escribe bien, sino que tiene una comunidad literaria muy activa en redes. Sus lectores lo adoran. Solo necesita que alguien le dé voz.

—Y esperemos ser nosotras.

—Solo tenemos que pulir los detalles, comprobar que funciona y entregarlo con un lazo rojo si hace falta —añado mientras marco el

número del restaurante, justo cuando Miranda se arremanga el jersey de cachemira que cubre su camiseta.

—Eres consciente de que no podemos fallar, ¿verdad? Nuestro futuro en Apex está en juego.

—No vamos a fallar. —No sé por qué le guiño un ojo, pero lo hago—. Voy a pedir la cena —le aviso, señalando el teléfono—. Tú ponte cómoda.

Y con esas palabras, me escabullo de la cocina, entro a mi habitación y hago la llamada con la cara más roja que un tomate y el corazón acelerado.

. . .

Al día siguiente.

Después de una noche en la que he dado más vueltas que una peonza y no he logrado pegar ojo, lo último que espero es que el timbre suene a las seis de la mañana. Mi cerebro sigue anclado en el trabajo y me cuesta comprender que el sonido no es una alucinación causada por la falta de descanso. Ayer se nos hizo tardísimo y, mientras cenábamos, terminamos organizando un plan de marketing completo.

Al salir de mi habitación, me encuentro a Miranda dormida en el sofá, completamente envuelta en mi manta de corazoncitos hasta la nariz, con una mano colgando por un lateral. Se la ve relajada, profundamente dormida, como quien se deja arrastrar por un sueño profundo sin recordar dónde está.

Al abrir la puerta, me topo con Henry, que me pone ojitos de cordero degollado por haberse olvidado otra vez las llaves.

—¡Buenos días, dormilona! ¿Se te han pegado las sábanas?

—Eh… —«Vamos, Kels, reacciona». Me aparto para dejarle pasar—. ¿Qué tal te ha ido en el trabajo?

Henry se dirige al salón, y cuando ve a Miranda en el sofá —despertándose, con el pelo revuelto y el jersey arrugadísimo—, se queda inmóvil.

—No tan bien como a ti, por lo que veo… —comenta con picardía, y Miranda alza una ceja—. Hola, encantado, soy Henry, su compañero de piso y...

—Y alguien que necesita una ducha con urgencia, ¿verdad?

—Un placer… —responde Miranda, aún medio dormida. Parpadea, se incorpora y recorre la habitación con la mirada—. Creo que será mejor que me marche. ¿Qué hora es?

—¡No, mujer! ¡Quédate a desayunar! —propone Henry, totalmente entusiasmado con la idea de tenerla aquí—. Es la primera vez que Kels trae a alguien a casa.

—Estábamos trabajando. Era tarde y la invité a quedarse —aclaro, intentando cortar de raíz sus insinuaciones—. No te inventes telenovelas.

Miranda mira a Henry. Henry me mira a mí. El silencio que se instala entre los tres es tan incómodo que, de pronto, la alarma de mi despertador suena y nos sobresalta, devolviéndonos bruscamente a la realidad. Sé que esta escena va a dar mucho de qué hablar en los próximos días, pero ahora mismo lo único que deseo es que Miranda desaparezca y que todo vuelva a la normalidad.

—Me voy. Nos vemos en la oficina en un par de horas —anuncia mientras se incorpora, se arregla la ropa y recoge sus cosas—. Intenta no llegar tarde. Tenemos que poner en marcha el plan.

—¿Qué plan?

—Uno que no te concierne —respondo, seca.

Y cuando la puerta se cierra de golpe, sin darme tiempo a despedirme, me llevo ambas manos a la cabeza como si acabara de librarme de una buena.

—Te gusta. Y mucho.

—Cállate, Henry. Estás mucho más guapo con la boca cerrada —le reprocho, sin mirarlo siquiera.

—Solo digo que, si esto fuera una novela romántica... estaríamos en ese punto en el que las lectoras empiezan a hacer teorías sobre qué tenéis y que no.

—Henry. Te lo pido por favor…

—¡Vale! Ya me callo. Pero lo de la manta de corazoncitos… eso no lo voy a olvidar nunca.

Sonríe y se dirige a la cocina. Yo cierro los ojos, camino hasta el sofá y dejo caer la cabeza entre los cojines, intentando dormir un poco más. Pero es imposible. Mis sentidos ya están despiertos por culpa del perfume de Miranda que sigue impregnado en la tela y, sin poder evitarlo, algo extraño empieza a revolotear dentro de mí.



CAPÍTULO 13

MIRANDA

2 de abril de 2025.

No sé si es por el cansancio, la presión acumulada de la semana o esta música indie estridente que Andrew insiste en poner cada vez que organiza una fiesta, pero siento que la cabeza me va a estallar. Desde que puse un pie en la oficina esta mañana, supe que el día iba a ser un desastre. Cada rincón del departamento editorial parecía caminar sobre cristales rotos, como si estuviéramos esperando una auditoría sorpresa o una ronda de despidos que empiezo a creer que deberíamos tomarnos en serio. Y que los jefes mostraran cero confianza en que el trabajo de Elliot pueda salir bien solo empeora las cosas.

Kelsey, por supuesto, se mantuvo serena, incluso yo diría que alegre. Tomó notas, hizo comentarios positivos sobre la novela, en general fue… ella. «Ojalá pudiera contagiarme de su confianza». Después de lo que pasó anoche y la pesadez de hoy, tenía que escapar. No quería seguir respirando el aire tenso de la oficina. Necesitaba un sitio donde no pensar en manuscritos, ni en fechas

límite, ni en directivos que creen que su aprobación es nuestro oxígeno para vivir.

Lo único diferente de esta rutina tan mecánica fue el comentario que le hice a Kelsey —como casi todo lo que ocurre con ella—, más por inercia que por verdadera intención de darle a conocer mis planes para un martes noche.

—Después del cierre, Andrew organiza una pequeña fiesta en su cafetería. Es para Penélope, su novia. Algo informal —le comenté, mientras cerraba el portátil.

—¿Ah, sí? ¿Y me estás invitando formalmente?

Ahí fue cuando metí la pata, porque al mirarla a los ojos y ver su entusiasmo, no pude pensar con claridad.

—No, solo lo mencionaba, pero… bueno, si no tienes planes...

Lo dejé así, porque soy una idiota. Porque cuando me pongo nerviosa me trabo y mi cerebro parece no querer conectar con mis palabras. Y ahora estoy aquí, apoyada en la barra de la cafetería de mi hermano, mirando cómo la puerta se abre y Kelsey aparece tal y como parecía haber prometido.

Lleva un vestido colorido, botas de tacón bajo y un aire entusiasta que, me doy cuenta, la acompaña siempre a todas partes. Avanza entre la gente con la misma soltura con la que se pasea por la oficina, y cuando me ve, sonríe como si no acabáramos de sobrevivir a una jornada infernal.

—¡Miranda! Ese rojo te queda genial. ¿Es nuevo? —pregunta, señalando mi vestido como si esto fuera una alfombra roja.

—Gracias, pero no —comento, algo nerviosa—. No imaginé que acabarías viniendo.

—Me invitaste directamente —replica—. Bueno, casi. ¿Te molesta?

Andrew aparece justo entonces, como un genio salido de una lámpara, sin que nadie lo haya llamado.

—Tú debes de ser la famosa Kelsey. Encantado, soy el hermano de Miranda. Hemos oído hablar mucho de ti...

—¿De verdad? —responde ella, girándose hacia mí con una sonrisa que me hace querer desaparecer detrás de la barra—. Vaya, no sabía que me estabas dando a conocer tan bien.

—Andrew exagera —murmuro, deseando que cambie de tema.

—No lo hago —dice él, riendo con su copa de vino en la mano.

Y como si el universo quisiera añadir más drama a la situación, mi cuñada se une al grupo, con una enorme sonrisa en los labios. Luce impecable, como siempre, y examina la escena sin perderse detalle.

—¿Ella es Kelsey? —pregunta, lanzándome una mirada que mezcla una picardía que no me gusta nada.

—Encantada —saluda Kelsey, extendiendo la mano con toda naturalidad.

—Igualmente. He oído muchas cosas sobre ti.

Otra vez, todas las miradas se centran en mí. Estupendo. Esta noche no hay manera de pasar desapercibida.

. . .

La música cambia a un ritmo más animado, lo que anima a los invitados a levantarse de sus sillas y dirigirse a la pequeña pista improvisada entre las mesas. Andrew ha desplazado los sillones hacia los lados del local para dejar más espacio y un grupo de amigos de Penélope baila con entusiasmo mientras ella ríe en el centro, como si estuviera protagonizando su propio videoclip.

Yo, en cambio, observo desde mi rincón junto a la barra, copa en mano, con ese instinto de editora que nunca se apaga: distingo quién coquetea con quién, quién ya ha bebido de más y quién finge disfrutar de la fiesta mientras revisa el móvil cada cinco minutos.

Kelsey, por supuesto, no hace nada de eso. Ella se adapta al entorno como si ya lo tuviera ensayado. En cuestión de minutos, entabla conversación con dos amigos de Andrew sobre fotografía —sí, al parecer también sabe de eso—, y luego ayuda a Penélope a escoger la siguiente canción desde su móvil, como si fueran amigas de toda la vida.

La observo con una mezcla de fascinación e irritación. ¿Cómo lo consigue? ¿Cómo logra integrarse con tanta naturalidad en un grupo que no conoce, en una fiesta a la que ni siquiera fue oficialmente invitada?

Andrew vuelve a mi lado con otra copa y estoy a punto de fulminarlo.

—No me mires así —comenta apenas me ve—. Te prometo que no puse esta música para torturarte ni para hacerte bailar.

—No es por la música.

—¿Kelsey?

Asiento, sin apartar la vista de ella.

—Parece más cómoda aquí que yo en mi propia familia.

Mi hermano se echa a reír.

—Tampoco es tan difícil. Si consideras que a nuestras reuniones familiares y las salidas con amigos siempre vienes con tu «modo ejecutiva» activado —comenta, bebiendo un poco de vino—. Pero vamos, admítelo… te gusta tenerla cerca.

Le lanzo una mirada asesina.

—No empieces.

—Llegas tarde —responde, chocando su copa con la mía—. Además, Penélope la adora. Dice que deberías traer más seguido a tus «amigas secretas».

—No es mi amiga —aclaro, más rápido de lo necesario—. Y apenas llevamos un par de semanas trabajando juntas… por desgracia. Tampoco es que tuviera su presencia oculta en un agujero, todo el mundo sabía que trabajaba con ella en la misma editorial.

«¿Por qué doy explicaciones?»

Andrew me estudia en silencio, con esa expresión que solo usa cuando quiere que admita algo que me niego a reconocer. No es la primera vez que menciono a Kelsey. Ya le he contado cómo me saca de quicio en la oficina, y también cómo ha conseguido varios logros en estos años, cosa que yo apenas empiezo a aceptar.

—Solo digo... —añade— que hay tensión en el ambiente, de la interesante. Como esas historias de oficina que terminan siendo un escándalo romántico.

Suelto un suspiro.

—Gracias por el análisis emocional gratuito.

—De nada. Para eso estoy.

En ese momento, Kelsey regresa con nosotros. Lleva una botella de agua en una mano y las mejillas encendidas, seguramente por el baile y las varias copas que se ha bebido. Tiene algunos mechones pegados a la frente y sonríe como una niña que ha ganado un premio.

—Tu hermano se ha convertido oficialmente en mi persona favorita de esta noche —comenta, señalando a Andrew con el mentón mientras se lleva una mano al estómago—. Me ha dado acceso ilimitado a la cocina.

—Con tal de no tener que servir él, lo haría con cualquiera —respondo algo cortante. Aunque no puedo evitar sonreír.

—Eso es cierto —interviene Andrew, haciendo una exagerada reverencia—. Todo sea por la eficiencia.

—¿Queréis probar los brownies que ha preparado Penélope? —pregunta Kelsey, señalando la mesa de postres—. Deberían ser ilegales de lo buenos que están. Son adictivos, literalmente. A este paso, me los acabaré todos antes de que te decidas a probar uno.

—¿Eso es una amenaza? —pregunto, alzando una ceja.

—No lo sé… hay cosas a las que simplemente no se puede decir que no —afirma, con una sonrisa tan encantadora que me dan ganas de empujarla suavemente contra una de las vitrinas.

Pero, por el bien de la cafetería, me contengo. Andrew me mira, luego a ella, y después a mí.

Me encojo de hombros y avanzamos juntas hacia la mesa de los dulces, y a nuestro alrededor la fiesta sigue con su caótico encanto. Algunos bailan, otros debaten sobre cine —creo que discuten si *Amélie* es una obra maestra o está sobrevalorada—, y un tipo con gafas lee en voz alta fragmentos de un libro, como si se tratara de un recital de poesía improvisado.

Mientras partimos un brownie por la mitad, Kelsey murmura:

—¿Te sientes fuera de lugar?

—¿A tu lado? Siempre.

Ella sonríe, aunque su tono se vuelve un poco más serio.

—Hablo en serio. A veces tengo la sensación de que tú y yo… funcionamos en coordenadas distintas.

La observo. Hay algo en su voz, una sinceridad desarmante que suele surgir en los momentos más inoportunos.

—Sí —admito—. Pero últimamente, esas coordenadas no parecen estar tan lejos como antes. —Nuestros ojos se encuentran durante un instante que se prolonga más de lo razonable—. Y no sabría decir si eso es bueno o no.

Kelsey inclina ligeramente la cabeza, como si quisiera grabar mis palabras en algún rincón privado de su memoria.

—Bueno… —murmura mientras lleva un pedazo de brownie a la boca—. Al menos nos ha servido para trabajar juntas, y ya es mucho. Al principio pensé que me veías como tu enemiga número uno.

—Y lo eres —respondo, aunque el tono de mi voz me traiciona.

—¿Segura? Porque aún no me has pedido que me vaya —añade, con esa sonrisa burlona que parece disfrutar retándome.

—Porque ya estás aquí —susurro y noto lo cerca que estamos. Mi codo roza el suyo y, por alguna razón, no me aparto—. Y no quería hacer un escándalo delante de mi hermano. Luego va diciendo que soy una borde.

En su mirada leo claramente un «eso también es verdad» que decide no decir en voz alta.

—¿Sabes? —dice, bajando un poco la voz—. A veces me molesta lo mucho que te admiro.

Sus palabras me dejan helada. El brownie está a punto de resbalarse de mis dedos.

—¿Qué?

—Eres brillante, Miranda. Implacable, sí, pero brillante. Lo veo cada día. Y, a veces, me gustaría que no lo fueras tanto, porque entonces no me importaría tanto lo que opinas de mí.

No sé qué contestar. Siento que la respiración se me paraliza, y no, maldita sea, no es por el vino.

—Qué tontería —murmuro, más para mí que para ella.

—¿Estás segura?

La miro, y su expresión es una mezcla de orgullo contenido y vulnerabilidad que me desmonta por completo. Me doy cuenta de que, por más que lo intente, ya no puedo reducir esto a una lucha de egos ni a una competencia estéril por ver quién tiene la razón. Desde el otro lado de la barra, Andrew nos observa. Cuando

nuestras miradas se encuentran, levanta una ceja como diciendo «¿ves a lo que me refería?»

Niego con la cabeza y desvío la vista hacia los brownies. Kelsey no añade nada más. Solo se queda ahí, a mi lado, en silencio. Como si supiera que, esta vez, decir algo más sería simplemente… demasiado.



CAPÍTULO 14

KELSEY

4 de abril de 2025.

A veces me pregunto si soy demasiado optimista o si, en realidad, la situación en la que nos han metido Margaret y Tobias es tan difícil como parece. Después de la fiesta que organizó Andrew, decidí sumergirme por completo en la lectura del borrador de Elliot y las nuevas anotaciones para tenerlo todo listo. Pero, con el paso de las horas, no puedo evitar que el pesimismo de Miranda comience a contagiarme.

Apostar nuestros puestos de trabajo y la continuidad del sello con esta jugada, es algo arriesgado, y entiendo que ella se esté tomando su tiempo. Soy consciente del esfuerzo que ha invertido desde que Apex la contrató, de sus logros… de lo bien que desempeña su labor, a pesar de que en ocasiones pueda ser tan fría e impersonal como el hielo. Sigo creyendo que hay aspectos de su personalidad que se me escapan, detalles que la vuelven tan seria como enigmática. Porque sí, además de admirarla y tenerla en un pedestal, provoca que me cuestione constantemente si realmente es

como aparenta o si lo que los demás vemos no es más que una coraza bajo la que se esconde. Supongo que algún día lo descubriré.

Después de trabajar por separado en el borrador, Miranda y yo hemos quedado nuevamente en el CornerClub para reunirnos con Elliot y comunicarle las conclusiones a las que hemos llegado. Ella está sentada a mi lado, hojeando mis anotaciones mientras espero a que termine. Hoy, el espacio dista mucho del club de lectura de la otra noche. El ambiente huele a la humedad de la lluvia, al café que humea en nuestras tazas y al aroma a rosas de su perfume. Ese perfume que, empiezo a creer, se me ha subido a la cabeza, porque no puedo apartar la vista de su gesto concentrado.

—Bueno, ya he terminado… —me dice, y yo carraspeo, ocultándome tras mi taza de café—. Si queremos que apuesten por esto, necesitamos entregarles una propuesta impecable. No podemos presentarnos con dudas, y ambas coincidimos en que debe reescribir estos tres capítulos. —Señala mis notas con una ceja alzada—, eliminar el subplot del ladrón invisible y…

—Y reforzar el vínculo emocional de Ivy. Eso es fundamental —añado, intentando que esa parte de la novela también tenga su peso —. No lo olvides.

—Y simplificar los diálogos. Coincidimos en que parecen escritos por un filósofo, y hoy en día, me decanto porque los lectores prefieren algo sencillo —«¿Eso lo ha dicho ella o lo he imaginado?» Miranda sostiene su taza y toma un sorbo—. Cuanto menos rebuscado, mejor.

—Pero no toques el epílogo —le ruego—. No he llorado tanto en mi vida.

—¿En serio?

—¿Tú no? —pregunto, casi esperando que, al igual que a mí, también la haya conmovido. Aunque algo me dice que en ella es poco probable.

—Yo analicé y subrayé todo lo que hay en estas hojas. —Las levanta y las sacude frente a mi rostro—. No podía darme el lujo de implicarme emocionalmente, porque, si lo hiciera, no sería objetiva.

—Qué romántica.

Miranda ignora por completo mi comentario y vuelve a centrarse en sus apuntes. Estamos contra las cuerdas, sí, pero hay una parte de mí —esa que aún cree que los libros son puentes al paraíso— que piensa que este borrador podría ser el punto de inflexión que Apex necesita. Solo hay que convencer a Tobias y Margaret, y está claro que eso es lo que va a ser verdaderamente complicado.

Nada más pensarlo, veo aparecer a Elliot, irradiando esa energía típica de los escritores jóvenes que aún no han sido devorados por el sistema editorial. Sonríe al vernos y se acerca con el gesto nervioso de quien sabe que esta reunión puede cambiarle la vida.

—¡Hola! Espero no haber llegado tarde.

—Tranquilo, no llevamos mucho por aquí. —Le sonrío—. Ponte cómodo.

Miranda ni siquiera lo saluda. Lo observa y lo analiza con detenimiento. Sé que sigue teniendo sus reservas. Que, aunque la historia le gusta, aún la considera una locura. Y que convertir a Elliot en el próximo autor de moda le parece, cuanto menos, algo muy difícil.

Elliot saca su libreta y un bolígrafo, y empieza a hablar. Nos cuenta sobre el alma de Ivy —su protagonista—, sobre cómo creó un mundo donde los vínculos entre las personas se manifiestan como hilos de luz —algunos dorados, otros más oscuros— visibles solo para quienes han experimentado una pérdida profunda. Y me doy cuenta de que este universo es hermoso, poético…, y mientras lo explica, noto que Miranda lo escucha con interés.

O al menos eso parece, porque cuando abre la boca… rezo para que Elliot no salga huyendo.

—Dime una cosa —comienza con ese tono de voz que le pone los pelos de punta a cualquiera—. ¿Por qué crees que deberíamos publicar tu novela?

Elliot la mira, y por un instante, percibo un leve temblor en sus labios, incluso en sus manos. Esta oportunidad no se le presenta a cualquiera, y estoy segura de que teme decir algo fuera de lugar y echar las cosas a perder. Así que intento relajar el ambiente colocando una mano en su espalda.

—Lo que mi compañera quiere decir es… ¿qué crees que hace especial tu novela? —pregunto con un tono más suave y conciliador —. Porque está claro que tiene potencial. Si no fuera así, ella no estaría aquí. Ya te lo digo yo.

Ella dirige su atención hacia mí, y le dedico una sonrisa con la que intento hacerle ver que, si sigue con ese tono, logrará que el chico se paralice por el pánico.

—Supongo que es buena…

—Como muchas otras —interviene Miranda, cerrando su libreta como si acabara de dictar sentencia en un juicio—. Pero eso no es

suficiente.

—Miranda, por favor...

Elliot nos mira a ambas.

—Tu historia es interesante. Tiene muchos elementos destacables, pero necesito saber qué posee que no tengan las otras quinientas que recibimos cada mes en Apex —añade ella, cruzándose de brazos.

—Lo que la hace única no es solo el universo que he creado. Es Ivy. Ella no quiere salvar el mundo. No busca venganza, solo anhela paz. Quiere entender por qué las personas mienten, incluso a quienes aman. Y creo que eso conecta con nosotros, con las situaciones que vivimos hoy en día.

Elliot tiene razón, pero no soy yo quien se lo va a decir. Miranda no pestañea; estoy segura de que está midiendo cada palabra y que busca la forma precisa de articular una frase que resuma su negativa con elegancia. Sin embargo, su expresión cambia de manera inesperada, y cuando finalmente habla, me deja completamente descolocada.

—Es una respuesta excelente, justo lo que esperaba oír —afirma, y le guiña un ojo, desmoronando por completo esa coraza de frialdad que suele envolverla—. Quería saber si escribiste esto por escribir, o si eres consciente del impacto emocional que puede tener en quienes lo lean.

«¿Está hablando en serio?». Miranda dirige la mirada hacia mí y, por absurdo que parezca, siento que el corazón se me acelera.

—Ya la has escuchado. Apostaremos por ti —le anuncio a Elliot, mientras noto cómo sus ojos se iluminan—. Pero eso sí,

necesitaremos que reescribas y mejores ciertos aspectos que consideramos importantes.

—Mi compañera y yo hemos leído el manuscrito durante la semana —añade Miranda, con tono firme pero sin mostrarse dura con él—. Anotamos en los márgenes lo que creemos que deberías corregir. Hay detalles que podrían pulirse para que la historia gane fuerza.

—Bueno, ya tenía algunas ideas —comenta Elliot, centrando su atención en los pasajes que hemos subrayado, corregido o comentado—. Pensaba añadir algo más de tensión al segundo acto y…

—No te preocupes —lo interrumpo con una sonrisa—. Ningún manuscrito está listo desde el primer borrador. Pero estoy segura de que, si trabajamos en ello juntos, puede quedar increíble.

—Lo único que necesitamos es que empieces cuanto antes con estos cambios —advierte Miranda, retomando el control—. Queremos presentarlo a nuestros jefes, así que tienes que comprometerte a tenerlo terminado en este par de semanas.

—Puedo hacerlo —responde él con convicción—. Me habéis dado esta oportunidad, y os juro que voy a encerrarme en mi habitación hasta dejarlo impecable. Haré lo que sea necesario.

—Perfecto. Tienes dos semanas. Si no lo terminas a tiempo, no habrá una segunda oportunidad.

Elliot asiente con entusiasmo.

—Lo tendré listo. En cuanto lo acabe, os enviaré un correo con el nuevo manuscrito.

Miranda y yo nos quedamos unos segundos en silencio, observándolo mientras se aleja. Cuando abre la puerta del local y desaparece, doy un brinco en la silla y suelto un grito de alegría.

—¡Por fin! —exclamo, y sin pensarlo demasiado, la abrazo.

Ella no reacciona. Se queda rígida, completamente inmóvil, como un insecto palo. En cuanto noto que he invadido su espacio personal, me separo lentamente y fijo la mirada en sus ojos color miel, intentando descifrar su gesto, que mezcla cierta sorpresa e incomodidad.

—Se… será mejor que vaya por dos cafés más —balbuceo, señalando hacia la puerta en lugar de hacia la barra—. Vuelvo enseguida.

Y antes de que me fulmine con la mirada o me arranque la cabeza, salgo disparada hacia la calle.



CAPÍTULO 15

MIRANDA

Unos minutos después…

Hay un momento, justo después del abrazo, en el que me pregunto: «¿Qué acaba de pasar?». No es que haya sido largo, ni mucho menos intenso, ni algo premeditado. Pero hubo algo en la manera en la que Kelsey apoyó su mano en mi espalda, en cómo me estrechó por un segundo más de lo necesario, que me dejó… desconcertada. Como si, por primera vez, hubiese sido capaz de atravesar la coraza que siempre llevo encima. Y no me gustó. O eso intento decirme. Porque lo cierto es que aún siento el calor de su cuerpo en mi piel, y el leve cosquilleo en la nuca que me dejó ese contacto. Como si la reina de hielo, contra todo pronóstico, empezara a derretirse.

Después de la reunión con Elliot, tras salir del CornerClub con certezas que dudas, caminamos por la ciudad como si fuéramos dos personas normales. «Dos personas normales», me repito, intentando anular el hecho de que no lo somos, como tampoco solo compañeras de trabajo. ¿Amigas, tal vez? No, que haya venido a una

cena invitada por Andrew —sí, claro, seguro que fue por él— no significa nada.

—Todavía sigues con esa cara de funeral —murmura Kelsey mientras avanzamos entre farolas encendidas y adoquines mojados.

—No tengo cara de funeral.

—Pues estás frunciendo el ceño.

—No me hagas reconocer mis expresiones, por favor —le pido con un cansancio que me pesa hasta en las pestañas.

—Miranda, podrías anunciar la caída del Imperio romano con esa cara y te quedarías igual de tranquila.

—¿No íbamos a hablar del manuscrito? —le recuerdo—. Eso fue lo que me pediste hacer después de que Elliot se fuera.

—Sí, pero pensé que podríamos hacerlo sin que me asesinaras con la mirada.

Ruedo los ojos. Estoy agotada, tensa, y aunque desearía llegar a casa para terminar el día en paz y ponerme al día con *Love is Blind*, lo peor es que, pese a todo, su compañía me tranquiliza. Al menos un poco. «Tampoco exageremos».

—¿Qué propones, entonces? —le pregunto, cruzándome de brazos.

—Comer algo rico, tomar un buen vino. En un sitio donde no tenga que levantar la voz por encima del tráfico.

—¿Me estás proponiendo cenar juntas?

—Te estoy diciendo que el estrés nos va a matar antes que Margaret y Tobias si no bajamos un poco las revoluciones. Así que sí, una cena tranquila nos vendría bien.

Resoplo. Tiene razón. Como siempre. Y eso ya empieza a fastidiarme.

—Está bien, pero yo elijo el lugar —advierto, levantando un dedo.

—¿Pensabas que lo haría yo? Jamás tendré un gusto tan refinado…, digo acertado como el tuyo —bromea.

. . .

El restaurante es pequeño, francés y muy acogedor. Las mesas de madera oscura están decoradas con pequeñas lámparas de luz cálida; hay plantas en rincones estratégicos, y los camareros se desplazan con una calma envidiable. Es completamente mi zona de confort, pero, en cuanto nos sentamos y Kelsey se quita el abrigo con esa naturalidad despreocupada suya, me doy cuenta de que esta noche no va a seguir ningún esquema que yo tenga previsto.

—¿Te gusta el lugar? —le pregunto, más por cortesía que por interés.

—Me encanta. Aunque no estoy segura de estar vestida lo suficientemente elegante como tú.

—Kelsey, esto no es una competencia.

—Eso lo dices porque la vas ganando. —Me lanza una sonrisa que me obliga a bajar la vista al menú como si fuera a ser mi salvación.

«Espera, espera. ¿Está coqueteando conmigo?»

Kelsey pide pasta con trufa y yo un confitado de pato que no disfruto tanto como debería, porque estoy demasiado pendiente de

su risa, de cómo gesticula, de cómo se muerde el labio inferior cuando piensa en algo que, probablemente, ya debería haberme contado.

—Así que… tu amor por la literatura viene desde que eras pequeña —afirmo en un momento tranquilo de la conversación.

—Sí, mis padres fomentaron mi pasión por los libros antes que animarme a caminar, y decidí muy temprano que quería formar parte de algo importante —me aclara con entusiasmo—. Por eso terminé en el mundo editorial, rodeada de editoras que me miran como si fuera una bomba a punto de estallar.

Me atraganto con el vino y —«maldita sea, cómo la detesto»— ella sonríe, satisfecha.

—Pero tendrás que admitir que la cita no va nada mal para estar conmigo, ¿no?

—Ja, ja, ja. Te crees muy lista —respondo, notando cómo el calor me sube a las mejillas y recurro a otro sorbo de vino para disimular.

Hasta las gafas me traicionan, y tengo que subirlas sobre el puente de mi nariz varias veces. Su mirada sigue fija en mí, y no sé si es por mi torpeza natural o por el color de sus ojos, pero empiezo a hablar más de lo que debería.

—¿Y, según tú, qué te hace pensar que esto es una cita? —«¡No le sigas el juego!»

—El hecho de que aún estás aquí. Podrías haberte marchado después de hablar con Elliot y rechazar mi invitación a cenar.

—Tenía hambre. Y tú querías que habláramos del manuscrito.

—Claro, ahora la culpa es toda mía.

Pongo los ojos en blanco, pero mi sonrisa me delata. No recuerdo la última vez que me sentí tan bien con alguien del trabajo. O fuera de él.

Al terminar de cenar, el camarero se acerca con la carta de postres. Yo ya he tenido suficiente con el confitado y el vino, pero Kelsey observa el menú como si eligiera el destino de sus próximas vacaciones.

—¿Qué vas a pedir? —le pregunto, mientras doy un sorbo a mi café.

—Estoy entre la mousse de chocolate y la tarta de queso con frutos rojos —responde, y luego mira al camarero con seriedad—. ¿Cuál crees que tiene menos posibilidades de arruinarme la vida?

—¿Perdón? —él parpadea, desconcertado.

—Es que estoy emocionalmente vulnerable y, por una vez, necesito tomar una decisión acertada —explica con total seriedad—. Estoy apostando por una novela inacabada, duermo poco y mi editora favorita me odia en secreto.

Escupo el café. Literalmente. El camarero no sabe si reírse o llamar a un terapeuta.

—Tráigale la mousse, por favor —le comento entre risas, intentando recobrar la compostura.

—¿Ves? —dice Kelsey en cuanto este se marcha—. Siempre terminas decidiendo por mí.

—Solo porque no me apetece verte discutir con un menú como si fuera tu ex más tóxico.

—Eso es ofensivo, que lo sepas… —responde, señalándome con un dedo y poniéndose extraordinariamente seria—. Este menú me escucha más que algunas de mis relaciones pasadas, además, para que lo sepas, era tóxica. Y a ti no te vendría mal añadir un poco de azúcar a tu sistema. Seguro que te ablanda esa cara de estatua y te saca una sonrisa de verdad.

Niego con la cabeza mientras me escondo tras la taza de café. Ya no tengo idea de cuántas veces ha conseguido quitarme esta máscara de seriedad. Es imposible estar cerca de ella y no soltar una carcajada. Es como una chispa constante, una bomba de comedia con la lengua afilada, siempre lista para soltar la siguiente estupidez encantadora que se le ocurra.

—¿Sabes qué me sorprende más? —le comento, manteniendo el tono de humor—. Que consigas mantenerte tan entera cuando Tobias casi nos ejecuta en su despacho el otro día.

Kelsey se encoge de hombros, como si lo que digo le resultara insignificante.

—Me gusta vivir al límite… —afirma con convicción—. Apostar por escritores desconocidos, improvisar cenas en restaurantes un día cualquiera, usar zapatos sin calcetines o beber café frío después de pasarme toda la mañana trabajando. Ya sabes, disfrutar de la vida en su versión más salvaje.

Suelto una risa más, y en esa risa hay algo que me hace aflojar el nudo que llevo dentro. Porque si algo tiene esta mujer es que, incluso en los días más críticos, encuentra la forma de hacerme olvidar que soy la principal responsable del caos que me rodea. Y

eso… eso es peligroso. Aunque, de algún modo, también es un alivio.

Cuando salimos del restaurante, el aire fresco de la noche londinense me aclara las ideas. A nuestro alrededor, las luces de los escaparates siguen encendidas y la ciudad parece menos amenazante. Kelsey camina junto a mí con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo, tarareando una melodía que no reconozco, como si la cena hubiera sido solo una parada más en su jornada, una nota alegre entre tanto ruido. Para mí, en cambio, ha sido todo lo contrario.

No sé en qué momento esta noche se desvió de lo profesional. En teoría estábamos hablando de Elliot, de su novela, de los ajustes necesarios para convertirla en algo digno de Apex. Pero en algún punto —tal vez entre el vino y la mousse de chocolate— empecé a verla de otro modo. O quizá debería decir que comencé a aceptar lo que llevo días evitando. La forma en que me mira, sin que parezca intimidarse por nada. Lo fácil que le resulta burlarse de mí sin ofenderme. La manera en que logra colarse en espacios que siempre mantuve cerrados con llave.

Nos detenemos en una esquina al final de la calle, tras intercambiar algunas ideas más sobre el manuscrito. Las luces de un escaparate nos bañan el rostro, y por un instante, solo por un instante, quiero decirle que la admiro. Que envidio su espontaneidad, su sentido del humor, su capacidad de leer a las personas y de convertirse en parte de todo lo que la rodea con tanta naturalidad.

Pero no lo hago. En lugar de eso, busco un taxi entre los coches que circulan cerca.

—No se te da mal trabajar conmigo.

—¿Eso es un cumplido?

—Es un hecho —respondo, y por primera vez, le guiño un ojo.

Ella sonríe. Y aunque no diga nada, sé que ha entendido el mensaje. La acompaño hasta la entrada del metro, y nos quedamos en silencio unos segundos, mirándonos.

—Buenas noches, Miranda.

—Buenas noches, Kelsey.

Nos observamos un poco más. Luego ella se despide con un gesto leve de la mano y se aleja. Y cuando la veo perderse entre la multitud, siento, con una claridad absoluta, que algo ha cambiado. Estoy perdiendo el control de esta situación. Pero por primera vez... no estoy segura de querer recuperarlo.



CAPÍTULO 16

KELSEY

9 de abril de 2025.

Reubicar libros antiguos debería ser considerado un deporte olímpico. Estoy convencida de que me llevaría la medalla de oro por haber subido y bajado del taburete más de diez veces en menos de media hora. Jeremy entona una versión absolutamente inapropiada —y completamente inventada— de *Total Eclipse of the Heart* entre los pasillos, mientras mi madre clasifica algunas primeras ediciones con una concentración extraordinaria.

Siempre he adorado este sitio. Cuando era niña, todo lo que me rodeaba me parecía un paraíso, y pasaba horas buscando aquel tomo mágico que me llevara a descubrir un pasadizo secreto. Hoy lo observo con una mirada distinta: huele a madera envejecida, a papel antiguo y al perfume del ambientador que mi madre suele echar por los pasillos. Pero, en el fondo, me sigue pareciendo igual de especial. Y no es por el polvo acumulado que me hace cosquillas en la nariz, sino por la cena con Miranda… y esta sensación extraña que llevo dentro desde que la vi sonreír.

La imagen de su sonrisa, por breve que haya sido, no deja de rondarme la cabeza. Fue una sonrisa genuina. Un poco torpe, sí, como si se le hubiese escapado sin permiso. Y la forma en que me miró antes de despedirse… eso no se borra tan fácilmente. Sé que hay cosas que no se pueden controlar, y esta, en particular, se comporta como un coche de carreras dando vueltas sin control tras chocar contra un muro. «Ya no hay forma de detenerlo.»

Estoy alineando una colección completa de Murakami cuando Jeremy aparece con una caja entre los brazos y una ceja arqueada con clara intención de burla.

—Llevas dándole vueltas al mismo libro desde hace más de veinte minutos —comenta, sin abandonar ese tono cantarín suyo—. ¿Qué te pasa?

—¿A mí? Nada. Solo estoy ordenándolos alfabéticamente los libros —respondo, mientras coloco uno en la estantería… al revés.

Jeremy resopla y lo coloca correctamente sin decir más. Yo, por mi parte, finjo que no me doy cuenta y sigo con lo mío.

—Te conozco lo suficiente como para saber que, cuando andas flotando como Peter Pan, algo muy serio está a punto de pasar. —Deja la caja en el suelo—. ¿Qué te preocupa?

—¿El estrés? ¿La cita con el dentista que tengo mañana?

—O quizás una editora guapísima, de carácter insoportable, que por alguna razón inexplicable te tiene completamente embelesada.

Por poco se me cae el libro que tengo entre las manos.

—¡No estoy embelesada! —protesto, mirándolo directamente a los ojos—. Solo… estoy concentrada en lo que hago. Además, estoy

nerviosa porque Elliot no ha dado señales de vi… ¿Y si Miranda tenía razón y debimos apostar por algo más seguro?

Mi madre, que nos ha estado escuchando todo el tiempo, se acerca y me hace una señal para que la acompañe al mostrador.

—¿Y si nos relajamos un poco y nos tomamos un té en tranquilidad? —sugiere al verme saturada—. Todo va a salir bien, cariño. A veces, en decisiones importantes, lo mejor es seguir lo que dicta el corazón.

—Eso mismo es lo que Henry y yo intentamos decirle —añade Jeremy, con su sonrisa ladina de siempre—. Aunque creo que, en su caso, su corazón late por dos razones, y una de ellas lleva traje de chaqueta y mirada asesina.

—¡Ya vale! —le respondo, señalándolo con el dedo—. No conviertas mi vida en un drama romántico.

—Tampoco es una película de terror, cariño. Y tú actúas como si lo fuera.

Lo último que necesitaba hoy era que mi madre se aliara con él. Así que decido no continuar con la conversación y regreso a la estantería, aunque ya es inútil. Los recuerdos de la otra noche se atropellan en mi cabeza, y de pronto vuelvo a revivir la sonrisa de Miranda, su risa, ese guiño suyo, el tono de su voz…

No sé qué me está pasando, pero me asusta tanto como me emociona.

. . .

A la mañana siguiente

Miranda y yo estamos al borde del colapso. El tiempo se nos escapa, Tobias y Margaret nos observan desde sus despachos como halcones, y seguimos igual que ayer: sin ningún tipo de avance. Lo único que tenemos es un borrador que nadie más que nosotras ha leído, y un dolor de cabeza que me martillea las sienes y me recuerda lo poco que he dormido últimamente.

No dejo de preguntarme si todo este estrés vale la pena, si fue buena idea llevar a Miranda al CornerClub y apostarlo todo a una sola carta. Mi madre dice que a veces hay que dejarse guiar por el corazón, pero ella también sabe que el mío se altera con facilidad. Así que ahora he arrastrado a la mejor editora de Apex al mismísimo infierno y, conociéndola, no me dejará olvidarlo jamás.

Estoy a punto de escribirle a Henry cuando aparece una notificación en la pantalla de mi ordenador: Medio manuscrito corregido – Las sombras del jardín de vidrio. De Elliot. El corazón me da un vuelco. Suelto un pequeño grito, abro el mensaje, compruebo que no es ninguna broma y, acto seguido, levanto la vista como un resorte para encontrarme con la mirada de Miranda. Nuestros ojos se cruzan y, sin necesidad de palabras, sé exactamente lo que está pensando. Porque yo estoy pensando lo mismo: <<¿Lo ha logrado? >>.

Diana nos observa como si presenciara el primer contacto entre dos extraterrestres que han olvidado cómo socializar. Me levanto de golpe, portátil en mano, salgo de mi despacho, me dirijo al de Miranda y, tras sujetarla de la muñeca, la arrastro conmigo fuera de allí.

—¿¡Pero se puede saber qué haces!?

—Tenemos que leerlo ahora mismo. Confía en mí.

Miranda me sigue —o más bien, intenta seguir mi paso apurado — hasta que llegamos a la sala de reuniones. Puedo sentir todas las miradas clavadas en nosotras, especialmente la de Diana, que le dedica una sonrisa a Miranda que me enerva.

Cierro la puerta con firmeza. Al darme la vuelta, no sé cómo interpretar su expresión. Por un instante, creo que va a gritarme, a llamarme estúpida o algo peor. Pero no.

—Quería que lo leyéramos juntas —le digo, sin soltarla todavía y levantando el portátil—. Es nuestro proyecto y…

Me preparo para recibir una de esas respuestas cortantes, para esa mirada que es capaz de congelarme hasta el alma. Pero no. Miranda sonríe, y cuando lo hace, algo se me agita por dentro.

—Está bien —murmura con ese tono que utiliza cuando no quiere reconocer que está ilusionada—. Vamos a leerlo. Pero la próxima vez, procura no comportarte como una institutriz.

—Sí, señorita Harper.

Ella pone los ojos en blanco. Nos sentamos. Abro la tapa del portátil, selecciono el archivo, y de pronto, todo lo demás desaparece.

A medida que avanzamos en la lectura, intercambiamos miradas, anotaciones, suspiros. Hay fragmentos que resplandecen por sí solos. Hay giros narrativos que no estaban antes y que ahora nos hacen soltar un “wow” sin darnos cuenta. Elliot ha trabajado el texto con una madurez que no supe prever, y que ahora me hace pensar que publicarlo no es una idea temeraria ni un impulso

desesperado: es, de hecho, la mejor decisión que podríamos haber tomado.

—Este chico ha nacido para esto… —dice ella en voz baja al llegar a un diálogo cargado de emoción entre Ivy y su madre adoptiva.

—¿Lo estás descubriendo ahora o ya lo intuías? —pregunto, sin apartar la vista del documento.

—Tenía mis sospechas —responde, volviendo su atención hacia mí—. Pero esto... esto supera mis expectativas.

Quisiera saltar de la silla y abrazarla, pero me limito a sonreír como una tonta y continuar leyendo. Esto era exactamente lo que necesitábamos. Y ahora no tengo ninguna duda: hicimos bien en apostarlo todo por él. Aunque aún falte revisar la segunda mitad del manuscrito y, por supuesto, la parte más complicada: convencer a Tobías y a Margaret.

—Creo que tenemos algo extraordinario entre manos —digo, intentando sonar profesional, y no como una niña entusiasmada con su juguete nuevo.

—Sí —asiente. Y tras una breve pausa, añade—: Me alegra que me hayas arrastrado hasta aquí.

Levanto las cejas, sorprendida.

—¿Qué?

—Nada. Solo... me alegra —repite, y lo hace con esa media sonrisa suya, esa que no le sale muy seguido y que, precisamente por eso, me parece perfecta.

—Entonces, ¿vamos a hacerlo o no?

—Claro que sí. Y estoy completamente segura de que les va a encantar.

No sé en qué momento dejamos de vernos como enemigas para convertirnos en dos aliadas que se entienden incluso sin palabras. Tal vez fue después de nuestra primera discusión, o quizá fue cuando recibimos el archivo al mismo tiempo y sentimos esa chispa en los ojos. Solo sé que ella está tan emocionada como yo. Y que verla sonreír, con esa certeza de que estamos haciendo lo correcto, despierta algo en mí… y aviva un impulso que apenas puedo contener: las ganas de besarla.

Quizá Henry, Jeremy y mi madre tengan razón. Tal vez deba permitirme escuchar lo que mi corazón lleva tiempo queriendo decir. Aunque el verdadero riesgo sea apostar por algo que no puedo controlar y que, en el fondo, tampoco deseo detener. Porque si Miranda sigue haciéndome sentir así, no será solo un libro lo que transforme mi vida...



CAPÍTULO 17

MIRANDA

11 de abril de 2025.

Desde que Tobias y Margaret nos lanzaron su ultimátum, me siento como si llevara un cronómetro incrustado en el cuello. Uno que emite un pitido cada vez que me quedo en blanco frente al ordenador o cuando me descubro repasando mentalmente todo lo que aún nos queda por hacer, como si solo con pensarlo pudiera tacharlo de la lista.

Nos quedan pocos días y solo tenemos la mitad del manuscrito de Elliot en nuestras manos. Si no logramos encontrar una manera efectiva de generar interés por *Las sombras del jardín de vidrio* antes de que el plazo se agote, todo habrá sido un fracaso. No tendremos nada que presentar, y tanto Kelsey como estaremos acabadas. «Y prefiero no pensar en lo que pasará con el resto de la editorial si las cosas siguen así».

Me he enfrentado a muchas crisis en Apex; caídas en las ventas, decisiones editoriales complejas, presión por cumplir con fechas imposibles. Pero nunca me había sentido tan al borde del precipicio. Y lo más desconcertante es que la única persona con la que puedo

compartir este peso es Kelsey, alguien a quien hasta hace un par de meses, no soportaba.

No estoy segura de si eso me consuela o me inquieta todavía más.

—Bien —dice, entrando en mi despacho con una carpeta entre las manos, que parece pesar más por el entusiasmo con el que entra que por las hojas que contiene—. Tenemos que definir la estrategia de prelanzamiento mientras Elliot termina de cerrar el manuscrito.

Me quito las gafas y me froto los ojos. Llevo horas dándole vueltas a las ideas que sacamos tras leer el adelanto y ninguna termina de convencerme.

—¿Ya has pensado en algo que valga la pena? —le pregunto con cautela—. Dime que lo que tienes en mente no implica convertirnos en una especie de influencers —añado, dejando las gafas sobre la mesa.

—No te voy a dar ese gusto —responde con una sonrisita burlona—. Pero tengo fe en esa generación que vive a base de reseñas de *booktokers* y portadas llamativas.

Kelsey se sienta sin pedir permiso, despliega sus papeles como si estuviéramos planificando una campaña electoral y me señala las gráficas como si fueran diagramas con el poder de ganar esta batalla.

—Mira. Necesitamos captar atención antes de que el libro vea la luz —explica, mostrándome una serie de datos—. Si conseguimos que algunas lectoras con comunidad en redes empiecen a hablar del libro desde ahora, podemos generar interés real. No hablo solo de

unos cuantos «me gusta». Hablo de reservas tangibles, de seguimiento, de que la gente empiece a querer este libro.

La escucho en silencio. Tiene sentido, lo sé. Pero no puedo evitar imaginar la cara de Tobias si le decimos que nuestra estrategia para salvar el sello editorial depende del algoritmo de Instagram y de la viralidad espontánea.

—Apex no nos va a dar ni una libra para marketing —le recuerdo.

—Lo sé —asiente—. Por eso vamos a tener que recurrir a nuestra creatividad.

Me lanza una mirada cómplice, como si estuviera a punto de sugerir una locura, así que decido anticiparme.

—Me preocupa que estemos apostando todo a un terreno que no podemos controlar. Las redes sociales son impredecibles.

—Todos los lanzamientos recientes se han apoyado antes en redes que en medios tradicionales —insiste, mostrándome su perfil de Instagram, lleno de lectores, reseñas y personas que devoran libros—. Si reunimos un buen grupo de lectoras…

—Necesitamos algo concreto. Una prueba real de que ellos estarán dispuestos a comprar el libro. Lo que propones no es suficiente.

—¿Y cómo planeas lograrlo sin ningún presupuesto?

—Buscando el respaldo de una librería independiente que nos ceda su espacio.

—Y ese plan tan genial no tiene ningún riesgo, ¿verdad?

—Tú me estás asegurando de que tu brillante idea de hacer viral a Elliot es totalmente predecible y segura…

—Las redes son el mercado real, Miranda. No puedes seguir creyendo que las ventas dependen solo de librerías o centros comerciales.

—¿Y si nadie habla del libro? ¿Y si hacemos todo esto y no generamos nada? ¿Y si empiezan a llegar críticas negativas y lo único que conseguimos es sabotear el lanzamiento antes de tiempo?

Kelsey apoya las manos en la mesa con fuerza, mirándome como si acabara de perder la paciencia.

—¡Dios, a veces eres insoportable!

—¡Y tú eres una irresponsable!

El ambiente en mi despacho cambia de forma abrupta. Esto ya no es una simple discusión ni un intercambio de posturas. Es el desahogo de toda la tensión que llevamos encima. Ese «algo» que lleva días acumulándose entre nosotras. A veces parece pura complicidad, pero otras —como ahora— se transforma en una colisión inevitable, un enfrentamiento de voluntades que amenaza con desbordarse.

Suelto un suspiro cargado de frustración.

—No quiero perder el tiempo con estrategias que posiblemente no vayan a funcionar.

—Y yo no quiero perderlo con alguien que no confía en nada que se salga de su zona de confort.

Sus palabras me golpean de lleno. Me levanto de la silla con gesto rígido y la mandíbula apretada.

—No se trata de salir o no de mi zona de confort. Se trata de que quiero que esto funcione.

—¿¡Y crees que yo no!?

La forma en que lo dice… su tono, su mirada, la intensidad de su voz, la frustración reflejada en cada gesto… Es la primera vez que entiendo, de verdad, cuánto le importa todo esto.

El aire se vuelve espeso. Ninguna de las dos se mueve. Estamos demasiado cerca. Demasiado cargadas de esta tensión que… por un instante, me da la impresión de que, si dijéramos una palabra más, o si nos tocáramos por accidente, esto estallaría como un tsunami que arrasaría con el resto del despacho.

—Voy a salir a despejarme —dice, recogiendo sus cosas con un movimiento seco—. Necesito respirar.

Y sin decir nada más, se va. No hecha ni un vistazo atrás. Dejándome sola en medio del despacho, con el corazón latiendo más fuerte de lo que me gustaría, y más confundida que nunca.

. . .

Una hora después.

Sigo en mi despacho, con parte del manuscrito de Elliot entre las manos. Lo he leído tres veces, he subrayado algunas líneas, y aun así no logro concentrarme. No dejo de pensar en ella, en lo que dijo, en la intensidad con la que me miró cuando alzó la voz. Sé que tiene razón, que las redes sociales pueden ser una herramienta poderosa, que su idea no es tan absurda como me pareció al principio. Pero me cuesta aceptar que pongamos el destino completo de este proyecto en manos del público desconocido.

Me paso una mano por el pelo, frustrada. Necesito despejarme, así que tomo el abrigo y salgo de la oficina. No tengo un destino definido, simplemente camino por las calles de la City, buscando aire y algo de claridad, hasta que, sin darme cuenta, termino frente a una librería.

Es un local pequeño, con un escaparate acogedor lleno de portadas llamativas y coloridas. En el interior, un par de personas hojean libros con calma, y la mujer que está detrás del mostrador parece completamente entregada a su tarea. Y entonces, me llega una idea como un relámpago.

Si queremos demostrar que *Las sombras del jardín de vidrio* tiene potencial, necesitamos evidencias reales, algo que impacte. ¿Y si organizamos una lectura pública del manuscrito? Un evento donde presentemos fragmentos seleccionados, lo promocionamos en redes —como proponía Kelsey— y, además, reunamos a los lectores, a los curiosos… «Y este es el lugar perfecto».

No lo pienso más. Saco el móvil y le escribo.

Miranda: Necesitamos hablar. Estoy aquí. Te veo en 30 minutos.

Le mando la ubicación, y treinta y cinco minutos más tarde, llega con el abrigo desabrochado y una expresión de leve irritación que se desvanece apenas se da cuenta de dónde estamos.

—¿Qué hacemos en la librería de mi madre?

—¿Qué? Espera… —Miro hacia mi derecha, parpadeo varias veces—. ¿Esta es…?

Su expresión lo confirma. Más allá, detrás del mostrador, la mujer que atiende tiene un parecido más que evidente con ella. Claro que es su madre.

—Si queremos que Tobias y Margaret confíen en este libro, necesitamos algo tangible que presentarle junto a los informes —explico, decidida—. Y pensé que podríamos organizar una lectura pública de la historia de Elliot. Un evento bien presentado. Que ellos lo presencien, que vean la reacción real de los lectores.

—Pero…

—Y podemos usar las redes sociales para difundirlo —la interrumpo—. Así combinamos ambas cosas. Hacemos lo tuyo y lo mío.

Levanto una ceja y señalo el local justo frente a nosotras. La sonrisa que aparece en su rostro —después de días de tensión— es tan natural como inesperada.

—Eso… no es una mala idea.

—Gracias. Lo tengo muy claro —respondo, con un toque de orgullo—. Aunque jamás habría imaginado que esta joya fuera de tu madre…

—Algo me dice que lo de imaginar… no es precisamente tu punto fuerte.

Nos miramos durante un momento. Acabamos de alcanzar una tregua. Ahora somos un equipo, donde los reproches quedan fuera y abrazamos a la certeza de que, pese a nuestras diferencias, buscamos exactamente lo mismo.

—No pensé que hoy fuera a decirlo, pero… —añade Kelsey, con tono más suave—. Me alegra que me hayas llamado.

—Y a mí haberlo hecho —le respondo.

Y, por primera vez, me permito pensar que si seguimos así… no solo vamos a sacar este libro adelante. También vamos a sobrevivir a este maldito desastre.



CAPÍTULO 18

KELSEY

Minutos después…

La librería de mi madre siempre ha sido mi refugio, mi lugar seguro. Pero hoy, al cruzar la puerta con Miranda justo detrás de mí, siento que las piernas me tiemblan. Porque una cosa es trabajar con ella, discutir hasta el agotamiento, e incluso competir. Pero otra muy distinta es presentarla a mi madre y a mi mejor amigo sin que parezca que la estoy trayendo a casa por Navidad.

Sé que no será una situación fácil, pero no tuve escapatoria cuando a Miranda se le ocurrió que no debíamos perder más tiempo y que lo mejor era compartir de inmediato cada uno de nuestros planes. Tiene razón: cuanto antes cerremos esto, mejor, aunque no puedo evitar pensar que ojalá se hubiera encontrado con otra librería distinta. Por el bien de mis nervios, claro.

—¿Dónde está tu madre? —pregunta Miranda, con ese gesto inquisitivo que adopta cuando está por cerrar un acuerdo de alto nivel—. Antes estaba por aquí.

—Relájate un poco, que no muerde —bromeo, mirándola de reojo mientras cruzamos el pasillo que conduce a las novedades—.

Estará en el almacén, revisando los pedidos.

Como si la hubiera invocado, mi madre aparece detrás del mostrador con su moño alto habitual y esas gafas de media luna que le dan un aire moderno, en contraste con su estilo retro de vestir.

—Mira quién ha venido —dice, saliendo a mi encuentro con los brazos abiertos—. ¿No deberías estar trabajando? —pregunta con tono pícaro. Luego, al ver quien me acompaña, sonríe con calidez—. Tú debes de ser Miranda, ¿me equivoco?

«Que no suelte que no he dejado de hablar de ella, por favor.»

—Así es, mucho gusto —responde ella, estrechándole la mano con esa maldita seguridad que le sale sin ningún tipo de esfuerzo.

—Encantada. He oído hablar mucho de ti.

«Mierda.»

Mi madre me lanza una mirada que grita «luego hablamos», justo cuando estoy por explicarle la idea que tenemos en mente. Entonces, aparece Jeremy con varios libros en brazos y esa mirada suya que parece capaz de ver más allá de mi alma.

—¡Vaya, vaya! Si esto no parece una presentación formal, que me parta un rayo.

«No te preocupes, que no te queda tanto», pienso mientras lo fulmino con la mirada.

—Hola, Jeremy —saludo, fingiendo normalidad.

—Tú debes de ser Miranda Harper —suelta con tonito burlón, dejando los libros en el mostrador para estrecharle la mano—. He oído tanto sobre ti que casi me haces sentir celos.

—¿Ah, sí?

—Ya sabes —le dice, guiñándome un ojo—. Kelsey no se calla cuando sabes cómo hacerle las preguntas adecuadas.

Miranda suelta una risa suave y yo trago saliva con dificultad.

—Bueno —interrumpo, antes de que Jeremy suelte alguna tontería más—. Estamos aquí por trabajo, ¿lo recordáis? Eso que hacemos para sobrevivir en esta ciudad hostil y carísima…

Jeremy se apoya en el mostrador y me mira como si fuera un villano de Disney.

—Ah, claro. El trabajo. Eso que haces con mucho más entusiasmo desde que compartes tus horas con… cierta editora.

—Te juro que lo mato —le susurro a mi madre, que ya está conteniéndose para no estallar a carcajadas.

—Vamos al grano —interviene Miranda, impasible—. Hemos tenido una idea que podría ayudar a lanzar la novela del autor novel con el que estamos trabajando, y queríamos saber si estarías interesada en colaborar.

Mi madre adopta su expresión de mujer de negocios, se cruza de brazos y escucha con atención mientras Miranda expone lo del evento, la lectura pública y todo lo que hemos planeado, con una claridad y un entusiasmo tan sólidos que parece dar una clase magistral de marketing editorial. Lo cierto es que sabe cómo vender una idea. Muy bien, de hecho. Incluso Jeremy parece impresionado.

—Es interesante —admite mi madre al terminar—. Pero no estoy segura de que una lectura pública de un autor desconocido atraiga tanto público.

—Ahí es donde entramos nosotras —intervengo, apoyándome en el mostrador—. La idea es crear contenido en redes, generar un ambiente previo al evento. Solo necesitamos el lugar para celebrarlo, y así… también tendrías publicidad —añado, moviendo las cejas.

Mi madre observa a Miranda, luego me mira a mí, y finalmente sonríe.

—Está bien, acepto. Pero entonces, hay que hacerlo bien —nos dice, señalándonos a las dos—. Hay que anunciarlo, difundirlo por otras librerías. Podemos diseñar algunos pósteres, aunque sean pequeños. Eso ayudará.

—Y si necesitáis ayuda, yo puedo encargarme de repartirlos —se ofrece Jeremy—. Estoy seguro de que Henry también querrá participar.

—¡Trato hecho!

—Y Miranda —añade mi madre—, si esto sale bien, voy a tener que invitarte más veces. Quizás así logres que mi hija entienda que el trabajo que hace es excepcional.

—Lo intentaré —responde ella con esa media sonrisa suya que, por alguna razón, me deja siempre un poco desarmada.

Le doy un beso a mi madre en la mejilla y empujo a Jeremy con disimulo antes de que pueda decir algo aún más comprometedor. Pero ya es tarde.

—¡Tienes que volver a traerla! ¡Invítala a tomar algo en casa con Henry! —grita mientras salimos.

—¡Cállate ya!

Al cruzar la calle, Miranda se mete las manos en los bolsillos del abrigo y me lanza una mirada de soslayo.

—Tu madre es muy…

—Sí, es genética. Prepárate, porque si ya te doy dolores de cabeza yo sola…

Ella no responde, pero sonríe. Y, por alguna razón, ese simple gesto me libera de una tensión que no sabía que estaba llevando encima.

—¿Qué te parece si tomamos un café? —propongo con naturalidad—. Ya que estamos fuera, y has sobrevivido al combo Rebecca & Jeremy.

—¿No deberíamos regresar a la oficina?

—¿Y volver a encerrarnos, soportar la tensión y las miradas de Diana?

Miranda me observa un momento. Parece dudar... pero al final asiente.

. . .

La cafetería —sí, me van esta clase de citas— donde terminamos es uno de mis lugares favoritos del centro: pequeña, acogedora, con sillones mullidos que crujen cuando te hundes en ellos y una carta de pasteles que podría curar cualquier tipo de resaca, ya sea emocional, existencial o de un lunes por la mañana. Huele a vainilla tostada, a café recién molido y a madera vieja, como si el local llevara años escuchando todo tipo de confesiones. Elegimos una mesa junto a la ventana, de esas con manteles irregulares y

servilleteros metálicos que nunca encajan bien. Sorprendentemente, dejamos el trabajo de lado.

—No pensé que terminaría trabajando contigo de esta manera —dice Miranda de pronto, girando lentamente la cucharilla en su taza, como si necesitara que el azúcar se disolviera junto con lo que está por confesar.

—¿De esta manera cómo?

—Así… de cercana. Tan intensamente cercana —aclara, alzando por un segundo la mirada de su café.

«Creo que acabo de tener un microinfarto.»

La miro y no sé muy bien cómo interpretar su expresión. Tiene esa mirada de quien lee entre líneas una novela distinta, una que no está escrita en ningún papel, pero que conoce bien de cerca. Ahora mismo tengo delante uno de esos algoritmos imposibles, como los de Instagram, que a cada hora del día vuelven locos a quienes intentan descifrarlos. Impredecible. Incontrolable y… absolutamente maravilloso.

—¿Eso es un cumplido?

—Ni yo misma lo sé —responde, dejando la cucharilla sobre el platito con cuidado—. Antes pensaba que no me gustabas.

—¿Y ahora...? ¿Qué piensas?

No responde. Pero tampoco hace falta. Me sostiene la mirada más de lo que cualquiera podría esperar de ella. Sus ojos, contrariamente a lo que dicen en la oficina, no son fríos. Tienen un matiz cálido cuando se relaja, como el del té negro con miel. No me lo invento. Me he fijado en ellos demasiadas veces.

La conversación cambia de rumbo con naturalidad, como si ambas supiéramos que avanzar un centímetro más sería saltar sin red. Tal vez no estemos listas para eso, o tal vez solo queramos disfrutar este punto intermedio, así que empezamos a hablar de libros que nos marcaron en la adolescencia —ella era de *Jane Eyre*, yo, por supuesto, de leer fantasía—, de autores que detestamos por motivos tan específicos como absurdos, como aquel que firmaba libros mientras masticaba chicle o esa otra que nos miraba como si fuéramos bonsáis humanos en su jardín particular.

Recordamos anécdotas absurdas de firmas y eventos que hemos vivido —aunque estuviéramos emocionalmente a kilómetros de distancia en esos momentos— y reímos tanto, que los camareros nos observan más de una vez, como si fuéramos parte del espectáculo del día.

Y en medio de todo esto, me doy cuenta de que todo se siente fácil. Sencillo. Tan natural, que me hace feliz. Ridículamente feliz. Pero, claro, el destino no pierde oportunidad de recordarme que le gusta agitar las aguas justo cuando empiezan a calmarse.

Como en una buena novela romántica.

Estoy en mitad de una frase, contándole cómo casi me caí de un atril durante un festival de fantasía, cuando ella, sin decir una sola palabra, mueve la mano y limpia la comisura de mis labios con la yema de los dedos. Así. Sin previo aviso. Sin explicaciones.

El tiempo se detiene. Sus dedos se quedan ahí, a escasos milímetros de mi piel. No me muevo. Apenas respiro. Solo noto el calor. El suyo. El mío. Y esa tensión que se forma entre las dos, que crece sin ningún tipo de permiso. No ha sido un gesto torpe ni

casual. Es íntimo. Silencioso. Tan cargado de significado que me estremece. Todo mi cuerpo parece encenderse, como una alarma que nadie ha pedido activar.

—Tenías… espuma —susurra, y retira la mano muy despacio, como si no quisiera romper del todo el hilo invisible que se ha tendido entre nosotras.

—Gracias —consigo decir, aunque me sorprende lo áspera que suena mi voz. Me arde el cuello. Me late el pecho. Hasta el estómago parece descolocado. Me acomodo en la silla, pero nada me resulta cómodo ahora.

Y lo curioso, o lo inquietante, es que ella también parece sacudida de alguna forma. Lo noto en cómo baja la vista hacia su taza, como si buscara allí alguna explicación. No digo nada. Y ella tampoco. Pero la forma en la que nos miramos, la pausa que se instala entre las dos, dice mucho más que cualquier palabra.

Algo ha cambiado. Lo siento como un incendio leve, ardiendo por dentro. Lo noto en cada respiración, en el cosquilleo que me recorre los dedos, en la manera en que me muerdo la mejilla para no decir algo que no debería. Sí, admiro a Miranda como editora. La respeto. La he observado durante años como quien contempla a alguien inalcanzable. Pero ahora, sentada frente a ella, después de todo lo que hemos atravesado, después de las discusiones, las negociaciones, las noches de trabajo, después de verla despeinada, frustrada, genuina, sonriendo con verdad, mirándome con esa calidez involuntaria que se le escapa cuando baja la guardia… ya no puedo verla igual.

Y eso es un problema. Porque yo no sé fingir. Y no sé si esto, lo que siento ahora, no me va a meter en un lío del que no sepa salir.



CAPÍTULO 19

MIRANDA

12 de abril de 2025.

—No tenemos suficientes confirmaciones.

Lo digo sin apartar la vista del portátil, con la mandíbula apretada y la presión en las sienes. A mi derecha, una taza de café se enfría sin que me haya acordado de ella. La lectura pública de Elliot, ese evento que se supone que nos ayudará a convencer a los jefazos, amenaza con convertirse en un fracaso rotundo y no tengo idea de qué hacer al respecto. Faltan tres días, y solo contamos con siete confirmaciones. Siete. Incluyendo a Jeremy y a la señora que trabaja con Rebeca los martes. Y, lamentablemente, todo indica que mi lado racional —el que suele anticipar catástrofes— esta vez podría tener razón.

Kelsey está sentada en el suelo de la librería, rodeada de papeles, rotuladores y varios panfletos con un diseño improvisado. Parece muy concentrada, demasiado tranquila para mi gusto. Especialmente teniendo en cuenta lo mucho que nos estamos jugando.

—Va a venir más gente, ya lo verás —murmura, sin levantar la mirada del cartel que traza con una caligrafía tan cursi que casi me duele en los ojos.

—¿Y eso lo basas en qué? ¿Fe ciega? ¿Un milagro de último minuto?

—En que esto aún no ha terminado. Mañana vamos a inundar las redes. Y si hace falta, me planto en Camden y en el CornerClub con un cartel colgado del cuello.

Ruedo los ojos.

—Pues más vale que te pongas en marcha. Porque este barco hace agua por todos lados —comento, cerrando el portátil con más fuerza de la necesaria.

Kelsey se incorpora con calma, sacude sus vaqueros y camina hasta el mostrador donde estoy. Me lanza una mirada llena de ternura, con ese brillo suyo tan irritante de «te voy a dejar pasar lo dramática que eres», y después me dedica una sonrisa de esas que tienen el poder de desconectar mi cerebro del corazón.

—Miranda… respira —dice, moviendo las manos como si pudiera hipnotizarme con ellas.

—No me digas que respire. Eso nunca sirve para nada.

—Entonces necesitas algo más que un consejo.

—¿Como qué? ¿Un tranquilizante? ¿Un golpe en la cabeza?

La veo poner los ojos en blanco. Sí, soy una exagerada.

—Necesitas salir de aquí a dar una vuelta —propone con una sonrisa, señalando la puerta con un leve gesto de la cabeza—. Solo por una hora. Prometo que no será más.

Frunzo el ceño. En serio, envidio su capacidad para mantenerse serena cuando todo alrededor parece desmoronarse.

—No tengo tiempo para paseos terapéuticos, Kelsey. Esto es importante.

—Y yo no tengo tiempo para verte convertida en una bola de ansiedad andante —replica, con los brazos en jarras—. Hazme el favor y mueve el culo.

Sin saber cómo, consigue arrastrarme fuera de la librería. Caminamos por las calles frías de Leadenhall Market, y aunque al principio protesto e insisto en que deberíamos estar trabajando, ella consigue darle la vuelta a cada argumento con esa calma tan insolente que roza lo delictivo.

Contra todo pronóstico, noto cómo mis hombros empiezan a perder la tensión con cada paso. Londres, a esta hora, es hipnótica. En el mejor de los sentidos. Las luces, la música lejana, las calles adoquinadas medio vacías… Había olvidado lo hermosa que puede ser esta ciudad cuando no la observo desde la ventanilla de un taxi de regreso a casa.

—¿Adónde vamos? —pregunto, con cierto recelo.

—A donde el viento nos lleve. O donde el chocolate caliente esté decente, lo cual ya es un logro con esta temperatura.

—Eres muy poco útil.

—Y aun así, no has podido resistirte a mis encantos —responde, alzando las cejas con picardía.

Me quedo callada. No porque no tenga respuesta, sino porque temo que, si hablo, mi tono no suene tan distante como pretendo.

Nos detenemos frente a una cafetería diminuta —lo voy a definir como nuestro lugar— adornada con farolillos y una pizarra que promete «el mejor chocolate de Londres (probablemente)».

—Esto es absurdo —comento, cruzándome de brazos.

—Exactamente. Por eso va a funcionar.

El interior es cálido, con un aroma envolvente a canela, nuez moscada y café tostado. Kelsey pide algo que llaman «latte unicornio», que lleva nata, dulces de colores y, si no me equivoco, una galleta en forma de estrella decorando el borde. Yo, por supuesto, pido un expreso doble. No estoy dispuesta a perder las formas.

Nos sentamos junto a una ventana. Desde ahí, vemos las calles vivas, ajenas al caos que nosotras llevamos dentro —sobre todo yo —, y tras un par de respiraciones hondas, me doy cuenta del efecto que tiene Kelsey en mí.

—Está bien —reconozco al fin—. Me rindo. Esto no es tan terrible.

—¡Lo sabía! —exclama, dando una pequeña palmada al aire—. Otro punto para el equipo Doyle.

—¿Existe ese equipo?

—Claro. En mi mente somos invencibles.

Pongo los ojos en blanco.

Kelsey le da un sorbo a su bebida con tanta satisfacción que por un segundo me pregunto si es consciente de lo ridícula —«ridículamente atractiva», para ser más exactos— que se ve con la purpurina pastel pegada en la nariz. Agita la pajita como si fuera una

varita mágica y bebe como si estuviera saboreando la poción secreta de la felicidad. ¿Cómo podría evitar sonreír?, me pregunto. Y lo hago muy a mi pesar.

La observo mientras mastica un trozo de galleta que ha rescatado con esmero, y luego se relame los dedos con total descaro, como si estuviera en una fiesta infantil y no en una cafetería con jazz suave de fondo y clientes trajeados a nuestro alrededor.

—¿Quieres probar? —me pregunta, tendiéndome el vaso con toda la naturalidad del mundo.

—No, gracias —respondo de inmediato, aunque el gesto me desconcierta más de lo que quiero admitir.

—Tu cara me dice otra cosa.

—Mi cara dice muchas cosas. Tú solo eliges lo que te conviene.

—Anda, solo un sorbo. Prometo que no sabe a arcoíris.

—Lo cual no es precisamente un incentivo —le aclaro.

Podría estar discutiendo con ella todo el día. Pero, sin darme cuenta, estiro la mano, tomo su vaso y lo acerco a mis labios. Pruebo un poco de la espuma azucarada antes de devolvérselo con gesto neutro.

—Sabe justo a lo que imaginaba.

—¿Y eso es bueno o malo?

—No lo sé. ¿Estas cosas de colores cuentan como nutriente?

Ella se ríe a carcajadas, de una forma vibrante, dando fuerza a un secreto que solo compartimos nosotras. Y por un momento, todo se detiene. La ciudad. Las preocupaciones. Incluso la presión

constante de tener que salvar Apex se diluye en esta cafetería cálida, entre el murmullo del jazz y la forma en que Kelsey me mira mientras se limpia una mancha de nata del borde de su taza con la lengua. Las cafeterías, y nosotras.

«Dios… esta mujer va a volverme loca.»

. . .

Salimos de la cafetería con el estómago algo más lleno y la cabeza peligrosamente ligera. Puede que haya sido el expreso, o tal vez esa energía que Kelsey irradia sin esfuerzo, pero el caso es que me siento maravillosamente bien. Caminamos en silencio bajo la luz anaranjada de las farolas, y, cuando menos lo espero, se me acerca y enlaza su brazo con el mío, como si fuera lo más normal del mundo.

Mi cuerpo se tensa de inmediato, pero no me aparto. Podría hacerlo, claro. Está más que claro, porque vamos, acaba de cruzar esa línea invisible —pero muy real— que marca los límites de la intimidad. Y, sin embargo, no me muevo.

Caminar así, con ella tan cerca, se siente cálido, familiar… y peligrosamente cómodo.

La yema de mis dedos aún recuerda el roce de su piel cuando limpié la espuma del café de la comisura de su boca. Fue un gesto mínimo, de apenas un segundo, pero me quedé ahí más de lo necesario. Y ella lo notó. Ahora, mientras el frío nocturno me envuelve, su brazo entrelazado con el mío me confirma que algo está creciendo entre nosotras. Lentamente, sí. Pero de forma inevitable.

Llegamos a la librería de Rebeca y empujo la puerta con la mano libre mientras Kelsey me sigue de cerca. El calor del interior nos recibe al instante, junto con el inconfundible aroma a madera y papel envejecido. Al fondo, su madre coloca unos ejemplares en la estantería de novedades y nos lanza una mirada fugaz antes de regresar a lo suyo.

—¿Volvemos al trabajo? —murmura Kelsey, junto a mí.

Asiento, pero en ese momento escucho el inconfundible sonido de una notificación en mi móvil.

Saco el teléfono del bolsillo, desbloqueo la pantalla y… ahí está. El milagro.

—Kelsey —susurro, mirando la pantalla como si se tratara de un billete ganador—. Tienes que ver esto.

Se acerca de inmediato, apoya su barbilla en mi hombro —sin pedir permiso, como siempre—, y lee por encima de mi brazo.

—¿Son…? —pregunta, emocionada.

—Once nuevas confirmaciones. Más las siete que ya teníamos.

—¡Dieciocho personas!

Su voz suena tan entusiasmada que me sacude por dentro. Y, sin dejarme reaccionar, me abraza. De verdad, fuerte, y sin ningún filtro de por medio. Como si todo en su cuerpo supiera exactamente cómo sostener el mío.

Esta vez no me quedo rígida. Esta vez la rodeo también con los brazos, y la sensación me recorre como una corriente eléctrica. Su perfume. Su risa cerca de mi cuello. La forma en que encajamos,

como si lo hubiéramos hecho antes… en otra vida, en un universo donde lo complicado no existiera. Dios, dios, dios.

Nos separamos apenas unos centímetros, pero nuestras miradas siguen ancladas. Sus manos permanecen sobre mis brazos. Las mías, en su espalda. Noto cómo los dedos me tiemblan. Ella respira más rápido, y sus ojos bajan a mis labios. Los míos hacen lo mismo.

Estamos a un segundo.

A un suspiro.

A un temblor.

Y entonces, se abre la puerta de la librería.

—¡Hola! ¿Hay alguien? Perdón, he visto la luz encendida —dice una voz masculina, jovial, completamente ajena al universo íntimo que acaba de romper en mil pedazos.

Retrocedemos de golpe, como si nos hubieran lanzado un rayo. Kelsey se aclara la garganta. Yo finjo estar muy concentrada en una estantería llena de clásicos de Dickens.

—Buenas tardes —dice ella, en un tono demasiado alto—. ¿En qué puedo ayudarte?

El cliente comienza a hablar de un libro para su sobrina, pero no le sigo el hilo. Mi cabeza permanece en otra parte. Mi cuerpo aún tiembla. Y no es por el frío, ni por el estrés. Es porque acabo de estar a punto de besar a Kelsey Doyle. Y no tengo claro lo que me gusta más, si lo que estoy empezando a sentir… o hasta dónde estaría dispuesta a llegar con tal de volver a sentirlo.



CAPÍTULO 20

KELSEY

12 de abril de 2025.

Sé que no debería seguir dándole vueltas a lo mismo durante horas, pero desde que llegué al apartamento, mi mente ha estado atrapada en un bucle constante. De verdad. Ni siquiera *Spotify* ha logrado distraerme. Al contrario, he escuchado tres veces seguidas una lista de reproducción de baladas románticas sin darme cuenta, y eso ya dice mucho sobre mi estado de ánimo y mental.

No dejo de imaginar qué habría pasado si ese tipo no hubiese entrado en la librería un segundo después. Solo uno más, y nos habríamos besado. Estoy convencida. Y no lo digo porque me encanten las novelas románticas ni porque esté imaginándome películas. Lo digo porque lo tengo muy claro, lo sentí en la piel. La forma en que nos mirábamos, cómo sus manos descansaban en la base de mi espalda, nuestras respiraciones enredándose… Fue uno de esos instantes suspendidos en el tiempo, de los que ocurren muy pocas veces en la vida. Y aunque el destino decidió interrumpirlo con la llegada del cliente del mes, continúo allí, paralizada entre sus brazos.

A este paso, todo va a saltar por los aires, y el problema es que ya no puedo apagar lo que siento. No puedo fingir que no ha pasado nada. No puedo hacer como si Miranda no me afectara. Porque me afecta. Y mucho, más de lo que habría querido imaginar.

El salón es un caos. Hay tijeras, pinceles, rotuladores y varias cartulinas esparcidos por todas partes, junto a al menos cinco versiones fallidas de carteles, ya condenados al rincón del fracaso. Estoy tirada en el suelo, con el pelo recogido en un moño a medio hacer, en chándal y con una camiseta de *Star Wars* que ahora luce una constelación involuntaria de manchas varias. Vamos, todo un espectáculo. «Profesional y glamurosa hasta la médula».

Mientras intento enderezar —o mejor dicho, destrozar— una letra rebelde, lo único que gira en mi cabeza es el recuerdo de su mirada, el roce de sus dedos sobre mis labios, su sonrisa, su cercanía... ¿En qué momento se convirtió en la protagonista de mi película romántica favorita?

La puerta se abre y, desde el salón, escucho el sonido inconfundible de Henry quitándose los zapatos.

—Vaya —comenta al encontrarme en medio de esta batalla—. ¿Qué demonios es todo esto?

—Arte, ¿o no lo reconoces? —bromeo, mostrándole uno de mis carteles—. He tenido que traerme trabajo a casa. Sé que es muy cutre, pero necesito empapelar la ciudad con ellos para promocionar la lectura.

Henry se deja caer junto a mí con una bolsa de patatas fritas en la mano y una ceja alzada.

—¿Y tú crees que esto va a funcionar?

—No empieces como Miranda —le espeto sin mirarlo—. Ya tengo suficiente con una nube gris encima. Además, no se trata de si va a funcionar o no. Las cosas no caen del cielo, hay que currárselas.

—Como tu relación con ella, ¿verdad?

Me detengo justo cuando estaba dibujando la «O» de «sombras» y lo fulmino con la mirada.

—¿Qué? No me digas que Jeremy no ha opinado que estás…

—Espero que no vayas a decir «obsesionada» —lo interrumpo con firmeza—, porque ese discurso ya se ha caducado.

—Iba a decir que estás esquivando lo inevitable.

—¿Evitar qué, exactamente?

—Kelsey… —comenta con un tono casi paternal, lo cual, en él, resulta bastante desconcertante—. Llevo años viviendo contigo. Te conozco lo suficiente como para saber que estás huyendo de lo que sientes.

Me tumbo boca arriba, estirando los brazos, y suelto un largo bufido.

—No es tan grave admitir que te gusta —añade, acostándose a mi lado—. Jeremy me dijo que es guapísima. ¿Cuándo pensabas contárnoslo?

—¿Nunca?

Henry se echa a reír, y yo me uno a su risa, solo por quitarme un poco la tensión que llevo encima. Abro un ojo para mirarlo, mientras él sigue esperando que confiese.

—Vale, vale, sí. Miranda me gusta. No… es mucho más grave que eso, me encanta —reconozco, cubriéndome la cara con uno de

los carteles—. Me tiene loca. Estoy completamente colgada por ella, Henry...

—Ya me he dado cuenta.

Me destapo la cara y me incorporo. Él me pasa la bolsa de patatas, y acepto una como si la sal pudiese estabilizar todo lo que siento ahora mismo.

—Y no es solo que sea guapísima. Que lo es, ¿vale? —añado con énfasis, por si no había quedado claro—. Es lo demás. Es lo lista que es, lo comprometida, lo perfeccionista, la pasión con la que trabaja. No lo demuestra como yo. No salta de alegría, no se emociona abiertamente. Pero se le nota. Cuando algo le gusta, se le mueve un músculo en la mejilla izquierda. Solo uno. ¿Tienes idea de lo complicado que es enamorarse de un músculo facial?

—¿Has dicho «enamorarte»?

—No he podido evitarlo —admito, señalándome la cabeza—. La tengo aquí dentro todo el tiempo. Y no sé cómo dejar de pensar en ella.

—¿Es que quieres dejar de hacerlo?

—Claro que no. —No hay drama en mi voz, ni vergüenza. Solo verdad—. No quiero. Pero tampoco quiero que esto complique nuestro trabajo. Estamos en medio de algo muy importante, Henry. Y si sale mal, no solo perderé mi trabajo… puede que también la pierda a ella.

Él se queda en silencio unos segundos, y después me pone una mano en el hombro.

—Kels, no sé si ella siente lo mismo, pero hay algo en su forma de mirarte… —dice con convicción—. Yo diría que le importas más de lo que crees.

Trago con dificultad el nudo que se me forma en la garganta.

—¿Y si me lanzo y lo arruino todo?

—¿Y si no lo haces y te quedas con las ganas para siempre?

Suspiramos al unísono. Una escena digna de peli romántica, solo que rodeados de papelería y montones de colores.

—Tengo que ser prudente —murmuro—. Al menos hasta que se realice la lectura del libro. Después... ya veré qué hago. Tal vez me atreva. Tal vez no.

—Si vas a lanzarte, hazlo cuando estés segura de que sabrás qué hacer si cruzas esa línea.

—¿Te han dicho alguna vez que eres mejor psicólogo que diseñador de interiores?

—¿Y a ti que eres una ingenua por creer que puedes ocultar lo que sientes por ella?

Me echo a reír y le paso un rotulador rojo.

—¿Me ayudas a terminar esto? Quiero meterme en la cama y dar por cerrado este día de una vez por todas.

—Claro.

Suelta una risa y, con una precisión que no le conocía, empieza a trazar letras más rectas que las mías. Eso ya me parece injusto. No sé qué me molesta más: que tenga mejor pulso que yo o que me lea como si llevara un GPS instalado en el pecho. Yo me concentro en adornar los carteles que ya casi están listos, mientras él, con una

paciencia admirable, se dedica a darles un aire más digno y menos carnavalero.

—¿Te imaginas que lo tuyo con Miranda se hace viral? —comenta Henry mientras hecha un vistazo a su obra de arte—. «El evento que resucitó a una editorial moribunda... y unió inesperadamente a dos mujeres que no se soportaban.»

—Yo sí que la soportaba.

—Pero ella a ti no. —Me lanza una sonrisa provocadora, y yo le doy un golpe con un cojín en la cara.

—¿Y si esto fracasa? —pregunto después de un rato, más seria, mientras repaso por quinta vez un cartel con la silueta de Ivy en el centro—. ¿Y si Elliot se pone nervioso, nadie aparece y terminamos despedidas con honores?

—Si fracasa, al menos sabrás que lo intentaste con todo. Que apostaste por algo en lo que realmente creías —responde, con esa sabiduría que, a veces, me toma por sorpresa—. Y si encima sales de esto con novia, ya tienes media batalla ganada.

Trago saliva y bajo la vista.

—Es que… cuando Miranda me mira… no sé, me deja sin palabras. Es como si la Kelsey segura y divertida de siempre se quedara fuera, con las llaves temblando en la mano.

—No necesitas fingir —me aclara con naturalidad—. Basta con que seas tú y le muestres lo que realmente llevas dentro.

—Ser yo es justamente el problema, Henry.

—No. El problema sería que dejaras de serlo.

De pronto, el silencio se instala entre nosotros y me obliga a pensar en todo con más calma. Miro los carteles, y solo entonces noto que esto está pasando de verdad.

—¿Me ayudas mañana a pegar todos estos carteles? —pregunto, mientras recojo un pincel caído.

—¿Y Miranda?

—Creo que es mejor no contar con ella —respondo, frotándome los ojos, mitad por cansancio y mitad porque no dejo de pensar en ella—. Vamos a recoger este desastre, anda.

Mientras Henry me ayuda a dejar todo en orden, me repito a mí misma que puedo continuar sin complicaciones, que esto es solo trabajo, que Miranda es solo una compañera…

Pero una cosa es repetírmelo. Y otra muy distinta es creerlo. Porque cuando finalmente llego a la cama y me tumbo, mi boca me pide sus labios con urgencia, y eso, precisamente eso, me encanta. Aunque la posibilidad de que a ella no le pase lo mismo… me asusta más de lo que estoy dispuesta a admitir.



CAPÍTULO 21

MIRANDA

15 de abril de 2025.

El reloj en la pared de la librería marca las tres en punto. Y el sonido constante de las agujas tan monótono, me taladra el cráneo. Faltan exactamente dos horas para que comience la lectura de *Las sombras del jardín de vidrio*, y cada minuto que pasa sin que entre una sola persona por esa puerta me retuerce el estómago.

—Miranda, deja de hiperventilar o al final te voy a tener que preparar una tila doble —comenta Kelsey mientras cruza la librería como si esto fuera una celebración y no estuviéramos al borde de la ruina profesional.

—No estoy hiperventilando —respondo, con la mandíbula tan tensa que apenas puedo articular las palabras.

—Estás tan rígida que podrías partir ese bolígrafo en dos.

Solo entonces me doy cuenta de la presión con la que lo estoy sujetando. Tengo los nudillos blancos, por lo que lo dejo sobre la mesa con un golpe seco y me cruzo de brazos.

—No puedo evitarlo. Si no aparece nadie, esto será un desastre. Uno que nos dejará en la calle, por si lo habías olvidado —añado, subiéndome las gafas por el puente de la nariz.

«Esto es peor que un derbi que acaba en empate.»

Kelsey se apoya con despreocupación en el mostrador, a medio metro de mí, con esa maldita sonrisa suya que no sé si quiero borrar o grabarme para siempre en la memoria. «Joder, no es momento de pensar en eso.»

—Tienes que confiar en el proceso.

—Confiar no es precisamente mi especialidad.

—No me digas —ironiza, poniendo los ojos en blanco.

Le lanzo una mirada que debería haberla convertido en estatua, pero, claro, ella se ríe. Por supuesto que lo hace. Kelsey se alimenta de mis crisis como si fueran cruasanes recién horneados.

—Mira, te propongo algo —comenta, y se acerca un paso más. Demasiado. Su proximidad me altera, aunque no quiero admitirlo—. Vamos a hacer un trato. Si en los próximos cinco minutos no entran tres personas, me invitas a cenar. Si entran, te invito yo.

—¿Qué clase de lógica tiene eso?

—La lógica de cualquier *reality show* con algo de emoción —responde sin perder la sonrisa de sus labios—. Vamos, que estoy segura de que una apuesta te va a relajar mucho más que esa arruga en la frente.

La toca con la yema del dedo y siento un escalofrío por todo el cuerpo.

—Mi arruga ha sostenido esta editorial más que el departamento financiero.

—Eso y mi encanto natural —añade sin despeinarse—. No subestimes el poder de este dúo.

Sonrío, sin querer.

—De acuerdo. Pero si pierdes, elijo el restaurante más caro de Londres.

—Tranquila, mi tarjeta no se va a quejar —responde con esa seguridad suya que me pone de los nervios... y que a veces, dios, me encanta demasiado.

Pasan cinco minutos. Luego seis, y justo cuando estoy a punto de cantar victoria y empezar a buscar menús de degustación solo para molestarla —ya sabemos que no soy buena socializando—, suena la campanilla de la puerta.

—¡Hola! ¿Es aquí la lectura? —pregunta una chica con una tote bag llena de dragones y una expresión tan entusiasta que resulta imposible no quererla.

—¡Bienvenida! —responde Kelsey antes de que yo pueda abrir la boca, y me lanza una mirada de «te lo dije».

En cuestión de minutos entran dos personas más. Luego, un grupo. Y, de pronto, la librería está llena. Llena de verdad. Hasta los rincones.

—¿Estás bien? —pregunta Kelsey en voz baja, sin dejar de observar a la gente.

Asiento, aunque no sé si mi corazón late por el éxito o por lo cerca que está de mí. Trago saliva y repaso lo que tenemos listo por

última vez. Y cuando llega la hora, Elliot se planta en el pequeño escenario improvisado y comienza a leer. Se nota que está nervioso, pero lo controla bien. Su voz es clara, con emoción suficiente para atrapar al público sin ninguna exageración. *Las sombras del jardín de vidrio* cobra vida en su boca, y por primera vez desde que empezó esta locura, siento que el resto encaja, que sus palabras tienen fuerza, y que la gente escucha de verdad.

Dios, por fin puedo respirar.

Kelsey está a mi lado, y esta vez, la distancia entre nosotras es casi inexistente. Su hombro roza el mío. Y no me alejo para nada. Elliot se aclara la garganta y avanza con calma, sujetando las hojas con firmeza.

—«Ivy sostenía el fragmento de vidrio entre los dedos como si pudiera romperse con un suspiro. En el jardín, las sombras se alargaban. Ella sabía que cruzar esa verja lo cambiaría todo, que la línea entre su mundo y el otro se desdibujaba con cada paso. Pero también sabía que no podía volver atrás. A veces, las puertas que se abren con magia solo se cierran con sacrificio.»

El silencio que sigue es absoluto. Nadie tose. Nadie se mueve. Está pasando eso que sucede en muy pocas lecturas: el público ya no está en la sala, está dentro del libro.

Continúa y su voz tiembla apenas un segundo, pero recupera el control enseguida.

—«El aire olía a hierro, a algo roto que quería volver a construirse. Y mientras caminaba, sabiendo que la seguían, que ya no estaba sola, Ivy pensó que tal vez, solo tal vez, merecía escribir su propio final.»

Y es en ese instante, mientras las palabras flotan en el aire como notas exactas, es cuando lo entiendo. Esta historia tiene algo, potente. Aún no es perfecta, pero late con una fuerza distinta, y ese latido ha llenado la librería como un hechizo que nadie puede romper.

Kelsey suspira. Y cuando Elliot termina, los aplausos envuelven el ambiente. Yo sonrío, por fin, como alguien que empieza a creer, de verdad, que las cosas pueden salir bien.

. . .

La librería se vacía poco a poco, mientras Kelsey y yo recogemos los folletos, las servilletas manchadas de galletas y las tazas vacías de té. Rebeca nos felicita con un abrazo breve, profesional, mientras Elliot se despide con los ojos brillantes y las redes sociales repletas de mensajes de lectores entusiastas.

—Madre mía…—murmura Kelsey, sentándose en el suelo entre dos estanterías, con una cartulina todavía en la mano—. Me alegra que esto no se haya convertido en un desastre.

Me dejo caer a su lado, permitiendo que mis hombros se relajen por primera vez en días.

—No sé cómo lo has conseguido.

—¿El qué?

—Mantenerme a flote. Soportarme. Animarme. Convertir esto en un evento que ha superado todas las expectativas.

Kelsey me mira con esa expresión suya que siempre lleva algo más de lo que dice y veo que sus ojos no solo brillan, sino que están iluminados.

—Porque tú también me sostienes. Solo que no te das cuenta —responde con una seguridad que me deja con los pelos de punta.

Y entonces, algo en mí se empieza a romper, o más bien, estalla en fuego artificiales. Todavía no lo tengo claro. Solo sé que, de repente, no hay espacio para dudas ni excusas. Aquí no están Tobies, ni Margaret, ni Apex. Nada se interpone entre nosotras.

Solo quedamos ella, yo, y este calor que me sube por el cuello como una ola imparable.

Así que la beso.

Sí.

Yo, Miranda Harper, la editora fría, la mujer de los trajes perfectos y las normas inquebrantables… beso a Kelsey Doyle. Sin pedir permiso. Sin pensarlo siquiera. Solo me dejo arrastrar por el impulso, por esta atracción indomable que lleva semanas arrastrándome hacia ella sin tregua.

Y sus labios son tal como los imaginaba: cálidos, suaves, con un leve sabor dulce —de las gominolas que se zampó antes de venir a la librería, y que probablemente sean responsables de su exceso de energía habitual—. Por un segundo, se queda quieta, y luego responde en apenas un roce, una duda convertida en certeza. Como si también ella se preguntara si esto es real o solo parte de algún sueño.

Pero entonces, mi cerebro enciende todas las alarmas y entra en pánico absoluto. Me separo de golpe, como si me hubieran despertado de golpe.

—Yo no… esto no… —balbuceo con los ojos abiertos de par en par mientras me pongo de pie—. Perdona… Ha sido el momento, el

ambiente, las líneas que ha leído Elliot… ¡Algo!

Kelsey parpadea, sin dejar de sonreír. Si sigue sonriendo así, me voy a derretir en el acto.

—Miranda… —empieza a decir, pero levanto una mano como si eso pudiera detener el tiempo.

—¡No digas nada! Hay... hay demasiadas emociones flotando en el ambiente.

Me doy la vuelta con torpeza, esquivo una caja de marcadores fluorescentes, casi aplasto un cartel que dice *LECTURA HOY, 19H*, y recojo uno de los dosieres como si fuera una especie de escudo protector. Luego, camino a toda prisa, con la dignidad por los suelos.

—Necesito... ¡escribir el informe para Tobias y Margaret, sí!

Y sin decir nada más, salgo de la librería y cierro la puerta tras de mí con un portazo que hace temblar las paredes. Camino sin rumbo hasta alejarme lo suficiente. Me detengo frente al primer escaparate que encuentro y me cubro el rostro con una mano.

Acabo de besar a Kelsey Doyle. Madre mía, es lo que he hecho. Y he salido corriendo como si me persiguiera una horda de abejas rabiosas.

«Genial, Miranda. Brillante, como siempre.»

El pecho me arde, como si tuviera fuego por dentro. Y estoy segura de que ni todo el catálogo de Apex podría contener las páginas necesarias para explicar lo que siento en este instante. Porque si esta emoción tuviera un género literario, sería una novela de verano: intensa, calurosa, llena de giros imprevistos y con un final vertiginoso que, por ahora, prefiero no imaginar.



CAPÍTULO 22

KELSEY

16 de abril de 2025.

En teoría, después de un evento como el de ayer, una debería levantarse con una sonrisa tonta y la autoestima hinchada como un globo. Pero esa teoría no tiene en cuenta a Tobias, ni a Margaret, ni el hecho de que Miranda me besó y luego salió huyendo como si se hubiera declarado un incendio y su vida dependiera de ponerse a salvo.

No he pegado ojo en toda la noche, y no solo por la euforia —que sí, estaba eufórica—, sino por ese beso inesperado que se convirtió en el giro de guion de la tarde-noche.

—Estás muy callada —comenta ella mientras caminamos hacia el despacho de los jefes.

—Todavía lo estoy procesando.

—¿Procesando el qué?

No sé si decirle «procesando el beso que me diste y que ha dejado mi sistema emocional en modo avión», o simplemente encogerme de hombros como si nada hubiera pasado. Opto por lo

segundo. Miranda tiene el ceño fruncido y ese gesto tan habitual en ella que mezcla «soy impecable en mi trabajo» pero «estoy a punto de explotar», y sinceramente, no me apetece añadir más tensión a la mañana.

—Si sigues frunciendo así el entrecejo, te van a salir arrugas —le recuerdo, y me lanza una de sus miradas afiladas, pero yo no puedo evitar fijarme en sus labios—. Sé positiva. Hemos hecho un trabajo excelente. Estoy segura de que lo sabrán valorar.

«Pero no seamos ingenuas», pienso. Si hay algo que he aprendido en Apex, es que ni Tobias ni Margaret se impresionan fácilmente.

Cuando entramos, él nos saluda como si no nos viera desde hace meses, y Margaret nos examina por encima de sus gafas. No tenemos todo cerrado: el manuscrito aún no está completo. Pero los números son buenos, las reacciones han sido excelentes y Miranda ha vendido la propuesta con una maestría que roza lo sobrenatural. Así que quiero pensar que las cosas van a salir bien.

—El evento fue un éxito —declara ella, manteniendo un tono firme—. No solo superamos nuestras expectativas de asistencia, sino que la recepción general fue muy positiva.

—Los fragmentos leídos de *Las sombras del jardín de vidrio* captaron la atención de cada uno de los asistentes —añado yo, con entusiasmo—. La mayoría de ellos dijo que compraría el libro.

Margaret hojea el informe con expresión neutra.

—¿Tenéis cálculos concretos?

Miranda asiente y le entrega una hoja con los datos recopilados.

—Realizamos encuestas al finalizar —les digo con entusiasmo—. El setenta y cinco por ciento de los asistentes manifestó interés en adquirir el libro.

—Además —añade Miranda, dirigiendo una breve mirada hacia mí, lo que me deja con un cosquilleo en el estómago—, Rebeca, la madre de Kelsey, se ha ofrecido otra vez para gestionar la preventa desde su librería.

Tobias y Margaret intercambian una de esas miradas que no sabes si significan algo bueno o no.

—Es un buen punto de partida —comenta Tobias.

Espero que sea el momento en que nos felicitan, nos dan luz verde y nos piden seguir. Pero no. Estas cosas nunca pasan así

—Pero no es suficiente —añade Margaret, con ese tono suave que esconde algo peor detrás.

—¿Perdón?

Miranda parpadea dos veces. Por su expresión, sé que está a segundos de arder.

—Necesitamos algo más contundente. Un evento en una librería independiente está bien, pero ya sabéis que no tomamos decisiones basadas en nichos concretos —nos recuerda, como si no lleváramos años trabajando aquí.

—¿Y qué se supone que queréis? —pregunto, tratando de encontrar un mínimo de lógica.

Entonces llega la bomba. Quieren algo «más sustancial, más comercial, con potencial viral». En otras palabras: que convenzamos a una gran cadena de librerías para que apueste por el libro de

Elliot. Sin ningún contrato editorial. Sin respaldo de Apex todavía. Sin sentido común.

—Esto es una locura…

Y Miranda tiene razón. Lograr que mi madre colaborara ya fue un milagro, pero conseguir que cadenas como Waterstones o Foyles promocionen un libro sin contrato… es casi una fantasía.

Al salir del despacho, Miranda parece a punto de estallar.

—¿Nos están tomando el pelo?

—Creo que lo han hecho desde el principio —respondo, sin más.

—¡Es que no me lo puedo creer!

Su voz retumba por el pasillo. Me limito a seguirla con las manos en los bolsillos, intentando procesar la situación y buscar una salida viable. Las miradas curiosas de nuestros compañeros ya no me afectan.

—No entiendo cómo puedes estar tan tranquila —añade, mirándome de soslayo.

—No lo estoy. Solo intento encontrar una solución rápida.

Ella se detiene, se gira hacia mí con furia, y por un instante no sé si va a gritarme o a besarme otra vez.

—Nos están pidiendo un disparate. ¡Ya hemos demostrado que este libro funciona!

Suspiro, cruzo los brazos y me apoyo contra la pared más cercana.

—Lo sé. Pero rendirse no es una opción.

—¿Rendirnos? Kelsey, nos piden convencer a una cadena sin tener un contrato editorial. Es ridículo.

—Tal vez. Pero hemos hecho cosas más absurdas… y nos han salido bien.

Me observa con incredulidad. Probablemente piense que estoy perdiendo el juicio, y tal vez tenga razón. Pero ahora somos un equipo. Y tengo muy claro que podemos con lo que sea.

—Está bien. ¿Tienes alguna idea?

—Aún no. Pero te prometo que estoy trabajando en ello.

Y entonces, durante menos de un segundo, se le escapa una sonrisa. Apenas un gesto. Pero es suficiente para que todo valga la pena, para recordarme cuánto me gusta. Y las ganas inmensas que tengo de volver a probar sus labios.

. . .

Caminamos hacia el área común de la editorial, debatiendo algunas ideas descabelladas que se me han ocurrido. Sé que lo que nos han pedido roza lo imposible, que vamos a tener que emplearnos a fondo para lograr que alguien vea en el libro de Elliot lo mismo que vemos nosotras. Pero no podemos permitirnos el lujo de sentarnos a lamentarnos.

Tobias y Margaret nos están sentenciando. Da la impresión de que se burlan de nosotras al obligarnos a reflotar un libro que aún está a medio escribir y que solo conocen ellos, nosotras dos y un puñado de lectores, y que no piensan apoyarnos para conseguir algo más. Es desesperante. Aunque más lo es todavía intentar no fijarme en los labios de Miranda... y fracasar estrepitosamente.

—Creo que deberíamos presionar un poco a Elliot. Necesitamos el manuscrito completo si queremos que alguna cadena nos tome en serio —pide, y yo la observo como si estuviera soñando—. Tenemos que venderlo como si ya tuviera respaldo editorial, como si Apex apostara plenamente por él.

—¿Pero eso no sería…? —Me detengo de golpe—. ¿Estás proponiendo que mintamos? ¿Tú? —La señalo, todavía incrédula—. ¿Desde cuándo no soy yo la que suelta las ideas más locas?

Ella alza una ceja y se cruza de brazos, obsequiándome con una sonrisa que ni veinte mil novelas románticas podrían igualar.

No sé por qué, pero de repente siento la necesidad de decir algo que debería guardarme, algo que ni siquiera debería estar pensando si no quiero estropearlo todo. Pero Miranda da un paso hacia mí. Luego otro. Y ya no puedo pensar en nada más que en repetir el beso que me dio, pero esta vez sin dejar que se aleje.

—¿Qué pasa? ¿Creías que trabajar contigo no me iba a afectar en absoluto?

—No es eso, es que… —Y en ese instante sé que no puedo seguir callando—. ¿Por qué saliste corriendo después de besarme?

Su cuerpo se tensa de inmediato, y lo noto. Ya no somos solo compañeras de trabajo discutiendo estrategias. Ahora somos dos personas atrapadas en algo que ya no puede ocultarse.

—Fue un… —murmura, dando un par de pasos más hacia la sala común.

—Espera, déjame ayudarte —la interrumpo mientras entro—. Fue un error, fruto del momento, del ambiente, de las emociones que flotaban en el aire. ¿No? Era eso lo que ibas a decir.

Rpetirlo me duele más de lo que quiero admitir.

—Yo… no debí hacerlo —murmura.

Asiento y trago saliva, intentando no desmoronarme.

—Bueno, considerando que vino de ti, fue un gesto muy poco profesional —bromeo, aunque no sé ni por qué lo hago—. Claramente inapropiado. Una estupidez, vaya.

—Kelsey…

Por un segundo, creo que va a pasar algo. Algo real. Algo que no tiene que ver con Apex, ni con el libro, ni con nuestras obligaciones. Pero entonces, Diana irrumpe como un torbellino y corta en seco el momento.

Miranda y yo reaccionamos como si nos hubieran pillado cometiendo un delito y ella nos lanza una mirada inquisitiva.

—¿Me estoy perdiendo de algo?

—Solo hablábamos del plan de marketing que tenemos por delante —responde Miranda con demasiada rapidez. Yo doy un paso hacia atrás, en silencio.

—Toma. Os lo habíais dejado en el despacho de Tobias —comenta, sin dejar de mirarnos a una y a otra—. Me ha dicho que lo necesitaréis.

—Gracias...

Cuando Diana se marcha, el silencio se instala de nuevo entre nosotras. Esta vez, soy yo quien decide romperlo. Doy un paso al frente, firme, y clavo mis ojos en los suyos.

—Solo quiero que sepas algo. Me parece bien si tú no lo tienes claro. Pero yo no pienso fingir que no ha pasado nada. —La señalo

con el dedo, sin titubear—. Bastante tengo con soportar las tonterías de esos dos, como para tener que tragarme también todo lo que siento por ti.

Miranda abre los ojos con sorpresa, casi como si fueran a salirse de sus órbitas. Por un instante, me doy cuenta de que probablemente he hablado más de la cuenta. Que tendría que haber cerrado la boca. Pero ya es tarde. Así que esta vez soy yo quien se da la vuelta y se marcha apresurada. Porque, por mucho que desee cambiar las cosas, lamentablemente, no tengo una máquina del tiempo.



CAPÍTULO 23

MIRANDA

28 de abril de 2025.

Si algún día llego a escribir mis memorias, este capítulo se titulará: «¿Por qué sigo metida en esta locura?», y justo debajo pondré una foto mía frente a la sucursal de Waterstones en Piccadilly, con cara de funeral y un manuscrito entre los brazos como si fuese una bomba a punto de estallar. A mi lado estaría Kelsey, decidida a convertir esto en una especie de alegre excursión, sonriendo como si estuviésemos vendiendo chocolate en lugar de una historia sin ningún tipo de respaldo.

Han pasado casi dos semanas desde que Tobias y Margaret nos mandaron a un campo de batalla sin protección. Doce malditos días en los que Elliot tuvo que terminar todo el manuscrito para que tuviésemos algo más con lo que trabajar. Doce días en los que no he dejado de pensar en las palabras de Kelsey y, como era de esperar, mis clases de cocina han sido las más perjudicadas —más—. En pocas semanas he pasado de ser la alumna estrella a un desastre capaz de quemar hasta el agua hirviendo en casa por culpa del estrés.

—¿Lista? —pregunta, como si compartiéramos una broma privada.

A pesar de todo, su actitud hacia mí no ha cambiado, y he tenido que esforzarme mucho para que la tensión se disipe. Algo que, al parecer, he conseguido.

—No. Pero ya, qué más da —respondo, bajando los hombros con resignación.

—Perfecto. Entonces es el mejor momento para entrar —añade con tono burlón, como si no estuviésemos cruzando el campo de batalla editorial sin escudo ni armadura.

La gerente de la sucursal, Daniel Porter, es educada, lo admito, pero tiene esa típica cortesía que deja claro que no quiere perder el tiempo. Se sienta con las manos cruzadas, evaluándonos como si estuviésemos en una entrevista para un puesto que no existe. Le hablamos del libro, del evento en la librería, del 75% de potenciales compradores, de la preventa… Kelsey incluso hace ese gesto sutil que deja claro que la propuesta tiene potencial y que deberían de aceptarla. Pero, en realidad, ocurre justo lo contrario. Ni una felicitación, ni un atisbo de entusiasmo. Solo silencio. Hasta que llegan las palabras que temía.

—Lo siento, no puedo acceder a vuestra petición.

Así, sin más. Lo dice con la misma naturalidad con la que uno comenta que se ha terminado el pan. Me falta el aire, y Kelsey intenta convencerla una vez más. Le habla de las redes sociales, del boca a boca, de los lectores interesados, pero Porter niega con la cabeza antes de que termine.

—Necesitamos libros que estén dentro de nuestro circuito comercial. Y este proyecto, con todo respeto, me parece muy... inestable.

Y de un plumazo, nos hemos quedado sin opciones, incluso antes de haber empezado de verdad.

Al salir de la reunión, no digo ni una palabra. Kelsey tampoco. Y se lo agradezco, porque me la sangre y no quiero pagarlo con ella. Cuando por fin rompo el silencio, lo hago con una rabia que apenas logro disimular.

—Así no vamos a conseguir nada. Nos han dado un reto imposible, y ahora nos exigen algo aún más inalcanzable. ¿Qué esperan? ¿Que convenzamos a Waterstones de que apueste por sueños sin tener ni un contrato en borrador?

«Menos mal que Margaret era mi amiga y apostaba por mí», pienso con ironía.

—Bueno, técnicamente eso forma parte del trabajo —responde Kelsey, con una calma que me crispa los nervios.

Me detengo en seco.

—¿Por qué no estás frustrada?

—¿Quién te ha dicho que no lo estoy? Solo que prefiero no malgastar energía en lo que no puedo cambiar. Es mejor centrarse en el siguiente paso.

La miro, furiosa y, al mismo tiempo... impresionada. Porque si estuviera en su lugar, ya estaría arrastrándome por el suelo o golpeando cualquier cosa que se me cruce. Pero ella simplemente se da la vuelta y señala una cafetería en la esquina.

—Vamos. Te invito a un café y a una charla para evitar que muerdas a alguien.

—No necesito un café.

—Tienes razón. Te vendría mejor una tila, pero eso no va a cambiar tu carácter.

Abro la boca, pero antes de poder decir nada, ella ya ha cruzado la calle.

. . .

La cafetería es acogedora —igual que todas las que hemos visitado —, y el aroma a pasteles de canela me invade los sentidos como un bálsamo. Nos sentamos junto a una ventana, cada una con su taza, y durante unos minutos, no digo nada. Me concentro en el vapor que asciende de mi expreso doble e intento borrar el mal sabor del rechazo.

—¿Sabes qué es lo que más me molesta? —pregunta Kelsey, sin apartar la vista del exterior.

—Sorpréndeme.

—Que este sistema está diseñado para decirnos que no. Si no tienes nombre, contrato y contactos, da igual que tu historia sea buena.

Asiento despacio.

—Sí, a mí también me jode muchísimo. Pero no sé qué más hacer. Elliot tiene talento. La historia lo tiene todo. Pero si nadie le da una oportunidad…

Me callo y ahogo la impotencia en un sorbo de café. Ella se gira hacia mí y baja la voz, con intención.

—¿Y si lo intentamos con Hatchards?

Parpadeo.

—¿La de Piccadilly?

—Sí. Son menos estrictos que Waterstones, la verdad. Más abiertos a propuestas independientes —aclara con naturalidad—. Podríamos pedirle a Elliot que prepare una presentación especial. Incluso que lea uno de los capítulos en voz alta, como hizo en la librería. Algo que capte la atención.

Lo pienso unos segundos, y tras una mañana desastrosa, una sonrisa se asoma por fin a mis labios.

—Podría funcionar.

—Claro que sí. Y si no… bueno, ya tengo experiencia convenciendo a personas escépticas.

—¿Ah, sí?

—Sí. Tú eras una de ellas.

Lo dice con humor, pero en su mirada hay algo más. Algo que me deja sin palabras y me obliga a tragar saliva. Llevo días esquivándola fuera de la oficina, y ya no sé cuánto más podré seguir fingiendo que no está pasando nada entre nosotras.

«¡No, olvídate de eso!», me reprendo mentalmente mientras le doy otro sorbo al café. Por ahora, consigo sobrevivir a esta batalla. Pero sé que habrá más.

Londres está envuelta en una brisa húmeda y el cielo gris amenaza con lluvia. Caminamos juntas durante un rato, yo

reflexionando sobre su idea, y ella tan cerca de mí que acabamos tropezando más de una vez. Carraspeo e intento concentrarme en lo importante.

Pero Kelsey no es del tipo de personas que se rinde. Ni en el trabajo, ni —esta visto— con nosotras.

—¿De verdad vamos a seguir fingiendo que no pasó nada? —pregunta.

«¿Por qué no puede dejarlo pasar?»

Me detengo y ella también lo hace. Estamos a medio camino entre la librería y la parada del metro, en una calle que pronto olvidará nuestra presencia, mientras cientos de dudas laten en mi interior. Me cruzo de brazos, más para protegerme del frío —y de mis pensamientos— que por otra razón.

—No estoy fingiendo nada —respondo con la calma que me queda—. Solo priorizo lo más importante.

—¿Priorizar? ¿Así lo llamas? ¿Besarme y luego salir corriendo como si se hubiera activado algún tipo de protocolo en tu cabeza? ¿Actuar como si no sintieras nada por mí? Porque puede que no sea tan buena editora como tú, pero tampoco nací ayer.

Cierro los ojos un segundo. Me cuesta mucho, muchísimo, tener que decírselo. Pero lo hago.

—Kelsey, esto no puede suceder.

—¿Esto? —replica, alzando una ceja—. ¿Te refieres a lo que sentimos?

—No, a lo que tú crees que sentimos —la corrijo rápidamente.

—Qué conveniente.

Ignoro la pulla. O al menos lo intento.

—No estamos aquí para escribir nuestra propia novela romántica, ¿vale? Nos estamos jugando el trabajo, el futuro de un nuevo sello que nos pertenezca, el esfuerzo de meses... mentira, de años. No podemos permitirnos distracciones.

Ella da un paso hacia mí. No con agresividad, pero sí con la determinación de dejarme las cosas claras.

—¿Entonces ir besando a la gente por ahí lo ves normal?

—Te lo dije. Fue un error, así de simple —espeto, tragando saliva.

Ya es la segunda vez que pronuncio esta mentira, pero ahora suena como la más grande de mi vida. En realidad, la peor mentira que conté fue a los diez años, cuando negué haberle cortado el pelo al gato de nuestra vecina, pero ya se me entiende.

Kelsey me observa como si esperara que me retractara de mis palabras. Pero no lo hago, porque este trabajo es mi vida, y tengo claro que quiero llegar a la meta.

—Entiendo que tengas miedo —comenta por fin—. Pero negar que hay algo entre nosotras no hará que desaparezca sin más.

—Estoy siendo sensata, Kelsey. ¿Por qué te cuesta tanto verlo?

—¿Sensata o cobarde?

Esa me ha dolido. Me golpea de lleno en mi ego de editora perfecta.

—Mira —murmuro—. No puedo permitirme que esto se vuelva real, no mientras dependamos la una de la otra para que las cosas funcionen.

Mis palabras flotan entre nosotras, suspendidas como la lluvia que no se decide a caer, y tengo claro, por su gesto, que acabo de hacerle daño.

—Claro, porque después de esto te olvidarás de mi existencia. Como has hecho siempre —suelta, con una mirada totalmente distinta a la que he visto estos días—. No te preocupes, seré la profesional que esperas que sea.

Gira sobre sus talones y comienza a caminar, dejándome con una sensación horrible en el estómago. Echo la cabeza hacia atrás, suelto un suspiro y me pongo en marcha tras ella, consciente de lo mucho que la acabo de cagar.



CAPÍTULO 24

KELSEY

29 de abril de 2025.

¿Sabéis qué tiene de gracioso que la chica que te gusta te bese y luego diga que fue un error? Nada. Absolutamente nada. Después de ese acto de sinceridad brutal por parte de Miranda en plena calle, decidí no insistir y dejar las cosas como están. Si ella prefiere seguir negándolo, si solo le importa lo profesional, si antepone su trabajo a lo que está creciendo entre nosotras, no seré yo quien le impida refugiarse en esa mentira. Y por eso, al despertar esta mañana, activé el modo profesional y me presenté en Apex siendo la editora que ella espera.

Sin bromas, sin sonrisas… ni siquiera con mis camisetas de frases ingeniosas. Nada. Ahora me muevo por la oficina como si estuviera hecha de mármol, como si fuera un mueble más, sin expresión ni intención de relacionarme con nadie.

A primera hora, me encerré en una de las salas de reuniones vacías con mi portátil, mi agenda y una taza de café. Llamé, insistí, negocié… ¿Mi objetivo? Hatchards. No acordé con Miranda que sería

yo quien contactaría con la cadena de librerías, pero tampoco me apetecía discutirlo con ella.

La verdad es que no fue sencillo, pero finalmente logré hablar con alguien que no colgó el teléfono en cuanto mencioné «tengo un libro de un autor novel». Una tal Roselyn, encargada de marketing y colaboraciones, pareció interesada en cuanto le hablé del proyecto, del evento, de las encuestas... No oculté que necesitamos una oportunidad para demostrar que *Las sombras del jardín de vidrio* es una apuesta firme. Le envié el dosier, el mismo que presentamos a Tobias y Margaret, y me dio una cita para el jueves a las once, en su despacho, en la planta superior de Hatchards.

Después de la llamada no pude evitar hacer un pequeño baile de victoria, aunque me contuve de gritar, y después, me puse a preparar el siguiente paso.

Llamé a Elliot y le conté que teníamos una oportunidad, que debía pasarse por la oficina para preparar una versión de la presentación que dejara a Roselyn con la boca abierta. Su respuesta fue inmediata, porque entendía que debíamos esforzarnos, que aún no era seguro que Apex apostara por publicarlo, así que aceptó sin dudar.

No sé cuánto tiempo ha pasado desde que colgué la llamada y anoté todo en mi agenda, pero ha sido más del necesario. Ya me he comido unos cuantos dulces de la máquina y tomado otras tantas tazas de café. Tengo que comunicarle todo esto a Miranda, y lo último que me apetece es verla. No porque no quiera; al contrario, sí quiero. Pero no sé si podré esconderme detrás de esta versión fría de mí cuando la mire a los ojos.

Decidida a cumplir con mi trabajo, camino hacia su despacho y, al llegar, la encuentro conversando con Diana, ambas sentadas, compartiendo un café.

—Tenemos una reunión con Hatchards este jueves a las once —anuncio, sin rodeos, interrumpiendo su charla animada—. Roselyn, la encargada de marketing y colaboraciones, está interesada y quiere escucharnos.

Diana alza una ceja, sorprendida.

—¿Escucharnos?

—Sí, también a Elliot. Él ya lo sabe. Viene mañana a primera hora para preparar todo. Necesitamos un plan sólido y convincente —respondo con tono impersonal—. A ver si logramos que no parezca que estamos suplicando un contrato.

—Seguro que lo conseguiremos.

La frialdad, la serenidad, la ausencia de sonrisas cómplices... Todo es tan extraño que por un instante me siento fuera de lugar. Hemos vuelto al punto de partida, cuando apenas nos tolerábamos. Aunque, en mi caso, desearía que Diana no estuviera ahí para poder borrar el pintalabios rojo de los labios de Miranda.

Ella, que no es ingenua, nos observa con los ojos entornados y se levanta con su taza para dejarnos a solas. El silencio no resulta incómodo, pero sí es demasiado seco. No me gusta esta sensación, mucho menos ver que Miranda actúa como si todo estuviera bien, cuando es evidente que mi estado de ánimo está lejos de ser normal.

—¿Te pasa algo? —me pregunta, tras unos segundos—. Te veo...

—¿No querías que nos centráramos solo en lo laboral? —le recuerdo—. Pues eso estoy haciendo, siendo profesional.

Miranda asiente, pero la manera en que me mira basta para recordarme que lo que sentimos sigue ahí, que la tensión es real, que ese beso y las horas sin hablarnos pesan más que las palabras que me lanzó ayer en la calle.

—Bueno, mañana concretamos todo. Me voy a seguir trabajando.

No pienso ablandarme. Por muy tentadora que sea —y lo es— no voy a permitir que me deje plantada otra vez en la acera con el corazón latiendo como si fuera una tonta, mientras ella se convence de que lo nuestro fue un error.

Salgo de su despacho y regreso al mío. Me cuesta horrores no dar media vuelta, no ceder a la impulsividad y tomar el control de la situación, pero lo consigo.

—Cualquiera diría que la relación entre tú y Miranda tiene la misma tensión que una buena comedia romántica —murmura Diana al pasar por su lado.

No contesto. Porque si esto fuera una comedia romántica, ya habríamos resuelto el malentendido con un beso en medio de la sala de reuniones, con música imaginaria de fondo y todo. Pero no. Esto es la vida real. Y en la vida real, una no besa a su compañera de trabajo ni le limpia la espuma del café de la comisura si luego va a decir que fue un error, mientras pone cara de agria. En la vida real, una se recompone, se arregla su traje, y pone la mejor cara de «esto es estrictamente profesional» para después, sentarse a

trabajar como si no sintiera que los pulmones se le colapsan cada vez que *esa* persona la mira a los ojos.

Así que eso hago. Me dejo caer en mi silla, abro el portátil y comienzo a preparar el material que usaremos el jueves. Ni siquiera necesito mirar hacia el despacho de Miranda para saber que, detrás de su cristal ligeramente tintado, ella está haciendo lo mismo que yo: fingir que las cosas siguen como lo planeado.

¿Y lo peor? Que una parte de mí anhela que se rompa ese maldito protocolo. Desea que se acerque. Que me diga que se equivocó al afirmar que lo nuestro no podía ser. Que fue por miedo, por presión o por el estrés del trabajo. Que en realidad sí quiere lo mismo que yo.

Pero, por ahora, me concentro. Organizo el esquema de la presentación para Roselyn, junto a un cronograma. Elaboro una lista con los puntos fuertes de Elliot y selecciono sus fragmentos más potentes. Incluyo notas para no olvidar qué argumentos usar si la gerente de Hatchards aparece con actitud de no querer saberse nada. Y, cuando por fin termino, ya son casi las seis de la tarde.

La oficina está más tranquila, varios compañeros recogen sus cosas y se despiden en voz baja. Yo decido quedarme un rato más, reviso varios pedidos de la librería de mi madre, y entonces escucho pasos a mi espalda.

No necesito girarme para saber que es ella. No porque tenga un radar especial para detectar a Miranda Harper —aunque después de estas semanas quizá debería inventar uno—, sino porque solo ella camina con ese equilibrio entre elegancia y firmeza que hace que todo a su alrededor parezca un poco más… tenso.

Se detiene junto a mi escritorio, pero yo mantengo la mirada fija en la pantalla, como si no hubiera nada más fascinante en el mundo.

—¿Vas a quedarte mucho más? —pregunta, con voz neutra, profesional.

Yo le respondo en el mismo tono:

—Un poco. Quiero dejar todo listo para el jueves.

Hay un breve silencio y luego un suspiro apenas perceptible.

—Está bien. Que tengas buena noche.

La miro y le regalo una sonrisa, pero no la de siempre; apenas levanto la comisura del labio.

—Gracias. Tú también.

Ella asiente con un leve gesto, se da la vuelta y se marcha. Pero sus palabras permanecen, suspendidas en el aire. Como si fueran ese hilo delgado de esperanza al que me resisto a soltar del todo. Y yo me quedo en mi silla, observando cómo se aleja, deseando con todo mi ser que esta historia sea de verdad. Que no sea perfecta, que esté llena de errores, pero que sea real.

Porque lo único que tengo claro, en medio de este embrollo, es que lo único más impredecible que el mercado editorial… es ella. Y ya no estoy segura de poder volver a ser la versión de mí que no la miraba con ganas de besarla todo el tiempo.



CAPÍTULO 25

MIRANDA

Horas después…

Después de que Kelsey se marchara, Margaret entró a mi despacho y cerró la puerta con la misma elegancia natural que ha tenido siempre, sin levantar la voz ni gestos grandilocuentes, pero con una firmeza que podría hacer temblar a cualquiera que se le pusiera delante. Me pidió que charláramos un rato, y yo lo hice sin objeciones, porque sabía que no se trataba de una visita de cortesía.

—Miranda —comenzó, cruzando las piernas con una precisión impecable—. Quería hablar contigo sin Tobias presente. No como directora, sino como… amiga.

«Eso sí que es raro», pensé. Sobre todo porque, en las últimas semanas, esa supuesta amistad se había enfriado bastante.

—Siempre he confiado en tu buen criterio, en tu manera de trabajar. Desde que llegaste a Apex, he visto en ti a una editora que no se conforma, que pelea por lo que quiere y que exige calidad. Por eso te dimos esta oportunidad: porque sabíamos que podías trabajar con Kelsey.

¿Oportunidad? Más bien, fue como si me hubieran arrebatado una parte de lo que era en Apex como editora, y ambos lo sabían. Margaret no sonrió, aunque intentó suavizar la expresión para parecer más... humana. Más cercana que jefa.

—Sé que piensas que Tobias y yo solo nos fijamos en las cifras —dijo, observándome con una serenidad poco común en ella—. Que todo gira en torno a ventas, previsiones y gráficos.

No respondí, porque sí, eso es exactamente lo que pensaba. Y la verdad es que no han hecho ningún esfuerzo por ocultarlo últimamente.

—Pero no es solo eso lo que buscamos, Miranda. Al menos, no únicamente. Claro que queremos resultados —añadió—. Esto es una editorial, no un grupo de lectura de barrio. Pero también queremos algo que funcione de verdad, un libro de calidad, no solo un producto que encaje con las tendencias del momento.

Mi instinto quiso contradecirla. Decirle que hacía semanas que Tobias no hablaba de otra cosa que no fueran números, márgenes y ventas. Quise recordarle que los clubes de lectura no tienen nada de insignificantes. Pero me guardé las palabras. Porque, por primera vez en semanas, Margaret no sonó como la ejecutiva imperturbable que siempre mantiene la voz neutra y la mirada cortante. Sonó… sincera. Y tal vez, solo tal vez, eso podría jugar a mi favor.

—Estamos dando todo lo que tenemos. Que no te quepa duda —le aclaré.

—Confiamos en ti. Pero tú también tienes que creer en ti misma —agregó, mientras se ponía de pie—. Tienes un criterio brillante y una intuición admirable.

Algo en esa frase me inquietó. Sentí que, con esa sutileza, intentó distanciarme de la decisión que tomamos con Elliot, y cuando se fue, me quedé sola, mirando los informes desordenados sobre la mesa. Atrapada entre lo correcto y lo conveniente, en esa precisa intuición que me decía que teníamos que seguir adelante con el trabajo que estábamos haciendo.

. . .

Me duele la cabeza, y la frialdad de Kelsey no ha dejado de rondarme todo el día. En cuanto cruzo la puerta de mi piso, me deshago de los zapatos y la chaqueta, dejo el bolso caer sobre el sillón y me tiro en el sofá, arropándome con la manta antes de encender la televisión, decidida a anestesiarme con cualquier cosa.

Cuando leo que ya hay nueva temporada de *Love is Blind*, lanzo un grito de entusiasmo. Nada mejor que gente enamorándose en cápsulas sin verse las caras para hacerme olvidar mi caos emocional. Aunque, para ser sincera, no obtengo exactamente el efecto que buscaba.

Porque, mientras una pareja se promete amor eterno sin haberse visto jamás, yo no puedo dejar de pensar en alguien a quien sí he visto, tocado… besado. Y a quien después he empujado fuera de mi cápsula emocional como si no significara nada.

El mando tiembla en mi mano cuando el teléfono vibra: es una llamada de mi hermano.

—Hola.

—¡Mira quién sigue viva! ¿Ya le has confesado tu amor a la editora romántica?

Cierro los ojos con resignación.

—¿Puedes no empezar con eso?

—Al menos dime cómo está mi futura cuñada. ¿Ya le has dicho que te deja sin aliento cada vez que entra en la oficina?

—Andrew…

—¿Qué pasa?

—Cállate, por favor.

Él se echa a reír, y aunque no lo admito en voz alta, me saca una sonrisa que no esperaba tener hoy antes de irme a dormir.

—Solo quería saber cómo estás. Te he notado distante, y estos días ni te has pasado por la cafetería.

—Pues aquí estoy, que eso ya es bastante —le respondo, casi grito, cuando una de las citas del programa coquetea descaradamente con otra después de haber prometido amor eterno a la anterior—. Ya sabes que tengo muchísimo trabajo. Y no es que todo esté saliendo bien, precisamente.

—Ya… —murmura, y presiento lo que viene después—. Miranda, deberías dejar de verlo todo como una amenaza. Te gusta Kelsey, algo que no es el fin del mundo. Y, siendo sincero, creo que ella te está haciendo bien. Incluso has empezado a sonreír más. Bueno, a resoplar menos, que para ti ya es todo un logro.

—¿Puedes no usar mi vida personal como argumento para tu próxima *sitcom*?

«Lo dice quien no se pierde ni un episodio de este programa.»

—Solo digo que, si quieres, organizo otra fiesta… Y esta vez, ponemos música romántica justo cuando os miréis a los ojos para

que os beséis como es debido.

—Adiós, Andrew.

—¡Te quiero! —grita, y escucho su risa antes de cortar la llamada.

¡Esto es una locura! El universo parece decidido a ir en mi contra, y no sé cuánto más me va a funcionar esta estrategia de fingir que todo está bien. Y aunque Margaret ya me ha dejado claro cuáles son sus intenciones esta mañana, no debería distraerme con tonterías.

Pero tardo exactamente treinta segundos en abrir WhatsApp y enviarle un mensaje a Kelsey.

Miranda: No puedo dormir. ¿Has avanzado mucho?

—Qué sutil eres, Miranda —murmuro.

Kelsey: Lo de Hatchards irá perfecto, no te preocupes.

Eso es todo.

Ni un emoji con carita feliz. Ni un «¿Cómo estás tú?». Solo… esa frialdad que no sé por qué me sorprende, cuando fui yo quien puso los límites. Fui yo quien dijo que el beso había sido un error y que debíamos concentrarnos en el trabajo. Miro la pantalla, deseando que vuelva a ser la mujer que pidió aquel latte unicornio. Y cinco segundos después, cometo el sacrilegio de dejar a medias el capítulo de *Love is Blind*, calzarme las zapatillas deportivas, buscar las llaves de casa y subirme al coche, dejándome llevar por la memoria hasta Covent Garden.

A estas horas, la calle está casi vacía. Camino hasta su portal y me detengo frente al telefonillo, con las manos frías y temblorosas. Cada paso que me ha traído aquí ha hecho que mi corazón lata

como un tambor desbocado. Estoy a punto de girarme, de convencerme de que todo esto ha sido una locura impulsiva, una más dentro de esta tormenta emocional que me domina desde hace semanas. Pero justo entonces, alguien sale del edificio y me cuelo tras él, subiendo directamente hasta su puerta. Levanto el puño, a punto de golpear, justo cuando se abre.

Kelsey aparece con el pelo recogido de cualquier forma, con un moño torcido del que escapan varios mechones. Lleva una sudadera enorme con el dibujo de un gato leyendo un libro titulado «Miauvelous». Sus ojos se agrandan al verme, pero hay algo en su expresión que me dice que no está sorprendida, como si hubiera esperado que esta escena se hiciera realidad en cualquier momento.

—¿Miranda? —pregunta, apoyada en el marco de la puerta.

—Hola —respondo, con cierta inseguridad.

Nos quedamos así, mirándonos en silencio. Ella parpadea con lentitud y entrecierra los ojos con una expresión divertida.

—¿Qué pasa?

Parpadeo también, y se me escapa un suspiro inevitable.

—He dejado *Love is Blind* a medias, así que… déjame hablar.

—Espera, ¿en serio ves eso? —Sus ojos vuelven a abrirse. «Joder, no esperaba que fuera a enterarse así». Yo me tapo la cara —. ¡Miranda! —exclama, llevándose una mano al pecho con fingida indignación—. ¿Tú, la mujer más exigente del planeta, viendo *Love is Blind*? Esto es histórico.

—Me ayuda a dormir —musito, ignorando su sonrisa burlona—. Pero no he venido por eso… quería hablar contigo.

—¿Sobre el trabajo?

—No.

Mi voz tiembla. No por inseguridad, sino por lo que estoy a punto de hacer. Antes de que la razón me frene, doy un paso al frente. Y luego otro. Hasta estar tan cerca que solo el aire nos separa. Y entonces la beso. No como aquella vez en la librería, cuando estábamos envueltas en la euforia de lo que habíamos logrado con la lectura.

Este beso es torpe, pero sincero. Es una disculpa, una confesión, una duda. El resultado de semanas de tensión contenida, de gestos que se quedaron a medio camino. Ella tarda un segundo en reaccionar, pero cuando lo hace, sus manos se apoyan en mi cintura con esa determinación que me desarma por completo. Me aferro a ella como si no pudiera evitarlo, sintiendo que mi cuerpo llevaba esperando este momento desde el principio. Entramos juntas a su piso, y escucho la puerta cerrarse tras nosotras.

—Lo siento —susurro, agitada, con su rostro tan cerca del mío que me cuesta no besarla otra vez—. No venía por esto. Solo quería decirte que, aunque intento pensar que todo esto fue un error… lo único que realmente me asusta es que no lo sea.

—Ya era hora —musita, acariciándome la mejilla con la yema de los dedos.

Y justo cuando estoy a punto de volver a besarla, una voz atraviesa el silencio con un grito agudo:

—¡¿SE PUEDE SABER POR QUÉ NADIE ME AVISÓ DE QUE IBA A HABER UNA ESCENA ROMÁNTICA EN EL SALÓN?!

Kelsey se sobresalta, y yo me aparto como si me hubieran lanzado un cubo lleno de agua con hielos.

En medio del salón, con una taza de té en la mano y una mascarilla mal puesta en el rostro, está su compañero de piso. Su expresión es la misma que tendría un espectador satisfecho en la última fila del teatro.

—¡Ay, por favor! ¡Miranda en deportivas y besando a mi mejor amiga! ¡Este piso se ha convertido en mi serie favorita!

—Henry… —gime Kelsey, cubriéndose la cara con una mano—. ¿Puedes dejarnos un momento?

—Solo si prometéis no continuar sin mí. Bueno, sin mi ausencia, quiero decir —Levanta las cejas y, con un guiño, se retira—. Por favor, continuad. Y si hacéis ruido, ¡que se escuche en todo el edificio!

Cuando desaparece por el pasillo, Kelsey vuelve a mirarme.

—Bueno… eso ha sido… surrealista.

—Podemos fingir que no ha pasado —propongo, torpemente. Aunque ni yo misma me creo esa posibilidad, estoy roja como un tomate.

Ella niega con la cabeza.

—¿Y si lo que quiero es no tener que fingir nada? —responde, mirándome sin dejarme ni una salida.

Y cuando nuestras bocas se encuentran de nuevo, la torpeza se desvanece. Kelsey me toma de la mano y me guía, en silencio, hasta su habitación. En ese trayecto corto, apenas iluminado por la luz suave del pasillo, siento que he cruzado un umbral del que ya no

hay retorno. Porque lo que sea que hay entre nosotras ya no es una chispa: es fuego. Y yo lo avivo con mis labios sobre los suyos, con mis manos deslizando esa sudadera ridícula y, a la vez, perfecta.

Su habitación es un caos encantador: libros apilados sin orden, una manta caída a medias en el suelo, y una vela apagada que todavía deja un rastro dulce a vainilla en el aire. Cuando se gira y me mira, sus ojos tienen un brillo que me enloquece. Sus dedos me buscan con una lentitud que arde. Me roza el cuello y se detiene en mi mandíbula, como si quisiera memorizarme con una caricia. Esta vez, sus labios saben a hambre. No a ansiedad, sino al deseo aplazado que por fin encuentra su momento.

Mis manos se pierden en su ropa mientras las suyas se cuelan por debajo de mi camiseta, tan despacio que me erizo entera. Me la quita sin decir palabra, y cuando lo hace, sus ojos recorren mi piel como si descifraran un secreto escrito solo para ella.

No sé en qué instante llegamos a la cama. Solo sé que estamos tan juntas que nuestras piernas se entrelazan como si también quisieran abrazarse. Su boca recorre mi clavícula, dejando un rastro cálido y húmedo que me hace arquear la espalda. Cuando sus manos bajan por mi costado y sus dedos se detienen en el borde de mi pantalón, contengo la respiración.

—¿Está bien así? —pregunta en un susurro, como si el aire pudiera romperse con facilidad.

—Sí —respondo, sin poder disimular la emoción.

Y claro que lo está. Porque no hay nada apresurado en sus movimientos. Cada roce y cada gesto, es una conversación en un idioma que solo ella y mi cuerpo conocen. Nos desvestimos entre

risas ahogadas y jadeos suaves, como si no quisiéramos que el mundo supiera todavía lo que se está construyendo entre nosotras. El mundo y Henry, claro.

Mejor borrarme de la cabeza que podría estar con la oreja pegada a la pared.

Lo hago en cuanto la boca de Kelsey me encuentra de nuevo, más abajo esta vez y siento que mi cuerpo ya no me pertenece. Que soy apenas un eco, un temblor, una palabra escrita entre sus labios. Me aferro a su espalda como si me fuera a caer de alguna parte invisible. Y cuando llego al borde del abismo, lo hago con su nombre en la boca.

—Así que… *Love is Blind*, ¿eh? —murmura con una sonrisa en los labios, mientras nuestras respiraciones regresan a la normalidad.

—Cállate —respondo, riendo contra su cuello—. Esto no lo hace ni Netflix.



CAPÍTULO 26

KELSEY

1 de mayo de 2025.

No tengo claro en qué momento exacto pasamos de discutir cada dos frases a compartir una cama y despertarnos con sonrisas tontas. Pero ha sido el mejor giro de trama de mi vida. Y lo digo con la seguridad de quien ha leído demasiadas novelas románticas en las que las protagonistas tardan quinientas páginas en admitir lo evidente. Nosotras, no hemos llegado ni a las doscientas.

Han pasado dos días desde que Miranda apareció en mi apartamento, me besó y me hizo tocar el cielo. Todo ha cambiado y, al mismo tiempo, también sigue igual. Continuamos siendo Miranda y Kelsey: dos editoras que trabajan juntas, que defienden con uñas y dientes la novela de Elliot, que discuten por tonterías... pero también somos otra cosa. Eso que ocurre cuando alguien te hace temblar por dentro, cuando sientes chispas en el corazón solo con mirarla.

Y sí, lo confieso, cuando se marchó al día siguiente, bailé en ropa interior por toda la casa, con un café en la mano, mientras Henry gritaba que necesitaba ese polvo como Londres un día soleado.

Sin embargo, hoy no hay espacio para bailes ni distracciones. Es el día de la reunión con Hatchards, y por eso tengo que estar más presente que nunca. Miranda y Elliot están a mi lado, frente a la sede una de las cadenas de venta más emblemáticas de la ciudad. Vestimos para la ocasión, cargamos carpetas, datos, ilusiones y esa tensión previa a una reunión que podría abastecer de energía a medio planeta.

—¿Estás bien? —le pregunto, lanzándole una mirada de reojo.

Miranda asiente, aunque tiene la mandíbula tan tensa que parece capaz de partir nueces.

—Sí, perfectamente. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque caminas como si quisieras abrir un cráter bajo tus pies.

—Estoy canalizando la energía —responde sin mirarme—. Es una técnica que utilizo para liberarme del estrés cuando lo necesito.

—Ya veo… —susurro, divertida—. ¿Y esa técnica incluye fruncir el ceño hasta marcar arrugas imposibles de borrar?

Me lanza una de esas miradas que podrían fulminarme si no estuviera completamente enamorada de mí. Por eso, solo sonrío con más fuerza.

—Relájate un poco. Lo hemos preparado todo de maravilla. Elliot está listo, la presentación es sólida, y tú estás vestida como si fueras a cerrar un trato internacional —comento, dándole un leve empujón en el brazo—. Eres increíble, y estoy segura de que lo harás estupendamente.

Elliot deja escapar una pequeña risa nerviosa, y lo miro sabiendo que, para él, este momento es tan importante como lo es

para nosotras lograr que su libro vea la luz respaldado por un gran nombre del sector editorial.

—¿Preparados? —pregunto, alzando las cejas.

Ambos asienten, y, sin más, entramos en el edificio.

La sala de reuniones de Hatchards desprende ese aire clásico y elegante que uno espera de un lugar como este: paneles de madera, sillones tapizados, una mesa alargada con jarras de cristal y ese inconfundible olor a papel nuevo mezclado con un leve aroma afrutado.

Roselyn nos recibe con una sonrisa comedida. No demasiado cálida, pero tampoco fría. De esas que te hacen pensar: «Vale, que esto salga bien depende solo de nosotros».

—Gracias por venir —dice, invitándonos a tomar asiento—. He leído el dosier que me habéis enviado y debo admitir que ha despertado mi total interés. Pero quiero escucharos, comprobar si el proyecto tiene el peso necesario para presentarlo ante el departamento de ventas.

—Por supuesto, es comprensible.

—Si no os importa, voy a grabar la reunión. Quiero que, además del material enviado, el comité pueda juzgar también la presentación.

Miranda, Elliot y yo asentimos. A estas alturas, no estamos en posición de negarnos, menos aún si es la única oportunidad real que tenemos.

—Adelante —decimos casi al unísono.

Y no hace falta repetirlo.

Miranda abre la carpeta con los documentos que preparamos ayer. Yo enciendo la tablet y lanzo la presentación interactiva. Mientras ella expone los puntos clave, yo complemento con datos que refuerzan cada una de sus afirmaciones.

Hablamos sobre la novela de Elliot, sobre el universo de *Las sombras del jardín de vidrio*, sobre Ivy, su protagonista, y cómo su evolución refleja muchas de las luchas que atraviesan los jóvenes hoy en día. Mencionamos el evento en la librería de mi madre, las encuestas realizadas, las reacciones en redes sociales. Mostramos una gráfica sobre el alcance de la campaña, el crecimiento del hashtag #JardínDeCristal y un breve vídeo con escenas del evento que organizamos, en el que se ve al público emocionado mientras Elliot lee en voz alta un fragmento del libro.

Luego le cedemos la palabra a él, porque como autor debe defender su historia con el corazón. Y Elliot se entrega por completo. Al principio, la voz le tiembla por los nervios, pero después gana firmeza y transmite toda su pasión. Por un momento, Roselyn deja de tomar notas y se limita a escuchar y así se mantiene hasta que concluimos y la sala queda en un silencio denso.

—Me gusta —declara finalmente—. No es común recibir propuestas con este nivel de detalle. Pero… si fuera por mí, ya tendríamos un contrato firmado. Lamentablemente, no depende solo de mí.

«Eso ya lo suponíamos.»

—Lo que puedo hacer —prosigue— es llevar esto al departamento. Presentaré toda la propuesta, incluyendo los datos, esta grabación y el dosier completo —añade, esbozando una leve

sonrisa que me infunde algo de esperanza—. Después, la decisión será de ellos.

—Le agradecemos mucho su tiempo y su atención.

Roselyn nos despide con la promesa de tener una respuesta en menos de una semana. Y salimos de allí con la sensación de habernos dejado el alma sobre esa mesa.

. . .

—Ha salido bien —comenta Elliot, esbozando una sonrisa temblorosa al salir a la calle—. ¿Verdad?

—Ha salido genial. Y no lo digo por compromiso —le aseguro, dándole una palmada en el hombro.

—No os emocionéis tanto —interviene Miranda. Aunque su tono tiene una pizca de inseguridad, sé que por dentro siente lo mismo que nosotros—. Todavía no tenemos el sí.

—Pero… —digo, girándome hacia ella—, hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos.

—Eso es cierto, aunque no nos garantice nada.

Nos quedamos un momento de pie frente a Hatchards, en silencio, asimilando todo. Londres sigue su curso, ajena a lo que hemos dejado dentro de esas paredes, pero los tres sabemos que lo hemos hecho lo mejor posible. Ahora, solo queda esperar que el universo haga su parte.

Elliot se despide. Tiene que tomar el tren de regreso a Cambridge, y lo hace con una sonrisa esperanzada. Miranda y yo nos quedamos un poco más, contemplando la fachada de la librería.

—¿Sabes? A veces me planteo crear una editorial en la que todos los autores como Elliot puedan tener la oportunidad de publicar —comento de pronto, sin mirarla directamente—. El mundo editorial pone tantas trabas a quienes están empezando, que a veces hasta yo me desanimo. Esto ya no es como antes, y es absurdo, porque eso significa que mucha gente se pierde historias maravillosas.

Miranda me observa. No habla, pero su mirada lo dice todo: piensa igual que yo.

Llevamos años en esto. Conocemos de sobra cuántas historias se han rechazado no por falta de calidad, sino porque no encajaban con lo que dicta el mercado o la línea editorial. El auge de los escritores autopublicados es la mejor prueba de ello.

—Lograremos que esta historia salga adelante —aseguro.

—Lo increíble es que hayamos llegado tan lejos —dice ella mirándome a los ojos.

—¿En general? ¿Con el libro? O ¿tú y yo…?

Ella se ríe, muy en serio. Y eso, ahora mismo, me vale más que cualquier negociación con cualquier comité editorial del mundo.

—Con todo —responde al fin—. No pensé que lograría soportarte. Y ahora…

—¿Ahora?

—Ahora solo me dan ganas de besarte.

«Ya estabas tardando», pienso, hasta que lo hace, joder que si lo hace. Ahí, en mitad de la calle, frente a la puerta de Hatchards

donde nuestras oportunidades penden de un hilo y donde nuestro futuro como editoras de Apex está cada vez más escrito.



CAPÍTULO 27

MIRANDA

2 de mayo de 2025.

El olor a café recién molido debería bastar para espabilarme, pero ya voy por la tercera taza del día y mi mente continúa dando vueltas sin parar. He pasado la mañana ayudando a Andrew y a Penélope en la cafetería porque —en un arrebato de bondad, culpa o simple necesidad de distraerme— decidí tomarme unas horas libres. Es viernes, y las oficinas de Apex siempre funcionan a medio gas. Técnicamente, estoy siendo razonable y no traiciono mi ética profesional, pero incluso mientras friego tazas y repongo servilleteros, mi cabeza está en otro sitio.

Más concretamente, en una cama. Arrancando una sudadera con un gato leyendo, con unas manos cálidas y firmes, provocando una sonrisa que todavía me hace temblar.

—Vale, ya es oficial —afirma Andrew, observándome desde detrás del mostrador mientras se ajusta el delantal como si fuera un cinturón de superhéroe—. ¿Qué narices te pasa?

—¿Perdón?

—Estás... sonriente. Suelta, incluso. Y no te atrevas a negarlo —añade, señalándome con el dedo—. ¿Quién eres y qué has hecho con mi hermana?

—No estoy sonriendo.

—Estabas tarareando, Miranda. Tú. Y, más concretamente, canturreabas una canción de Beyoncé hace un rato, así que ya estás largando lo que ha pasado.

—Ha sido un lapsus —musito, centrando de nuevo mi atención en alinear las tazas con precisión dentro del armario.

Desde luego, nunca lograré que Andrew sea tan ordenado como yo.

—Yo creo que ha sido una epifanía hormonal —interviene Penélope desde la cocina, apareciendo con una bandeja de cruasanes como si llevara un tesoro—. O has tenido una revelación… o te has acostado con alguien.

«Joder, si lo sé, no vengo». Carraspeo tan fuerte que casi me atraganto con mi propia saliva, y justo entonces Andrew lanza un grito agudo. Menos mal que la cafetería sigue vacía.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que algo pasaba! ¡Tienes ese brillo en los ojos de haber echado un buen polvo!

—No digas tonterías.

—¡Que sí! Y está claro que es lo que pasa, porque no lo has negado, querida hermanita. Vamos, suéltalo —exige, cruzando los brazos como si estuviera interrogando a una sospechosa en una serie de polis—. ¿Ha sido con ella? —agrega, arqueando las cejas con diversión.

Intento resistirme. Juro que lo intento. Pero entre el aroma a cruasanes, sus miradas expectantes y mi estado emocional... cedo.

—¡Sí, vale, me he acostado con Kelsey! —grito, y exhalo un suspiro poco después.

Andrew y Penélope se quedan congelados por un segundo y luego, mi hermano aplaude como si acabara de presenciar el mejor espectáculo del mundo.

—¡Joder, lo sabía! ¡Sabía que no era solo tensión laboral! ¡Esto es mejor que un capítulo de Valle Salvaje!

«De tal palo…»

—Andrew, por favor...

—¡No, no! Esto merece una celebración. Pero antes… —Aquí viene el resto del interrogatorio. Andrew apoya los codos en la barra y deja caer la barbilla sobre las manos—. ¿Fue bueno? ¿Apasionado? ¿Hubo música? ¡Dime que hubo música!

—No hubo música, su compañero de piso estaba en casa —respondo, llevándome una mano a la cara—. Y no es algo de lo que quiera hablar con mi hermano.

Penélope sonríe, aunque por una vez en la vida, no se pone del lado de Andrew ni trata de avergonzarme.

—¿Te gusta?

Guardo silencio unos instantes. Porque esa palabra, «gustar», se me queda corta. Lo que siento por Kelsey no es una simple simpatía laboral que se ha ido transformando. Es fuego, sí. Pero también una serenidad que me ha tomado por sorpresa. Es esa forma suya de mirar el mundo con ilusión, de desafiarme sin miedo… Es lo que

ocurre cuando dejas de huir de lo evidente. Por muchas novelas románticas que hayas leído.

Que no es mi caso, claro.

—Sí —respondo al fin—. Me gusta. Muchísimo. Y eso es un problema.

Andrew deja de sonreír.

—¿Por qué?

—Porque esto… —Hago un gesto vago en el aire, como si pudiera encapsular lo que hay entre Kelsey y yo en un círculo imaginario—, está ocurriendo justo cuando nuestra carrera depende de que el libro de Elliot funcione. No puedo permitirme perder la concentración ni un segundo. Ya cometí ese error una vez.

Mi cuñada se lleva un pedazo de cruasán a la boca y me observa en silencio.

—¿Hablas de...?

—El sector editorial puede ser muy cruel —la interrumpo, antes de que diga ese maldito nombre—. Ya me utilizaron para escalar y lograr la publicación de un libro mediocre que llegó a contactos, acuerdos y premios gracias a mí. Que me dejara justo después de firmar con una gran agencia no fue precisamente romántico, y no quiero que la historia se repita.

—Pero Kelsey no es esa zorra —me recuerda Andrew.

Y después se queda callado.

—Puede ser. Pero ya me han engañado dos veces —añado, cruzándome de brazos—. En menos de cinco años. Así que sí, puede

que no sea la mujer más abierta del mundo, pero tengo mis motivos para ir con cautela.

Como siempre, mi hermano es capaz de encontrar el lado bueno incluso en medio de un huracán, y sé que conmigo no va a hacer una excepción.

—Entonces deberías alegrarte de que Kelsey es diferente, porque ambos sabemos que no se parece en nada a esa arpía —comenta, sin borrar la sonrisa—. Vamos, si fuera una traidora, no te habría metido de lleno en su mundo —me recuerda con picardía. «Para qué le cuento nada»—. Y estoy convencido de que se está esforzando mucho para que tú también te quedes en Apex. Eso es amor del bueno.

—Yo creo que no deberías elegir entre tu carrera y tu relación con ella. No si es la relación adecuada —añade Penélope.

—¿Y si no lo es?

—¿Y si por una vez no te saboteas? —responde mi cuñada, mirándome con esa mirada tan clara que siempre logra desarmarme —. ¿Y si simplemente… dejas que funcione?

No les respondo, porque no sé qué decir. Así que me limito a seguir con lo que había venido a hacer. Cuando termino de limpiar la barra y el reloj marca la una de la tarde, cojo el teléfono. Por mucho que trate de negarlo, tengo muy claro lo que quiero hacer.

> **Miranda:** ¿Estás en Apex?
>
> **Kelsey:** Desde hace una hora. Diana ha traído donuts y ya me comí dos. ¡Auxilio!

La carcajada se me escapa sin remedio, y Andrew y Penélope la detectan al instante.

Miranda: ¿Quieres que quedemos esta noche?

Kelsey: ¿Para seguir con el trabajo?

Miranda: No, para pasar un rato juntas. Una cita.

Me tiemblan los dedos durante los cinco segundos que tarda en llegar su respuesta.

Kelsey: ¿Lo dices en serio?

Miranda: Sí. Y no es negociable. Podríamos ir a la bolera; por mi salud emocional necesito verte fallar en público.

Kelsey: Ya veremos, voy a arrasar.

Miranda: ¿Apostamos? Apostamos. En un rato paso por la oficina. No te comas más donuts.

—¿Kelsey? —inquiere Andrew con un codazo cómplice y esa sonrisa que anuncia intenciones más allá de una mera curiosidad.

—Te has dejado mesas mesas sin recoger —le respondo, esquivando su mirada.

Guardo el teléfono y respiro profundamente. Podría haberme puesto a analizar la situación o sacado alguna de mis múltiples excusas para quedarme en mi cueva —donde todavía tengo el capítulo de *Love is Blind* a mitad—, pero entonces me acuerdo de la risa de Kelsey, de sus dedos en mi cintura, del calor de su cama...

Y decido que, esta vez, no voy a dejar que el miedo me frene. Que voy a intentarlo, que voy a avanzar para ver adónde nos lleva esto. Y si en algún momento nos encontramos con algo incómodo, pues que así sea.

Porque sí, la vida es complicada. Y el trabajo también. Pero he encontrado algo que me gusta, que me gusta de verdad. Y no tengo intención de dejarlo escapar por una posibilidad entre un millón de que algo salga mal.



CAPÍTULO 28

KELSEY

Horas más tarde…

Cuando recibí el mensaje de Miranda diciendo que esta noche tendremos una cita —una cita de verdad, sin el estrés del trabajo de por medio—, tuve que leerlo tres veces para creerlo. Pensé que quizá, después de los tres donuts que me he comido, fue producto de un subidón de azúcar, pero no, es totalmente real. Quiere que vayamos a la bolera, que la vea perder en público… y, sin embargo, lo que yo deseo es besarla y llevármela a la cama. Bueno, y también dejarle claro que con Kelsey Doyle no se juega.

Con la emoción instalada oficialmente en el pecho, salgo de Apex a toda prisa, casi tropezando con la puerta giratoria, después de no haberla visto en casi toda la tarde por culpa de varias reuniones. No tengo tiempo de volver a casa, pero la librería de mi madre no está lejos, y allí suelo tener algo de ropa. Pequeñas manías adoptadas, como la de no llevar lo mismo durante todo el día. Es mi primera cita con Miranda. Y no puedo permitirme aparecer con el blazer de coderas marrones.

El sonido de la campanilla anuncia mi llegada a la librería minutos después. Mi madre está ocupada con un cliente, y es Jeremy quien me ve correr —literalmente— hacia la trastienda desde el mostrador. Mientras me despojo de lo que llevo puesto y dudo entre una camiseta de David Bowie y una blusa verde botella, él aparece y se apoya en el marco de la puerta como un espectador curioso.

—¿Adónde vas con tanta prisa? Es la primera vez que te veo correr así.

—Tengo una cita con Miranda y no me da tiempo de pasar por casa. ¿Esta o esta? —le pregunto, levantando las dos prendas. En este momento, él es la única persona que puede sacarme del dilema.

—¿Quieres seducirla o formar una banda con ella? —ironiza, señalando la blusa—. Esa te deja un escote decente, y después de lo que me contaste esta mañana, dudo que quiera ver otra cosa que no sean tus tetas.

—Vamos a una bolera, así que será mejor que se concentre en los bolos. No quiero que lance a otra pista y terminemos con un problema.

Con la blusa elegida en la mano, me meto en el pequeño baño que mi madre tiene en la librería y empiezo a cambiarme. Agradezco el día que se me ocurrió dejar un neceser con artículos de emergencia, porque en cuestión de minutos, paso de ser una Kelsey desarreglada a una Kelsey mucho más… «¿Normal?»

—¿Vas a contarme cómo fue la otra noche o me vas a hacer suplicar?

—No pienso darte ningún detalle más de lo que ya te he contado —respondo mientras me maquillo los labios—. Además, no tengo tiempo. Miranda dijo que llegaría «en un rato», y no tengo idea de cuánto tiempo significa eso exactamente.

—Ajá. Mejor dilo claro, me quieres dejar con la intriga…

—Intriga tengo yo —le confieso de pronto, sacando la cabeza por la puerta del baño—. Miranda es… increíble.

—Solo hay que verte la cara —comenta, cruzándose de brazos —. Así que, oficialmente, has sellado un pacto con la que antes era tu enemiga.

—Nunca fue mi enemiga, solo nos odiábamos un poco. Más bien ella —lo corrijo, mientras aliso la blusa con ambas manos—. Y sí. Lo nuestro… no es solo por el tiempo que hemos pasado juntas.

—¿Entonces ya hay un «lo nuestro»?

—Supongo que sí… —digo, no del todo segura—. Pero por ahora solo quiero disfrutar de esta cita. ¿Tú te imaginas a Miranda en una bolera?

—Ni siquiera sabía que era capaz de reír hasta la noche de la lectura que organizasteis.

Soy yo quien se ríe esta vez, y luego sonrío. Porque sí, yo también pensé que Miranda era de hielo, que no había forma de romper esa coraza de «editora suprema» en la que vivía encerrada. Pero ahora sé que es mucho más que eso, y ese pensamiento me provoca un cosquilleo en el estómago. Un cosquilleo del bueno.

—Me alegra verte tan feliz.

—En realidad, estoy muerta de miedo —confieso mientras me recojo mejor el pelo—. Pero también estoy feliz.

—Pues disfruta la noche y haz que Miranda Harper se enamore perdidamente de ti. Pero, por favor, ponte algo de perfume. El amor puede ser ciego, pero el olfato no perdona, y tú… hueles a haber pasado el día entre libros.

Lo empujo suavemente hasta que termina cayendo de espaldas sobre unas cajas vacías, y salgo de la librería riendo, con una sonrisa en los labios y el corazón bailando dentro del pecho.

. . .

A pocos metros de llegar, entra un mensaje de Miranda preguntando dónde me he metido. Decido no responder y acelero el paso. No pasan muchos minutos antes de que la vea a lo lejos, de pie junto a la entrada, con un abrigo largo que le llega casi a las rodillas, el pelo recogido de manera imperfecta y esa mirada atenta que parece captarlo todo a su alrededor. Siento que el corazón se lanza a correr por su cuenta, y me tomo un instante, solo unos segundos, para observarla. Lo he hecho mil veces antes, pero esta vez con una intención distinta: la de grabar su belleza, esa que ha ido mostrándome con el paso de las semanas.

Sin pensarlo demasiado —porque cuando lo hago, tiendo a decir o hacer tonterías—, cruzo la calle, llego hasta ella y la beso. Así, sin previo aviso. Un beso rápido, pero intenso. Miranda se queda quieta un instante, probablemente porque no esperaba tanta efusividad, pero en cuanto sus ojos se encuentran con los míos, sonríe con esa media sonrisa suya que me deja temblando las rodillas.

—¿Cuántos donuts de chocolate te comiste al final? —pregunta, arqueando una ceja—. No me dio tiempo de comprobarlo y tus labios todavía saben a azúcar.

—Ya te dije que dos —respondo, levantando los dedos. Luego alzo otro con gesto culpable—. Vale… tres. O puede que un poco más. Pero es culpa de Diana, por traer esos con glaseado rosa que me vuelven loca, y no pude resistirme.

Miranda se ríe, con calma, como si no hubiera prisa en el mundo. Y por un segundo, pienso que su risa es justo lo que me hacía falta para que este día fuese perfecto.

—Pues yo he tenido un montón de reuniones virtuales, por eso no me ha dado tiempo de pasar a saludar. Ya podrías haberme guardado un donut, al menos —me reprocha con falsa indignación, aunque de inmediato se contradice con un gesto.

—La próxima vez invito yo —respondo, tomándola del brazo—. ¿Nos vamos? Quiero comprobar si tu lado competitivo es tan atractivo en la bolera como en la oficina.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto. —Le lanzo una mirada insinuante—. Además, no estoy aquí para perder. Aunque tú te lo propongas.

—Pues vas a hacerlo.

No sabría decir cuánto tardamos en llegar a la bolera. Las luces de neón, el aroma a palomitas, la música vibrante de fondo... Todo el ambiente invita a relajarse y divertirse. Después de alquilar los zapatos y que nos asignen una pista, nos ponemos a buscar la bola perfecta. Me resulta curioso, pero el proceso se parece bastante a

elegir un manuscrito: solo que aquí es más redondo, más brillante y más pesado.

Mientras Miranda escoge la suya con esa expresión de concentración que me derrite por dentro, me doy cuenta de algo importante: esta cita, este momento, *nosotras*, es lo más auténtico que he sentido en mucho tiempo. Y eso que apenas llevamos unos días…

Nuestra pista, la número 4, tiene las luces más intermitentes, una máquina de algodón de azúcar —que ya he saqueado— justo enfrente, y una bola naranja fluorescente que parece tener voluntad propia.

Tras tres partidas, ninguna supera los 120 puntos. A ratos parece que jugamos con los ojos vendados, y en otros momentos, como si hubiéramos nacido para derribar bolos. Aunque, siendo sincera, me estoy divirtiendo tanto que, si alguien me dijera al oído que estamos haciendo el ridículo, solo respondería: «¿Y qué? Lo único que importa es cuánto estamos sonriendo».

Miranda, en cambio, se toma el juego con la seriedad de una golfista profesional. Durante toda la partida mantiene esa mezcla de concentración y leve frustración que me resulta irresistible. Lleva puestos unos vaqueros oscuros y una camiseta blanca con el escote ligeramente caído. Lo juro, ni una modelo en plena pasarela me habría dejado tan embelesada.

—¡Maldita sea!

Su queja me devuelve a la realidad. Solo ha derribado un bolo. Es mi turno, así que me levanto con decisión y le dedico una sonrisa juguetona.

—Se me acaba de ocurrir algo.

—¿Un hechizo para impedirme tocar ni un solo bolo? —replica, con tono burlón esta vez.

—Una apuesta —anuncio, cruzándome de brazos—. La que gane esta partida decide qué hacer el resto de la noche.

Miranda se detiene a medio camino de la mesa donde están los refrescos y las patatas con salsa que pedimos para matar el hambre.

—¿Toda la noche?

Asiento con firmeza.

—Una única decisión. Sin discusiones. La ganadora manda.

—¿Y la que pierda?

—Pues le toca aguantarse.

Vacila por un momento, y luego, como si ya estuviera segura de su victoria, acepta con un movimiento de cabeza.

—Trato hecho.

—¡Perfecto! —exclamo, haciendo un pequeño bailecito mientras saco su bola del raíl y se la entrego—. Le toca, señorita Harper.

Su primer lanzamiento va directo al alma: un nueve que podría haber sido un pleno. Vuelve a su asiento con paso seguro, como si acabara de cerrar un contrato millonario, y se sienta sin decir nada, pero con esa sonrisita reservada para cuando sabe que lleva la ventaja.

Yo, por mi parte, tumbo cinco. Y después tres. Pero lo celebro como si hubiera ganado un premio internacional. Salto por la pista,

levanto los brazos y hago reverencias exageradas frente a los bolos caídos. Su expresión lo dice todo: no puede creer lo que está viendo.

—¿Eso cuenta como estrategia psicológica?

—¿Lo mío o lo tuyo? Porque esas cejas fruncidas también me están intimidando —digo, señalándola con dramatismo.

Ambas soltamos una carcajada.

Para el tercer turno ya nos movemos casi como si estuviéramos coreografiadas. La apuesta pasa a segundo plano y nos concentramos en celebrar cada strike —solo conseguimos tres en total— como si hubiéramos ganado un campeonato mundial.

Pero en una de esas rondas, cuando Miranda se agacha para escoger su bola, me acerco por detrás, le pongo la mano en la cintura y la giro hacia mí.

—¿Qué haces?

—Es que me ha entrado antojo de algo…

Y, sin más, la beso. Esta vez con calma, como si con mis labios pudiera decirle cuánto me gusta estar aquí, con ella, compartiendo este instante. Al separarme, no me alejo del todo. La mano que acariciaba su mejilla ahora roza su cuello con suavidad, y ella me responde con una sonrisa medio boba que me derrite.

—¿Así piensas evitar que gane? —susurra cerca de mí—. Si tu idea es atontar mis neuronas, te va a costar un poco más.

—¿Estás segura?

Nadie me gana en el arte de la provocación, y cuando le muerdo con delicadeza el labio inferior, estirándolo un poco, sé que no solo

estoy ganando esta partida, sino llevándome el premio mayor por partida doble.

Por mucho que Miranda intenta remontar, la última ronda me pertenece. Lanzo un ocho que, aunque torcido, se convierte en mi mejor jugada de la noche. Gano por cinco puntos.

—No me lo puedo creer —comenta, cruzándose de brazos, con las mejillas sonrojadas.

—Una apuesta es una apuesta, Harper —respondo, estirándome como si acabara de correr un maratón.

—¿Y bien? —inquiere con esa mezcla de resignación y picardía que me enloquece—. ¿Qué has decidido para «el resto de la noche»?

Me acerco lentamente, coloco las manos en su cintura y la acerco a mí con cuidado.

—Tú ya estuviste en mi casa —susurro—. Es hora de que me muestres la tuya. Y que pasemos allí la noche.

Ella no dice nada. Solo me mira y luego, sonríe.

—Me parece justo. Pero no prometo tener ganas de volver al trabajo mañana —admite, tomándome desprevenida.

—¿Tú negándote a trabajar? ¡Esto sí que es histórico!

—No, lo que es histórico es que me estoy enamorando de ti, Kelsey… —susurra rozando mis labios. Y luego me besa.

Escucharlo de su boca no solo me revuelve por dentro: lo vuelve todo más verdadero. Sella lo que yo misma siento y me hace imaginar —y desear, con fuerza— todo lo que está por venir en cuanto crucemos juntas la puerta de su casa.



CAPÍTULO 29

MIRANDA

Poco después…

Subimos al taxi con la risa todavía en los labios y el marcador de la bolera grabado en la memoria. Kelsey no deja de mirarme, como si no pudiera creerse que yo haya perdido la apuesta. Me esfuerzo por mantener un gesto fingido, como si el orgullo me doliera, aunque en realidad estoy con la tentación de sonreírle todo el camino a casa. No por haber perdido, sino porque he ganado en algo que no esperaba: verla así, tan contenta, tan libre… y tan mía, al menos por unas horas.

Cuando el coche se detiene frente a mi edificio en Osten Mews, en South Kensington, Kelsey se queda callada. Es su primera vez aquí. Y se nota. La observo mientras sus ojos recorren las fachadas, como si intentara encajar mi personalidad con el estilo del barrio. Subimos los dos tramos de escaleras sin decir una sola palabra —yo con un cosquilleo en el estómago—, y abro la puerta con esa mezcla de nervios e ilusión, como si estuviera revelándole mi secreto mejor guardado.

Ella entra despacio, con pasos medidos, observando cada rincón con la mirada bien abierta.

—¿Qué… es esto? —pregunta, alzando una ceja con una mezcla de asombro y fascinación.

«Mi casa. Eso es lo que es», pienso. Pero claro, estoy segura de que no es lo que ella esperaba.

—¿Qué tiene de raro?

—¡Todo! —exclama, riendo mientras gira sobre sí misma—. Hay plantas. Muchas plantas. Y cojines de colores. ¿Eso es una alfombra tejida a mano? —pregunta, señalando hacia el salón.

—Es de Marruecos —susurro, cerrando la puerta—. Me la regaló una autora.

—Pues… debo reconocer que no me lo esperaba para nada.

Kelsey me mira como si acabara de descubrir una dimensión oculta de mí, como si hubiera cruzado el umbral hacia un universo donde la Miranda que conocía es muy distinta a esta.

—Pensé que vivirías en un sitio blanco, pulcro, con libros ordenados por autor, editorial y fecha de publicación. Esto es… cálido. Tiene vida. Está lleno de carácter.

—Vamos, que pensabas que era una sosa —le reprocho, con media sonrisa.

Kelsey lanza un gritito y me mira directo a los ojos.

—¡Jamás he pensado eso de ti!

Me encojo de hombros, sin decidir si agradecerle o volver a preguntar por si acaso el vino o la adrenalina le están jugando una mala pasada.

—¿Te apetece una copa de vino? —propongo, «una gran idea».

—¿Me vas a sorprender más después de eso? —responde, señalando el tocadiscos antiguo que cuelga en la pared, justo frente al sofá.

—Solo si logras seguirme el ritmo —bromeo, y hasta me atrevo a guiñarle un ojo.

Abro una botella de Rioja que siempre reservo para ocasiones especiales —o crisis existenciales— y sirvo dos copas. Le hago una seña para que me acompañe al salón. Nos sentamos juntas en el sofá, que parece transportarla al paraíso apenas se deja caer sobre él. Kelsey se quita los zapatos y sube las piernas, como si ese sofá hubiera sido suyo desde siempre. Yo, en cambio, estoy tan tensa que siento que el cristal de la copa podría romperse si la aprieto con más fuerza.

—¿Estás bien? —pregunta, mirándome de reojo antes de darle un sorbo al vino.

—Sí. Bueno… no lo tengo muy claro.

—Miranda Harper, la editora más temida de Londres, está nerviosa. Qué tierna.

La fulmino con la mirada, pero no puedo evitar que se me escape una sonrisa.

—Hace mucho que no traigo a nadie a casa —confieso, y doy un primer trago al vino para disimular la emoción.

—¿Mucho cuánto?

—Dos o tres años. Tal vez más.

Kelsey baja su copa, la apoya sobre la rodilla y me mira con esa expresión suya tan clara, tan directa, que me hace sentir como si pudiera desnudarme sin quitarme la ropa.

—¿Y por qué? ¿No has tenido durante este tiempo ninguna…?

Suspiro. Ya no tiene sentido evitarlo.

—Porque la última vez que lo hice fue un desastre —la interrumpo—. Me engañaron de la peor manera. Desde entonces, me cuesta confiar lo suficiente como para dejar entrar a alguien aquí… —Señalo el espacio a nuestro alrededor—, a este pedazo de mí que nadie conoce en la oficina.

Kelsey guarda silencio. Me escucha, simplemente. Y eso me alivia, o quizá me inquiete un poco más.

—Mi última relación terminó cuando descubrí que me usaban para escalar en el mundo editorial. Me hizo creer que me quería, pero lo que realmente deseaba era mi agenda, mis contactos. —Me río sin humor—. Y las anteriores… bueno, infidelidades, promesas incumplidas. Ya sabes, lo típico en la vida de una lesbiana como yo.

Ella se inclina, apoya una mano sobre la mía —que tiembla un poco en la copa— y me habla con una calma que me desarma.

—A mí me pareces brillante. Y muy humana —afirma, mirándome con sinceridad—. Eso es precisamente lo que te hace irresistible.

—¿Me estás seduciendo?

—No. Solo estoy viendo quién eres —susurra, antes de regalarme una sonrisa traviesa—. Bueno… tal vez sí te estoy seduciendo un poco.

No sé qué hacer con eso. Así que actúo antes de que la emoción me nuble por completo. Beso sus labios con suavidad, sin prisas, con el calor del vino aún en nuestras bocas. Es un beso sin urgencia, pero lleno de intención. Kelsey me corresponde con dulzura. Sus labios se mueven al compás de los míos, como cuando acaricio con devoción el lomo de un libro viejo. Y cuando nos separamos, dejo la copa sobre la mesa y murmuro, con los labios apenas rozando los suyos:

—¿Sabes? Una de mis cosas favoritas en una relación… es el desayuno con la persona que me hace sentir mariposas.

—¿Sí? —pregunta, sonriendo—. ¿Desayuno con tortitas?

—Desayuno de domingo, con café recién hecho y las piernas bien enredadas en la cama.

Kelsey me besa de nuevo. Y ese beso ya no tiene nada de tranquilo.

Nos dejamos caer en el sofá entre suspiros, risas contenidas, besos sin permisos y caricias sin justificación. Mis dedos suben por debajo de su camiseta, con lentitud y reverencia, mientras siento cómo su piel se eriza bajo mis manos. Ella se deshace de la mía con naturalidad, como si esa prenda le hubiera estado sobrando desde hace años. Nuestras piernas se entrelazan, buscando ese hueco perfecto donde las cosas encajan.

Me doy cuenta de que ella es hogar. Su risa entrecortada, sus gemidos suaves, sus manos firmes sujetándome por la cintura.

Siento su respiración cálida en mi cuello mientras mis dedos recorren el contorno de su espalda, ese mapa desconocido que, sin embargo, ya siento como mío. Sus labios descienden por mi clavícula

con la delicadeza de quien busca secretos, y cuando muerde con suavidad la curva de mi hombro, se me escapa un jadeo imposible de contener.

—Mh… —susurro, sin reconocer mi propia voz.

Kelsey se detiene un instante para mirarme. Hay algo feroz y tierno en su mirada, como si le importara cada milímetro de mi piel, cada estremecimiento que provoca en mí. Me acaricia con intención, con entrega, como quien al fin abre el libro que ha estado esperando durante demasiado tiempo. Su mano desciende por mi vientre, cálida, paciente, y yo arqueo la espalda, deseando más, queriéndolo todo.

Cuando sus dedos me rozan, el aire se queda atrapado en mi pecho. Se mueve con lentitud, con exquisita atención, y me observa mientras me disuelvo entre sus manos. Esa mirada me enciende más que cualquier palabra. Le sujeto la muñeca, no para detenerla, sino para sostenerme, para anclarme a ella y no perderme por completo en el vértigo del placer.

Mi cuerpo vibra con cada caricia, con cada movimiento preciso de sus dedos, con su boca rozando la mía y sus palabras —susurros apenas audibles— clavándose dentro de mí.

—Eres preciosa, Miranda… —dice en voz baja, y la pasión estalla como una llama viva.

Llego al orgasmo con la frente apoyada en su pecho, temblando, pronunciando su nombre como si temiera olvidarlo. Permanecemos en silencio, piel con piel, respirando al mismo ritmo. Paso la yema de los dedos por su mejilla, y ella cierra los ojos, como si ese gesto fuera todo lo que necesitara.

—¿Sabes? —susurra con una sonrisa somnolienta—. Esto supera cualquier desayuno con tortitas.

—Cállate —respondo, riendo suave contra su boca—. Aún no has probado mi café. Te prometo tostadas... y tus piernas enredadas con las mías.

—Perfecto —murmura.

Y en su voz encuentro una promesa que no me atrevo a pedir, pero que ya empiezo a sentir como cierta.



CAPÍTULO 30

KELSEY

6 de mayo de 2025.

Han pasado cuatro días. Noventa y seis horas —más o menos— desde que Miranda me llevó a su casa, me ofreció vino, me besó en su sofá y despertamos juntas en su cama. Desde entonces, he perdido la cuenta de los cafés que hemos compartido, de las películas que vimos abrazadas en su salón, y de las veces que he querido pellizcarme para comprobar que esto es real y no una de esas fantasías románticas provocadas por la falta de sueño y el exceso de novelas juveniles.

Miranda y yo estamos bien. En serio, bien *de verdad*. De esas veces en las que todo fluye de maravilla. En las que cada conversación se siente como descubrir un rincón nuevo de la persona que te gusta. Y lo más sorprendente no es solo que estemos funcionando… sino que el trabajo no se resiente. Las cosas siguen avanzando sin tropiezos.

Cuando esto comenzó, no podíamos ni vernos. Éramos como el agua y el aceite: completamente incompatibles. El panorama que teníamos delante parecía destinado al fracaso. Pero ahora, cuanto

más la miro, más claro tengo que quiero seguir a su lado. Con sus piernas entrelazadas con las mías, con una taza de su café favorito en la mano y sus labios recorriendo con calma la línea de mis hombros.

Esta mañana me desperté con una de sus camisetas puestas —porque sí, Miranda Harper también tiene camisetas, y muchas son aún más ridículas que las mías—, y el pelo hecho un desastre. Había dejado una nota avisando que saldría temprano rumbo a la oficina, y yo, en un impulso que podría calificar de romántico —o de novia— decidí pasar por una cafetería a comprarle un dulce y un café espumoso para el desayuno. Como hacen las parejas de verdad.

¿Eso es lo que somos ya? En fin… detalles.

—¿Sobornándome con café? —pregunta en cuanto aparezco por la puerta, levantando lo que llevo entre las manos.

—En realidad no. Más bien es una disculpa por esas ojeras que te estoy provocando.

Miranda sonríe, y cuando estoy a su lado, le regalo un beso en los labios. La verdad, no me importa si alguien nos ve. Todo lo demás desaparece: el despacho, los papeles, el ritmo de la oficina. Solo existimos ella y yo. Me dejo caer en la silla frente a su escritorio y, mientras la observo concentrada, siento —como una adolescente— esas ganas tontas de seguir besándola. Esas gafas que lleva… provocan en mí un deseo casi inmediato de acercarme de nuevo. Sé que tengo las hormonas disparadas, pero no puedo evitarlo. Después de estos días, mi cuerpo la extraña.

—Estaba pensando que podríamos ir a comer donde mi hermano —comento, mientras descubre que, dentro de la cajita que

le entregué, hay dos muffins de chocolate cubiertos con nubecitas rosas. Miranda sonríe y se muerde el labio—. ¿Voy a tener que acostumbrarme a esto?

—Te recuerdo que no te negaste a probar el latte unicornio la otra vez.

—Todavía tengo el sabor en la boca —responde, y me guiña un ojo.

—Pues cualquier día de estos, te...

Una notificación de correo me interrumpe. Al ver el nombre del remitente, me quedo helada. Como si me hubieran disparado directo al corazón.

—¿Qué pasa? —pregunta Miranda, notando mi reacción.

—Es de Hatchards —respondo, sin apartar la vista de la pantalla.

—¿Y?

—No sé… me da miedo abrirlo.

Miranda se levanta, me quita el teléfono con rapidez y, mientras sus ojos recorren la pantalla con la misma intensidad que yo leo una escena subida de tono, mi corazón late con fuerza.

Tardo apenas dos segundos en levantarme y colocarme detrás de ella para leer el correo por encima de su hombro. Está completamente rígida.

📧 De: Charlotte West

📧 Asunto: Posible colaboración con Hatchards

Estimadas Kelsey Doyle y Miranda Harper:

Gracias por hacernos llegar vuestra propuesta para *Las sombras del jardín de vidrio* al departamento de venta. Después de revisar el material, la grabación y vuestro informe, estamos interesados en concertar una reunión para discutir opciones de colaboración.

Además, si el autor está disponible, nos gustaría organizar un pequeño evento en nuestra sucursal de Marylebone para evaluar la respuesta del público antes de considerar una posible preventa del libro.

Avisadme si esto os interesa y coordinamos detalles.

Saludos, Charlotte West.

Hatchards

—No puede ser…

—¡Quieren organizar un evento en Marylebone! Están interesados. ¡Quieren colaborar con nosotras! —grito, provocando que Miranda salga de su estado de shock.

—¡Esto es increíble…!

—¡LO HEMOS CONSEGUIDO!

Nos lanzamos a un abrazo descontrolado en medio del despacho. El café, la puerta, la gente… todo desaparece. Nuestros labios se encuentran con fuerza, con esa alegría explosiva que solo aparece cuando sientes que todo tu esfuerzo por fin da sus frutos.

Nos besamos como si el universo entero aprobara lo nuestro. Hasta que ocurre ese momento inevitable en el que la razón regresa y nos recuerda dónde estamos.

Miranda se aparta primero, con las mejillas encendidas y los ojos abiertos como platos.

—Estamos… en la oficina —susurra, con un hilo de voz.

—Mierda.

Las dos nos giramos al mismo tiempo y, efectivamente, Diana está del otro lado del cristal. Tiene una carpeta en la mano y la boca entreabierta, como si hubiera presenciado una escena sacada de una película.

—Bueno, supongo que tarde o temprano se iba a dar cuenta, ¿no crees?

Miranda retrocede aún más y se apresura a sentarse en su silla, del otro lado del escritorio. Yo intento recomponerme, aunque ya no estoy segura si lo que siento es vergüenza, emoción o una mezcla exacta de ambas.

—¿Tú crees que alguien más nos habrá visto? —pregunta, pasándose una mano por la frente—. Lo único que nos falta es tener un club de fans acechando la puerta.

—Tampoco exageres. Somos compañeras de trabajo. Peores cosas se han visto en esta industria.

—No puedo creer que hayan aceptado —repite, aún en shock—. ¿Sabes lo que significa?

El ambiente se carga con esa mezcla intensa de felicidad desbordante y miedo visceral. Porque sí, lo hemos logrado. Pero también hemos cruzado una línea que, al principio, parecía imposible siquiera imaginar cuando Tobias y Margaret nos confiaron este proyecto.

—Ya veremos qué es lo que pasa. Tú, por eso, no te preocupes.

—Claro que me preocupo —responde Miranda, soltando un suspiro mientras se pasa las manos por el pelo. Toda la magia de estos días parece haberse desvanecido con un simple correo electrónico—. No es como si, de repente, nuestro problema se

hubiera esfumado. Nuestro trabajo sigue en juego, no sabemos qué va a pasar cuando los sellos se unan y…

—¡Eh! Para un momento…

Me acerco sin pensarlo y le sujeto el rostro con ambas manos. Necesito que me mire, que me preste atención, que deje de cargar con el futuro y las mil posibilidades que no podemos controlar. Quiero que se olvide, aunque sea por un instante, de los sellos, de los autores, de las decisiones que aún no han llegado.

—Pase lo que pase, lo enfrentaremos juntas. Todo. Somos un equipo, ¿recuerdas?

—Por extraño que me pareciera al principio… tienes razón —susurra, rodeándome la cintura con sus brazos. Su gesto me arranca una sonrisa inmediata—. Tenemos que preparar todo para mostrárselo a Tobias y a Margaret. Pero, sinceramente, ahora mismo no tengo ni pizca de ganas.

—No te preocupes, yo me encargo. Además, te lo debo. Tú hiciste prácticamente toda la presentación para Hatchards —le recuerdo, con una mirada cómplice—. Pero por ahora, vamos a tomarnos este café y a decidir qué película vamos a ver esta noche. Porque me niego a soportar otro de esos thrillers llenos de tensión y crímenes imposibles.

—¿Quieres pasar la noche en mi casa?

Niego con la cabeza, sin dejar de mirarla.

—Quiero pasar *todo* el resto del día contigo —le susurro, y antes de que tenga tiempo de apartarse, la beso con suavidad—. Porque no pienso permitir que te vayas a la cama con esa cara de yogur agrio que se te ha quedado.



CAPÍTULO 31

MIRANDA

7 de mayo de 2025.

No puedo recordar la última vez que entré en la sala de juntas de Apex sin sentir un peso insoportable en el pecho. Pero esta mañana, con Kelsey a mi lado y los documentos de Hatchards bajo el brazo, esa ansiedad habitual ha sido reemplazada por algo completamente distinto: entusiasmo.

—Si Tobias no sonríe al menos una vez en esta reunión, prometo dejar de usar mi sudadera del gato lector —me susurra Kelsey mientras esperamos en la puerta, sujetando la carpeta con la presentación como si fuera nuestra mejor arma secreta.

La miro de reojo, intentando mantener la compostura, aunque —como siempre últimamente— termina haciéndome sonreír. Porque sí, no solo necesito que esto salga bien. Quiero que funcione. Quiero que Elliot tenga la oportunidad que se merece, pero también, con toda el alma, deseo ver feliz a Kelsey. Y ahora sé que ambas cosas no excluyen a la otra.

Cuando entramos, nuestro jefe ya está sentado en el extremo largo de la mesa con su habitual expresión impenetrable. Margaret

hojea unos documentos, aunque en cuanto levanta la vista, fija la mirada en nosotras como si ya supiera algo que aún no hemos dicho.

—Buenos días —saludo con serenidad, dejando sobre la mesa la carpeta con todos los informes que Kelsey recopiló ayer. Ella se sienta a mi lado y, por primera vez, no parece solo mi compañera de trabajo. Es mi aliada, parte de mi equipo.

Margaret asiente.

—¿Qué tenéis para enseñarnos?

—Hatchards ha expresado su interés —empieza Kelsey con una firmeza que me hace querer besarla aquí mismo—. Después de la presentación en su sede de Piccadilly, recibimos un correo de Charlotte West, encargada de captación de nuevos autores del departamento de ventas. No solo valoraron positivamente el manuscrito y el material que entregamos, sino que quieren organizar un evento piloto en su sucursal de Marylebone para medir la respuesta del público. Lo que significa que…

—…si todo sale bien, *Las sombras del jardín de vidrio* podría entrar en preventa a través de una de las marcas más antiguas y respetadas del país —concluyo.

Se produce un silencio que parece eterno. Margaret revisa los datos, los gráficos y las proyecciones de interés que incluimos. Tobias, como siempre, se quita las gafas y comienza a limpiarlas con esa lentitud deliberada que usa justo antes de dar un veredicto. Kelsey y yo mantenemos la postura firme, aunque debajo de la mesa siento nuestras piernas temblar al mismo ritmo.

Y entonces, sin previo aviso, Margaret sonríe. No de forma exagerada, pero lo suficiente como para saber que, en su escala emocional, eso equivale a un aplauso.

—Habéis hecho un gran trabajo.

Siento un pequeño salto en el pecho, y a mi lado, Kelsey aprieta con fuerza la carpeta que aún sostiene sobre las rodillas.

Tobias, sin volver a ponerse las gafas, asiente lentamente. No dice nada, pero que no contradiga a Margaret ya es una señal de victoria.

—Seguid adelante —dice al fin, y tengo la sensación de que el suelo bajo mis pies se ha movido. Esta es la confirmación que tanto tiempo llevábamos esperando—. Contactad con Hatchards para coordinar el evento cuanto antes y mantenednos informados. Si todo sigue esta línea… podríamos tener luz verde para una distribución más amplia.

Kelsey alza las cejas, sorprendida, y habla antes de que yo logre reaccionar.

—¿Quieres decir que… el libro tiene posibilidades reales de entrar en el catálogo general de Apex?

Tobias nos dedica una mirada breve, pero cargada de intención.

—Si los datos que recojáis en el evento son tan sólidos como los de la lectura, y si las preventas superan nuestras previsiones mínimas… sí.

—¿Y existe una meta concreta con la que debamos trabajar? —pregunto, procurando no sonar demasiado impaciente, aunque ambas sabemos que necesitamos esa referencia.

Margaret levanta la mirada del informe.

—Queremos al menos un treinta por ciento de conversión entre los asistentes. Eso indicaría un interés real, un compromiso del lector. Y si conseguimos que Hatchards se implique más activamente en la promoción…

—Podríamos plantear una primera tirada limitada, respaldada con una campaña conjunta —añade Tobias, cerrando la idea.

Kelsey y yo nos miramos por un instante. Una de esas miradas que no requieren palabras. Sabemos que estamos ante una verdadera oportunidad. Una que, hace apenas unas semanas, parecía impensable.

—Y sobre Elliot… —retoma Margaret, con un leve cambio en el tono—. ¿Está preparado para hablar en público? ¿Para presentarse como autor novel?

—Sí —responde Kelsey sin titubear—. Lo hemos estado preparando. Se siente mucho más seguro y está dispuesto a colaborar con el equipo de marketing. Incluso ha grabado una pequeña presentación en vídeo para redes sociales. Aún no la hemos publicado, pero os la enviaremos en cuanto esté editada.

—Bien —comenta Tobias, ahora sí colocándose las gafas—. Lo último que necesitamos es una buena historia mal contada por su propio autor.

—Lo entiendo —intervengo—. Pero Elliot tiene algo que, en otros tiempos, Apex habría sabido reconocer de inmediato.

Ambos me observan con atención. Puede que mi comentario no les encante, pero sigo adelante.

—No solo tiene talento, sino una capacidad de conexión con los lectores que hacía mucho no veía. Si el público responde como lo hizo en la librería, no habrá lugar a dudas.

Margaret cierra la carpeta con un gesto firme y se inclina hacia nosotras, entrelazando los dedos sobre la mesa.

—Habéis hecho un trabajo excelente. No solo por convencer a Hatchards, sino por mantener el equilibrio entre el riesgo y la estrategia. Sabéis que esto no era fácil.

—Siempre lo hemos tenido muy claro —le respondo, aunque no puedo evitar que la emoción se filtre en mi voz.

—Conseguid que ese evento funcione —añade Tobias—. Si todo sale bien… no solo consideraremos la publicación del libro, sino también el relanzamiento del nuevo sello bajo vuestra dirección compartida. Tal y como prometimos.

—¿Hablas en serio? —pregunta Kelsey, con una mezcla de incredulidad y esperanza.

Tobias se limita a asentir. Margaret, por su parte, nos observa como quien ha vislumbrado algo desde el inicio y ahora lo ve materializarse.

—Si convertís este proyecto en un caso de éxito, no solo nos interesará el libro. Nos interesará la sinergia que habéis construido. La manera en que habéis demostrado que podéis trabajar juntas, y encontrar verdaderas joyas literarias.

No sé si es por los nervios, la euforia o el simple asombro, pero un nudo se forma en mi garganta, impidiéndome hablar por unos segundos. Y eso, viniendo de mí, es bastante inusual.

—Gracias —consigo decir al fin—. No os vamos a decepcionar.

—Eso esperamos —añade Tobias, aunque por una vez su tono es más neutral que severo.

Nos levantamos, recogemos nuestras cosas y salimos de la sala —al menos yo— con las piernas aún entumecidas por la tensión, que poco a poco comienza a disiparse. Intento no dejarme arrastrar por el entusiasmo contagioso de Kelsey ni correr por el pasillo gritando de emoción… aunque ganas no me faltan. En cuanto cruzamos la puerta, ella se gira hacia mí con los ojos muy abiertos.

—¿Lo has visto? Tobias ha dicho que lo hemos hecho bien sin perder la compostura.

—En realidad, eso lo dijo Margaret —respondo, sonriendo.

—Déjame ser feliz.

No me contengo más y la abrazo justo ahí. Es un gesto rápido, pero en el que se concentra toda la alegría que ya quiero celebrar con ella más tarde.

—Ve a contactar a Charlotte —le digo al separarnos—. Asegúrate de que te confirmen una fecha lo antes posible.

—Sí, jefa —responde con picardía.

Se marcha con esa sonrisa que ya no intento evitar mirar. Yo me dirijo hacia el área común con el paso más ligero que he tenido en semanas, libre por fin de ese peso que llevaba a cuestas. Al menos, hasta que me cruzo con Diana.

—Mírate… —dice al verme, cruzándose de brazos—. La editora más exigente de Apex sonriendo antes de las diez de la mañana. Esto sí que es un hito.

—¿Tienes un minuto? —le pregunto, bajando un poco el tono.

Asiente, y caminamos juntas hacia su escritorio. Me siento frente a ella y, por un instante, me debato entre hablar del proyecto o tener una conversación más personal. De esas que se dan entre amigas, aunque nunca hayamos usado esa palabra desde que empezamos a trabajar juntas.

—¿Has notado que todo esto… funciona? —murmuro, con un hilo de voz. Incluso me siento un poco ridícula al decirlo, y el rubor sube inevitablemente a mis mejillas—. Kelsey y yo. No solo como equipo. Como… nosotras.

Diana alza una ceja, divertida.

—¿«Nosotras» como sinónimo de productividad o como eufemismo de «te juro que no la he vuelto a besar en el despacho»?

—Diana…

—Lo sé, lo sé —se disculpa, alzando las manos—. No puedo evitarlo. Ayer se os vio bastante acarameladas, y la verdad… también se os ve muy bien juntas.

Suelto un suspiro y dejo caer las manos sobre mis rodillas.

—Al principio pensaba que era una amenaza. Alguien que venía a invadir mi espacio, mi forma de hacer las cosas. Pero ahora… después de ver cómo hemos sacado esto adelante, de lo mucho que ha crecido, y lo fácil que ha sido para mí hacerlo a su lado… Creo que podríamos dirigir ese sello juntas. Y no matarnos en el intento.

—Vaya, vaya, Miranda Harper reconociendo que puede trabajar con alguien sin controlar cada detalle —me dice, sin rastro de burla

—. Eso es un gol para Kelsey. Y también por lograr que leas más historias románticas.

—Ugh, cállate, que al final me haces cambiar de opinión —bromeo.

—Tranquila, no lo haré. Pero si me preguntas, yo creo que no solo puedes trabajar con ella… creo que lo vuestro va para largo.

Antes de que pueda contestar, mi móvil vibra. Es un mensaje de Kelsey.

> **Kelsey:** Tenemos confirmación. Reunión este viernes a las 10:30. Y si todo va bien, el evento será el domingo de la semana que viene. Tenemos algo más de siete días para que todo quede perfecto. ¿Te parece bien?
>
> **Miranda:** Más que suficiente. Lo haremos genial, ya lo verás.

Levanto la vista. Diana, que ha leído por encima del mensaje con un disimulo bastante pobre, sonríe.

—¿Sabes? —le digo mientras recojo mis cosas, lista para regresar al trabajo—. Nunca pensé que diría esto, pero… me siento feliz. Mucho más de lo que creía posible.

—Y se te nota en la mirada.

Salgo de la sala con una energía distinta. Kelsey me espera al otro lado del pasillo, con el teléfono en una mano y una sonrisa en los labios que dice más que cualquier palabra. Sé que aún tenemos mil cosas por hacer, que hay que coordinar con Elliot, organizar el evento, preparar materiales… pero, por primera vez, siento que lo que hemos construido no solo es fuerte. Es auténtico. Es real.

Y esta vez, no voy a sabotearme. No voy a permitir que el miedo me robe la oportunidad de disfrutarlo.



CAPÍTULO 32

KELSEY

Unas horas más tarde…

Después de la reunión con Tobias y Margaret, y de haber conseguido que Hatchards nos conceda una cita lo antes posible, sentí la necesidad de alejarme un poco de la oficina y visitar la librería de mamá. Esta vez fui sin Miranda, y aunque habría sido más sencillo —porque mi madre no ha dejado de preguntarme por ella—, me hizo bien. Me ayudó a darme cuenta de todo lo que hemos logrado desde que nos obligaron a trabajar juntas.

Me cuesta creer que ahora seamos una sola pieza. Que, después de aquel primer beso en la lectura, y de la primera vez que nos acostamos, ya no pueda vivir un solo momento sin sentir que su mirada me atraviesa y me enciende a partes iguales.

Le prometí a Miranda que más tarde nos veríamos para trabajar en lo que necesitamos preparar para la reunión. Y aquí estamos: sentadas en una mesa junto a una de esas enormes ventanas que dan a una calle semipeatonal de Notting Hill.

Aunque el paso de la gente es constante y el ruido se cuela por cada rincón, Miranda parece ajena a todo. Tiene los ojos fijos en la

pantalla de su portátil y un bolígrafo en la mano izquierda, con el que golpea rítmicamente su agenda. Su orden sigue siendo impecable. Basta con echar un vistazo a la forma en que organiza sus carpetas para entender que no exagero.

Yo, en cambio, soy un completo caos. Con una taza de café con leche con extra de espuma entre las manos y media porción de bizcocho glaseado de chocolate —porque la otra mitad ya no existe —, observo mi cuaderno lleno de pegatinas de frutas en la portada y sonrío. Somos muy diferentes, sí, pero hemos encontrado un equilibrio. Y eso, al final, es lo que cuenta.

—Que nos hayan dado carta blanca para hablar con Hatchards y aceptar lo que nos propongan es una locura —le comento, mientras mastico con cuidado—. Por un momento temí que Tobias soltara uno de sus gruñidos, ¿sabes?

Miranda no levanta la vista, pero su ceja derecha se arquea con precisión.

—Era imposible que se opusiera. Hatchards es una de las mejores. Si ellos se han interesado por la novela de Elliot… —responde, sin dejar de escribir—. Habría sido un error desaprovecharlo. Y Tobias, por más testarudo que sea, sabe que *Las sombras del jardín de vidrio* tiene potencial. Además, si está haciendo cuentas, sabe que Apex va a sacar buena ganancia de esto.

—Es que elegimos muy bien a nuestro próximo best seller —le doy un golpecito con mi rodilla—. Deberíamos celebrarlo. Antes de ir a tu casa, compramos una botella de champán y preparamos unas mimosas.

—¿Lo dices en serio?

—Nunca digo nada que no sea en serio.

Ella suspira, pero es uno de esos suspiros buenos. De los que van acompañados de esa mirada que significa «me estás volviendo loca y no quiero que pares».

Son las cuatro de la tarde, y aunque el cielo tiene ese gris típico de Londres, yo me siento peligrosamente optimista. En cuestión de días presentaremos el plan definitivo y, si todo sale como esperamos, Elliot tendrá su evento y nosotras nuestra victoria.

Apoyo el codo en la mesa y la observo. Miranda está completamente concentrada, con el dedo sobre un párrafo del documento y el ceño fruncido, como si descifrara un enigma que no termina de cuadrarle.

Y, sin pensarlo, las palabras se me escapan:

—Siempre he pensado que tienes un don.

Parpadea y me mira por encima del marco de sus gafas.

—¿Cómo?

—Eso. Que tienes un don para esto. Para detectar cuándo una historia funciona, para darle forma, para sacarle el mejor partido.

Se queda en silencio un instante. Creo que no está acostumbrada a recibir halagos sobre su forma de trabajar. O al menos, no sin un interés detrás.

—Gracias —dice al fin, con un leve carraspeo—. Aunque no sé si es un don. Más bien… una costumbre.

—¿Una costumbre?

—O una obsesión, si prefieres llamarlo así —responde, algo insegura—. Después de lo que pasó con mi ex, sentí que, si no me enfocaba al cien por cien en el trabajo, si no me volvía perfecta… me iba a romper en mil pedazos.

—¿Ella te hizo creer que no eras suficiente?

Asiente, con una tristeza suave en la mirada.

—Éramos un gran equipo. Yo era quien sostenía todo, quien corría de un lado a otro, quien conseguía las mejores oportunidades. Movía cielo y tierra para que aceptaran el manuscrito que más destacaba —me cuenta—. Pero cuando descubrí que solo me usaba, me vine abajo. Me obligué a exigirme aún más. Me volví incansable. Quería ser la editora que todos buscaran. Que nadie pudiera superar.

—Querías demostrar tu valor —aseguro, en voz baja. Ella asiente de nuevo—. Pues dile a esa imbécil que, sin querer, te convirtió en la mejor editora de la ciudad.

Las dos reímos, aunque no es solo una broma. Desde que llegué a Apex, ya sabía quién era Miranda. Conocía su trabajo, su reputación, los libros que había llevado al éxito y los títulos que se convirtieron en *best sellers*. Tiene una trayectoria impecable, pero ahora que ya no estamos compitiendo, ahora que somos un equipo —una pareja de verdad—, me parece aún más admirable.

—¿Recuerdas el día que llegué a Apex y hablamos por primera vez?

—¿Te refieres al día que me tiraste el café encima? —pregunta, dejando a un lado el trabajo y enfocando toda su atención en mí—. ¿Cómo olvidarlo? Me dejaste con la piel ardiendo.

—Qué exagerada —protesto, aunque su cara sigue igual de seria —. En mi defensa, diré que era joven, estaba nerviosa por conocerte… y tú imponías mucho. Me dabas miedo.

—Para mí, tú fuiste una amenaza desde el primer día.

—¿Yo? ¡Si apenas tenía un currículum en condiciones! —respondo con franqueza—. Tobias y Margaret me aceptaron porque, en la entrevista, fui muy… apasionada. Les mostré lo que la literatura significa para mí. Lo que vale una historia bien contada. Leo desde que tengo memoria, y creo que vieron en mí algo que merecía una oportunidad.

—Y no se equivocaron. Recuerda que tú eres la razón por la que estamos aquí —me dice, mirándome con una ternura que me desarma—. Fuiste tú quien supo que la novela de Elliot valía la pena. Fuiste tú quien me llevó al CornerClub, incluso sabiendo que podía negarme.

—Ese chico tiene magia. Y tú lo viste —sonrío—. Por eso lo aceptaste.

—Hay que estar ciego para no verlo.

Nos dejamos llevar por el silencio... y por el bizcocho de chocolate que aún no termino de comer.

—Si acabamos siendo jefas de nuestro propio sello, ¿me prometes que iremos más veces al CornerClub para descubrir nuevos autores? —pregunto con curiosidad.

—Solo si tú me prometes que aceptarás mis propuestas aunque no contengan romance ni fantasía en cada página.

—Supongo que no me queda otra. Además, así, cada vez que vayamos, podremos celebrar que ese lugar fue el inicio de lo nuestro.

—Y de una guerra por ver quién estaba más capacitada para hacer este trabajo.

—Sí, pero míranos ahora —le sonrío, y ella me aprieta los dedos con ternura.

Miranda cierra el portátil y me observa con esa seriedad tan suya que ya no me intimida, sino que me enternece.

—Vamos a hacerlo bien. Vamos a demostrar que esto no fue un golpe de suerte.

—Ha sido esfuerzo, pasión, amor… y un poco de chocolate glaseado —añado, dándole el mordisco final al bizcocho.

Ella niega con la cabeza, divertida, y se recuesta en el respaldo de su silla.

—No entiendo cómo lo haces.

—¿El qué?

—Hacer que todo esto parezca fácil.

—Porque lo difícil ya lo hicimos: enamorarnos.

Ella entrecierra los ojos, pero no me rebate. Y aunque no lo dice, esa sonrisa que me dedica me basta. Me confirma lo que ya sé: que el trabajo, el amor y la ambición pueden convivir. Y que, juntas, somos imparables.

—No es justo usar el poder de tus hoyuelos para salirme con la tuya —me aclara, cruzándose de brazos sin borrar la sonrisa ladina.

—Lo sé. Pero es que me funciona. —Le guiño un ojo mientras juego con la cucharilla del café—. Además, ¿tienes idea de lo peligrosa que eres cuando estás concentrada? Qué te voy a decir… cada vez me enamoro más.

Suelta una risa breve, sincera. Y yo me la guardo como quien guarda un tesoro.

—¿De verdad te gusta esa parte mía? —pregunta, bajando el tono—. La parte que está siempre alerta, que calcula todo, que no sabe improvisar como tú.

Me inclino un poco hacia ella, apoyando el codo en la mesa.

—Miranda, me enamoré de todas tus partes. Incluso de las que escondes bajo toneladas de trabajo. De la que necesita listas para estar en paz, de la brillante, de la que cree que tiene que tener todo bajo control para que las cosas no se rompan. Y también de la que me mira como si no entendiera cómo hemos llegado hasta aquí, pero no quiere que esto se acabe.

Ella traga saliva, y por un segundo, pienso que va a decir algo profundo.

—…voy a necesitar mucho más que besos si sigues diciendo esas cosas.

—¿Y si nos vamos y jugamos a ver quién se resiste menos?

—¿Te acabas de inventar un juego? —pregunta, entrecerrando los ojos, casi en un susurro—. Mira que soy adicta al trabajo, pero suelo caer en la tentación con facilidad...

—¿Estás insinuando que vas a dejar que te gane, como en la bolera?

Miranda me sonríe y se muerde el labio con suavidad. Deja de mirarme unos segundos, observa el local, el vaivén de gente, la ciudad moviéndose allá afuera. Luego, vuelve a mí.

—He pensado demasiadas veces en lo que pasaría si todo esto se fuese al traste por mezclar lo que sentimos con lo que hacemos —confiesa, con esa mirada que parece atravesarme—. Tenía miedo de que mi mundo se rompiera. Y ahora…

—¿Ahora qué?

—Ahora me da más miedo que mi mundo no sea el mismo si un día tú desapareces.

Le acaricio los nudillos con los míos. Es un gesto mínimo, casi invisible, pero lleno de una ternura que ni sabía que era capaz de guardar para alguien.

—Eso no va a pasar, Miranda.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo por todos los libros que existen y los que aún están por escribirse.

Ella ríe y se inclina hacia mí, con ese brillo en los ojos que ya conozco demasiado bien. Luego me besa, sin preocuparse por si la camarera nos ha estado observando o si el tipo de la mesa de al lado escribe en su libreta como si fuéramos personajes de su próxima novela romántica.

Cuando se aparta, apoya su frente en la mía.

—Gracias —murmura—. Por recordarme que no necesito tenerlo todo bajo control para que las cosas salgan bien.

—Gracias a ti —le digo—. Por dejarme entrar en tu vida.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta, después de un breve silencio.

—Ahora, nos vamos a tu casa —respondo—. Porque si vamos a la mía y aparece Henry, no vamos a poder concentrarnos. Y luego, si te portas bien, te dejo elegir película. Pero nada de abogados, ni crímenes, ni documentales raros sobre asesinos en serie.

—¿Y si me apetece ver *Love is Blind* contigo?

La miro entrecerrando los ojos y, al instante, sonrío.

—Te has tardado mucho en pedírmelo.

Nos levantamos con el corazón liviano, el trabajo casi terminado y una sensación de victoria que no cabe en el pecho.

Esta vez no miramos al futuro con miedo. Aún queda camino por recorrer, sí. Pero lo que tengo claro —con más certeza que nunca— es que ya no hay vuelta atrás. Lo nuestro es real. Y si el mundo aún no está preparado para el huracán Harper & Doyle… que se prepare. Porque ganas, lo que se dice ganas, no nos faltan.



CAPÍTULO 33

MIRANDA

9 de mayo de 2025.

Aunque suelo ser una roca la mayor parte del tiempo, no sé cómo he conseguido contener mis nervios en las últimas horas. Esta mañana quedé con Andrew para forzar una videollamada con nuestros padres con la excusa de desayunar juntos como en los viejos tiempos. Aunque está claro que lo que él realmente quería era verme ruborizada. Parece que las vacaciones le han sentado de maravilla, porque mamá sonríe como una adolescente y ha aprendido a encuadrar la cámara perfectamente. A su lado, papá toma un té con calma, y la escena del mar de fondo me provoca una pequeña punzada de envidia… pero de la buena.

Sobre todo, porque hoy es uno de esos días en los que me habría encantado tomarme un descanso.

—¿Entonces? —pregunta mamá, mientras revuelve su té con una cucharilla de cerámica—. ¿Es cierto lo que nos contó Andrew el otro día?

«Menudo bocazas», pienso. Él se encoge de hombros con descaro.

—Depende —respondo, añadiendo azúcar a mi café mientras mi hermano me lanza una sonrisa cómplice—. ¿Qué os ha dicho exactamente?

—Que estás saliendo con alguien. Que estás enamoradísima de esa editora que llegó hace unos años a Apex. La que, según tus propias palabras, era tu enemiga número uno —bromea mamá, provocando una risa contenida de papá.

A veces no los soporto.

—Papá… —me quejo, aunque no puedo evitar sonreír. Es uno de esos momentos raros, íntimos y cálidos, que no sabías cuánto necesitabas hasta que llegan.

—¿Y cómo es? —insiste mamá, con ese brillo curioso en los ojos que solo se le despierta cuando su instinto maternal se activa—. Porque las veces que hablaste de ella, no la describías precisamente con cariño. ¿Es simpática? ¿Le gustan los gatos? ¡Por favor, dime que le gustan los gatos!

—Le encantan —respondo, justo cuando Andrew suelta una carcajada—. Tiene una sudadera con un gato leyendo un libro *titulado* «Miauvelous», aunque por la falta de tiempo todavía no ha adoptado uno. Y sí, es muy simpática. Diría que es mi polo opuesto… y justamente eso es lo que me gusta de ella.

—Ya me cae bien —declara mamá, convencida.

—¿Y cuál era su sello? —pregunta papá, interesado.

Andrew da un mordisco a su tostada y responde antes que yo.

—Ella se ha encargado de publicar sobre todo historias de fantasía y romance. Vamos, que es todo lo contrario a Miranda.

Tiene un gran sentido del humor.

—Maldito seas —protesto, medio en broma.

—¡Es la verdad! Kelsey es divertida, te hace reír… y tú la miras como si llevaras toda la vida esperando cruzarte con alguien como ella. Admítelo.

Me quedo en silencio unos segundos, tragando saliva. Porque tiene razón. Porque, a pesar del caos que es Kelsey, de lo improbable que parecía todo esto al principio, ella se ha convertido en esa persona que me mira como si yo no fuera una hoja más en medio de un manuscrito cualquiera, sino el capítulo que merece leerse más de una vez.

—Entonces vais en serio —afirma mamá, esta vez con un tono distinto, más sincero, sin ninguna broma de por medio.

—Sí —respondo, y al decirlo, noto que algo dentro de mí se aligera. Un peso que ni siquiera sabía que cargaba conmigo.

Andrew sonríe, satisfecho.

—Ya era hora, cariño —añade papá, y no puedo evitar encogerme de hombros.

—Lo sé —murmuro.

Después hablamos de cosas más cotidianas: cómo les ha ido el viaje, cuándo planean volver, qué harán con la casita de campo que tienen a las afueras de Londres. Reconozco que los extraño, pero también me alegra que estén disfrutando de todas esas cosas que no pudieron hacer mientras nos criaban y trabajaban sin descanso.

Cuando colgamos, me quedo unos minutos mirando al techo de mi apartamento, todavía sonriendo. Saber que Kelsey forma parte de

mi vida ya no es solo un hecho: es algo que he compartido, algo que mi familia conoce. Y por primera vez en mucho tiempo, eso me hace sentir bien.

. . .

Una hora después, Kelsey parece mucho más tranquila que yo al llegar a las oficinas de Hatchards. Tiene ese don de convertir los nervios en energía útil, en impulso. Yo, en cambio, los acumulo como si fueran documentos urgentes que debo archivar dentro de mí.

Charlotte West nos recibe en una sala con grandes ventanales, un sofá verde musgo y un par de tazas de café ya servidas sobre la mesa. Irradia profesionalismo. Se nota que no le gusta perder el tiempo, pero tampoco deja de ser encantadora.

—Me alegra que nos veamos por fin —dice al sentarse—. He revisado minuciosamente todo lo que nos habéis enviado y debo decir… que estoy muy impresionada.

Nos sentamos frente a ella, y yo me esfuerzo por no derramar el café sobre ningún documento, como si eso pudiera condenar el futuro del nuevo sello que nos ilusiona tanto construir.

—Dado el interés que ha despertado la novela, queremos ir más allá de una simple firma de libros —explica Charlotte, mientras nos pasa algunos papeles—. Nos gustaría organizar una presentación más completa, algo especial, con prensa, lectores... Una experiencia que sumerja al público en el universo del libro. Claro, si Elliot está dispuesto.

—Lo estará —responde Kelsey, adelantándose—. Ha estado trabajando en escenas nuevas e incluso tiene preparados algunos diálogos para una lectura en voz alta. Queremos que conecte desde el primer momento con su público. Creemos que esta historia puede resonar especialmente con varios colectivos que, últimamente, también han sido expuestos. Ese valor... no se encuentra todos los días.

—Eso suena muy prometedor —Charlotte asiente. Aunque su expresión se mantiene sobria, sé que le gusta la idea—. Por supuesto, nos gustaría conservar cierta libertad creativa en el formato y la distribución, pese a que Apex sea la editorial. Queremos que la experiencia conserve la esencia de Hatchards sin perder la del libro.

—Nos parece completamente razonable —intervengo, dando un pequeño sorbo al café—. Confiamos en su criterio, y lo único que nos interesa es que esto funcione para ambas partes.

—Algo me dice que así será.

La reunión avanza con fluidez, como si todas estuviéramos remando en la misma dirección. Cuando cerramos los detalles, acordamos que el evento será el próximo domingo. Kelsey no tarda ni cinco minutos en escribirle a Elliot para que empiece a prepararse, y mientras tanto, el entusiasmo en la sala se convierte en algo contagioso que me invade por dentro.

—Sé que esto ha sido un gran trabajo de equipo —comenta Charlotte mientras nos da la mano. Luego se vuelve hacia Kelsey con especial atención—, pero permíteme decir que tu compromiso y visión son cualidades que he visto muy pocas veces. Me han contado

que asistes a pequeñas lecturas, que frecuentas clubes literarios y que rastreas talento en los rincones menos obvios de Londres. Y eso, sinceramente, es admirable.

—Gracias. Siempre es un placer descubrir este tipo de voces —responde Kelsey con una sonrisa tranquila.

También sonrío, aunque siento un pequeño pellizco en el estómago. Las inseguridades hablan más alto que yo. No es que no reconozca cuánto ha trabajado —porque lo ha hecho, lo hemos hecho juntas—, pero las palabras de Charlotte me dejan una sensación extraña. Una punzada leve, pero constante, que me recuerda que yo estoy hecha de otro molde que me he quedado muy atrasada en otros tiempos. Y de vuelta a la oficina, no soy capaz de compartir ese pensamiento con nadie.

Kelsey continúa al teléfono, coordinando detalles con Elliot, mientras subimos en el ascensor. En ese momento, recibo un mensaje.

Diana: ¿Cómo ha ido?

Miro la pantalla unos segundos antes de contestar.

Miranda: Bien. Tal y como esperábamos.

Debería sentirme emocionada. Y tengo razones para estarlo, la verdad. Podría decirle que Hatchards quiere hacer un evento a gran escala, que estamos más cerca que nunca de conseguir que Apex apruebe la distribución, que *Las sombras del jardín de vidrio* tiene potencial de convertirse en un superventas. Podría contarle que Kelsey sigue siendo esa tormenta perfecta de pasión y determinación. Pero no lo hago. Porque esa punzada que sentí en la

sala de reuniones no me ha abandonado, y llega conmigo hasta el despacho.

—Charlotte ya tiene el sí de Elliot y tenemos luz verde para el evento del domingo —me informa Kelsey con entusiasmo en cuanto cerramos la puerta—. Nos ha citado tres días antes con todo el equipo para coordinar la presentación, los materiales, los medios que van a asistir... Esto va a ser enorme, Miranda.

Le sonrío, aunque mi entusiasmo es más tenue de lo que debería.

—Perfecto. Buen trabajo —comento, intentando sonar más animada.

Ella me observa con atención.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Solo estoy cansada. Supongo que me acabo de quitar un peso de encima. Ya estamos mucho más cerca de nuestro objetivo —añado. No es una mentira, pero tampoco es toda la verdad.

—¿Te apetece que organicemos la propuesta juntas esta tarde? Podríamos hacerlo en mi casa. O en la tuya. Con una copa de vino y un buen plato de pasta.

—Claro. Me encantaría.

No decimos nada más. Pero sé que ella ha notado el pequeño cambio en mi ánimo. Kelsey siempre lo percibe. Y, como siempre, me da un espacio que le agradezco. No sabría cómo explicarle que mi cabeza sigue enganchada a una frase, a una simple felicitación que, aunque merecida, me hizo sentir invisible. Que algo tan

aparentemente trivial me ha removido antiguas inseguridades que creía más dormidas.

Pero también sé que esta historia no va de protagonismos. Lo nuestro se construye de dos. De la forma en que avanzamos, incluso cuando uno de los dos tropieza.

Y mientras la observo —con sus ojos brillantes de ideas, con sus planes brotando sin pausa, con esa seguridad que tanto admiro—, me repito que ya habrá momento para hablarlo. Porque todo lo que venga después de esto, lo enfrentaremos de la misma manera en que hemos llegado hasta aquí: juntas.



CAPÍTULO 34

KELSEY

10 de mayo de 2025.

Desde que salimos de la reunión en Hatchards, Miranda ha estado… diferente, incluso extraña. Y aunque es una experta en gestos y expresiones, el que vi ayer no me gustó nada. Era de esos que revelan un conflicto entre lo que sientes y lo que decides mostrar a los demás. Lo sé porque he pasado días enteros a su lado, porque conozco cada uno de sus tics, e incluso distingo la forma en que simula trabajar cuando, en realidad, sus ojos siguen nada más que el parpadeo del cursor en la pantalla.

Anoche le pregunté varias veces si le ocurría algo. Le dije que la notaba distinta y, con esa serenidad británica que emplea como escudo, me respondió que solo estaba cansada y que necesitaba dormir. Quise quedarme con ella, pero al final decidí regresar a casa. Después, ni siquiera me envió su habitual mensaje de buenas noches que siempre solía recibir, y no quise insistir. A veces, cuando amas a alguien, también debes aprender a guardar silencio y respetar su espacio.

Hoy Londres ha amanecido menos hostil que de costumbre, y con ello, conservo la esperanza de que Miranda recupere su estado habitual. O, al menos, que podamos hablar de lo ocurrido y no dejar el asunto flotando con este aire gris entre nosotras. Llevamos un par de horas en su despacho, afinando los últimos detalles de las propuestas para nuestra siguiente reunión con Hatchards. Todo va bien encaminado, pero debemos informar a Tobias y a Margaret para que el proyecto continúe avanzando. La lista de medios ya está cerrada, la propuesta de colaboración también, y Elliot ha aceptado participar en todas las entrevistas.

—¿Incluiste lo del merchandising? —pregunta Miranda sin levantar la vista del documento.

—Sí. En la sección tres, justo después del presupuesto para la mesa de firmas. Y antes de que digas algo, no, no añadí los globos personalizados con frases del libro. Me pareció una idea ridícula, no va con el tono del evento.

Ella esboza una leve sonrisa. Aunque discreta, para mí representa un pequeño avance.

—Gracias.

—¿Por lo de los globos?

—Por todo.

La miro, desconcertada. Supongo que me está agradeciendo que no insista, que no le pregunte cómo está, que espere pacientemente a que sea ella quien decida abrirse.

Media hora después, concluimos el informe y nos dirigimos al despacho de Tobias. Como de costumbre, Margaret se encuentra hojeando unos papeles con sus gafas de media luna apoyadas en el

puente de la nariz. El ambiente se percibe distinto, más liviano, y hasta me atrevería a decir que menos tenso.

—Por fin estáis aquí —dice él al vernos—. Tomad asiento y contadme cómo va todo. Los de Hatchards me han llamado esta mañana, todavía no se creen que hayamos firmado un acuerdo con Elliot para darle respaldo editorial.

—Imagino que les habrás dicho que lo tendrá —interviene Miranda mientras nos sentamos en las sillas.

—Les respondí que todo llega a su debido tiempo.

Durante los primeros minutos, la reunión transcurre con una normalidad que me resulta casi sospechosa, dada la intensidad de los últimos días. Margaret pregunta por los detalles del evento, Tobias asiente, incluso sonríe un par de veces. Cuando terminamos de presentar todo el material, Margaret cierra la carpeta y se inclina ligeramente hacia nosotras.

—Estamos impresionados —admite—. Habéis hecho un trabajo excelente. El interés de Hatchards ha superado nuestras expectativas y la forma en que lo habéis gestionado… tan profesional, tan eficaz, tan elegante... es justo lo que esperábamos de vosotras.

—Gracias —dice Miranda con tono sereno, aunque yo percibo la tensión que aún se acumula en sus hombros. Tobias la observa un momento más antes de hablar.

—Podéis continuar con la organización del evento. Coordinad todo con Charlotte y aseguraos de que los medios más importantes de la literatura estén presentes. Y, por favor, mantenednos al tanto de cualquier novedad.

Me contengo para no soltar un entusiasta «¡lo logramos!», porque sé que Miranda no lo vería con buenos ojos. Así que me muerdo el labio y trato de reprimir la euforia. Pero entonces Tobias agrega:

—Kelsey, ¿puedes quedarte un momento? Quiero comentarte algo en privado.

Todo a mi alrededor se detiene. O, al menos, dentro de mi cabeza. Miranda se vuelve hacia él y, aunque no dice nada, puedo ver la sorpresa en sus ojos. Recoge sus cosas, me dedica una mirada breve y se marcha cerrando la puerta tras de sí.

—¿Ocurre algo? —pregunto, más tensa de lo que desearía aparentar.

Tobias se pone de pie y se apoya sobre el borde del escritorio.

—Esta mañana, Charlotte nos felicitó por la propuesta. Está realmente impresionada con el enfoque editorial, la estrategia de comunicación y el entusiasmo con el que se ha desarrollado todo.

—Vaya, eso es… maravilloso.

—Sí —asiente—. Pero también nos dijo algo más.

Permanezco en silencio. No sé a dónde quiere llegar.

—Comentó que tu implicación ha sido ejemplar. Que tu presencia en los clubes de lectura, tu cercanía con los lectores y tu verdadera pasión por el proyecto han marcado una gran diferencia, por encima de todo lo demás. Quería que lo supieras.

Agradezco el cumplido, lo hago. Pero hay algo en todo esto que no termina de encajar.

—Gracias, pero… el trabajo lo hicimos entre las dos. Miranda ha sido esencial en cada detalle. Su experiencia ha sido nuestra brújula desde el primer día. Sin ella, este proyecto no habría llegado tan lejos.

Tobias no me contradice, pero la sensación extraña en mi estómago persiste, como si intentaran destacar mi aporte aislado del de Miranda, cuando fue justamente nuestro trabajo conjunto lo que nos trajo hasta aquí.

—Solo queríamos reconocer tu esfuerzo —añade Margaret, con voz suave—. Nada más.

Asiento, aunque por dentro algo me dice que no es todo. Que hay algo más que no me están diciendo. Y eso me inquieta.

Al salir del despacho, lo primero que hago es buscar a Miranda. La veo en su despacho y, al pasar frente a su puerta, levanta la vista. Nuestras miradas se encuentran. Ahí está de nuevo esa expresión, esa sombra que le ha opacado la mirada desde que salimos de la reunión en Hatchards.

Reviso mentalmente cada momento de aquel día, y doy por hecho que Miranda cree que la están dejando fuera. Y eso no puedo permitirlo. Porque ella es la mitad este gran trabajo. Porque sin ella, yo solo soy una editora con buenas ideas, pero sin una guía que las encamine. Y porque la quiero, y no pienso permitir que nada ni nadie la haga sentir menos.

Me detengo junto a su puerta y golpeo suavemente el marco.

—¿Te apetece salir por ahí? Me muero por comer algo que no venga en un recipiente de plástico.

Ella alza una ceja, en su estilo habitual.

—¿Estás insinuando que mi ensalada de garbanzos no te abre el estómago?

—Estoy diciendo que, si no te saco de esta oficina en los próximos diez minutos, te va a estallar esa vena que tienes en la frente —respondo, señalándola—. Ya está todo listo, es hora de relajarnos.

Por fin, sus labios se curvan en una media sonrisa.

—Dame cinco minutos.

Asiento. Y mientras espero, tengo claro que debo hacer algo para cambiar esta situación. Porque Miranda y yo somos un equipo, y pase lo que pase, o digan lo que digan, lo seguiremos siendo.



CAPÍTULO 35

MIRANDA

12 de mayo de 2025.

Después del domingo con Andrew y Penélope, tuve la sensación de que las cosas volverían a su cauce. Pasamos la tarde entre cafés, risas y consejos que no pedí, pero que me vinieron bien. Muy bien. Mi hermano, con su sutilidad habitual, me recordó que el mundo no gira alrededor de mis inseguridades ni de los temores que arrastro por culpa de heridas pasadas. Y que la vida, como el amor, es más sencilla de lo que yo misma me permito creer.

Solo hay que mirarlos a ellos para entenderlo.

—Deja de buscar señales de alarma en todas partes —me dijo, mientras repartía las cartas en una partida de UNO que mi cuñada se tomó más en serio de lo que debería—. Kelsey no es tu ex. No está esperando el momento perfecto para traicionarte. Y aunque así fuera, ¿no crees que ya lo habrías notado?

En su manera tan directa de expresarse, había una verdad que no podía ignorar. Un baño de realidad que, aunque incómodo, resultaba necesario. Quizá lo que realmente necesitaba era dejar de analizar cada gesto, cada pausa, cada palabra de aliento que nos

llega desde fuera. Tal vez lo que toca es entregarse al momento, y confiar.

Así que me hice una promesa, que esta semana sería diferente. Tenía que confiar en Kelsey. En nosotras. En el gran trabajo que habíamos hecho y que ya iba tomando forma. Y lo cumplí. Durante exactamente seis horas y cuarenta y tres minutos.

Todo un récord para mí.

. . .

Llego temprano a las oficinas de Apex con un café en la mano y el informe para el equipo de prensa casi terminado. Después de intercambiar algunos mensajes —en los que, lo confieso, estuve a punto de sugerir que saliéramos a desayunar—, Kelsey aparece con su energía habitual, una coleta improvisada y una lista de pendientes que revisamos entre risas contenidas. Tenemos todo listo para la reunión, las notas de Elliot, el cronograma del evento, la disposición de la librería… Charlotte ha sido de gran ayuda y el equipo de Hatchards está encantado con la idea de llevarse unos buenos resultados —y dólares—.

Todo marcha bien. Demasiado bien.

—¿Crees que deberíamos dejar un espacio para la interacción con el público al final del evento? —pregunta Kelsey, revisando la escaleta con una concentración que me parece enternecedora. Y, para qué negarlo, sumamente atractiva.

Muy atractiva.

Levanto la vista del documento y asiento con cuidado.

—Sí, creo que un momento para que Elliot responda preguntas aportaría cercanía, sobre todo si queremos reforzar esa conexión con los lectores que Hatchards tanto valora.

Sus ojos buscan los míos, como si esperara una confirmación que va más allá de un simple ajuste logístico.

—¿Y si las preguntas son demasiado complicadas…? —comenta, con algo de dudas—. No sé, ¿estará preparado para algo así?

Guardo silencio unos segundos. Pienso en Elliot, en su carácter reservado, en la presión que este evento supone. Pero también pienso en su pasión, en la autenticidad con la que vive todo esto.

—Lo estará. No porque sea infalible, sino porque sabe que esto es real. Porque lo que ha escrito tiene valor. Y si algo va a ayudarle a enfrentarse a los nervios, será saber que estamos allí. Con él.

Kelsey sonríe, pero esta vez sin bromas ni chistes. Es una de esas sonrisas firmes, de las que no dejan espacio a la duda. Y es justo esa seguridad la que me ha sostenido durante tantos días.

—A veces olvido lo bien que hablas cuando no estás peleada con el mundo —me dice en voz baja, sin apartar la mirada.

—Y yo olvido lo mucho que me calmas cuando decides tomarte las cosas en serio —respondo, con una sinceridad que no necesita adornos.

Volvemos a nuestras pantallas, a los documentos, al mundo editorial que nos ofreció la posibilidad de ser algo más que rivales. Pero hay algo en el ambiente, algo que pesa. Una tensión que solo aparece cuando las emociones se quedan a medio decir.

El móvil de Kelsey vibra sobre la mesa y nos sobresalta.

—Es Jeremy —comenta, antes de contestar—. Hola, ¿qué pasa?

La escucho asentir, intercambiar unas palabras más, y luego colgar. Después, se vuelve hacia mí con el ceño fruncido.

—Tengo que salir un momento. Ha habido un problema en la librería de mi madre, no ha querido decirme qué es, pero parecía muy preocupado…

—¿Quieres que te acompañe?

Ella niega con una leve sonrisa.

—No hace falta. Vuelvo en una hora, como mucho.

Asiento, aunque algo dentro de mí se encoge sin razón aparente. La observo mientras recoge su bolso, su carpeta y el móvil. Me da un beso rápido en los labios, y luego el silencio se instala entre nosotras, como si las palabras, de pronto, hubiesen perdido su sentido. Cuando se detiene en la puerta, me lanza una última mirada.

—¿Estás bien?

—Claro. Adelante, ve.

Pero no lo estoy del todo. Porque aunque no hay motivos concretos, siento que algo se fisura dentro de mí. Como si una sombra se colara en el pecho sin que me diera cuenta. Y ahora, sola entre estos informes, con tanto trabajo... y con ese miedo, vuelve a asaltarme la misma pregunta de siempre. Una que me corroe por dentro: ¿y si pierdo todo justo cuando por fin lo tengo?

A veces no soporto mis pensamientos.

Decido darme un pequeño descanso. Me preparo otro café, intentando calmar la ansiedad. Al cruzar el pasillo y pasar por el

despacho de Margaret, escucho una conversación que se filtra por la puerta entreabierta.

—…no, Charlotte fue clara. Kelsey tiene visión, presencia y una conexión natural con los lectores. Es exactamente lo que buscamos para liderar el nuevo sello y la colaboración directa con ellos. Ha demostrado de sobra que puede asumir esa responsabilidad, y ya ha dejado claro que con ella vamos a conseguir buenos resultados.

El silencio se instala a mi alrededor por unos segundos. Después, escucho una voz masculina algo lejana, probablemente sea la de Tobias...

—¿Y Miranda… qué papel tendría en eso?

Margaret responde con ese tono calculado que emplea cuando quiere parecer imparcial, pero que lleva cuchillas en sus palabras.

—Aún no lo tengo claro. Pero necesitamos a alguien que conecte con el público. Alguien como Kelsey, que se identifique con ellos. Ya habíamos hablado de ellos antes, incluso antes de que se nos ocurriera fusionar los sellos, que la editorial tenía que dejar parte de las viejas costumbres.

Me paralizo. Literalmente. El café se enfría entre mis dedos y siento cómo algo se fragmenta dentro de mí. Kelsey. La misma que me llevó al CornerClub. La que apostó por Elliot. La que me arrastró al caos tomándome de la mano y me convenció de que no era caos, sino una oportunidad extraordinaria. Cada pequeño detalle encaja de pronto en una historia que empieza a dibujarse con demasiada claridad delante de mí. «¿Y si todo fue una estrategia? ¿Una jugada para quedarse con el papel principal mientras me hacía creer que éramos un equipo?»

Regreso a mi despacho con el café intacto, los pasos pesados y el corazón hecho trizas. En la sala de descanso me cruzo con Diana, que capta de inmediato que algo no está bien.

—¿Qué te pasa? Estás pálida —murmura mientras remueve su té con expresión preocupada.

—No es nada.

—Miranda…

—He oído a Margaret hablando en su despacho —confieso, aunque preferiría guardármelo—. Estaba diciendo que Kelsey tiene madera de líder para el nuevo sello. Que tiene visión, que conecta con los lectores… que es justo lo que están buscando.

Diana parpadea, sin alarmarse.

—¿Y?

—Cómo que «¿y?» ¿No te das cuenta de lo que eso implica?

—Sí. Que están considerando a Kelsey para un cargo importante —responde ella, dando un sorbo a su té—. Y posiblemente a ti también.

—O tal vez no —respondo, con un filo en la voz que me sorprende—. Tal vez todo esto ha sido parte de su plan desde el principio.

Diana me mira con incredulidad, como le costara procesar cada una de estas palabras. Quizá lo que está escuchando no sea más que el miedo hablando con mi voz, poniéndose una máscara para vomitar ideas que ni yo misma quiero aceptar.

—¿De verdad crees eso de Kelsey?

Me muerdo el labio inferior. No quiero creerlo. Pero es que no sé cómo evitarlo. No después de todo lo que me ha tocado enfrentar.

—Escucha —dice, dejando su taza sobre la mesa con decisión—. Kelsey podrá ser muchas cosas, desordenada, impulsiva, exagerada hasta el cansancio. Pero jamás jugaría sucio. Y mucho menos contigo.

La rabia que me quemaba por dentro comienza a disiparse, y en su lugar aparece algo aún más difícil de gestionar: vergüenza. Duda. Miedo. Y quizás otras emociones que ni siquiera alcanzo a identificar.

—¿Y si me equivoco?

—Pues te equivocas. Eso nos pasa a todos. Pero no la juzgues por errores que cometieron otros. Kelsey no es tu ex. Y no te ha dado ningún motivo real para que desconfíes de ella.

Asiento con la cabeza, aunque la tormenta interna no amaina. Porque confiar es difícil cuando has aprendido a sobrevivir esperando el próximo golpe. Cuando has entrenado el corazón para anticipar la caída incluso mientras estás en lo alto.

Aun así, me obligo a intentarlo. Me lo prometo. Porque si Kelsey realmente siente por mí lo mismo que yo por ella, si no está actuando, si todo esto es de verdad… entonces no puedo permitir que el pasado arruine el mejor futuro que jamás imaginé tener.

Pero las sombras siempre regresan. Y mientras me repito que debo confiar, hay una parte de mí —la más temerosa, la que ha aprendido a sospechar de la felicidad— que se mantiene alerta. Porque Kelsey es impetuosa, intensa, encantadora… y esas cualidades, aunque auténticas, también pueden volverse peligrosas si uno no las ve venir. ¿Y si lo que siente es solo entusiasmo por el

reto? ¿Y si, cuando todo se estabilice, descubre que yo no era más que una etapa pasajera?

«Tengo que hablar con ella. Tengo que saberlo.»



CAPÍTULO 36

KELSEY

En ese mismo momento…

Estoy a punto de salir de las oficinas de Apex cuando mi móvil vuelve a sonar con otra llamada de Jeremy. No suele ser tan insistente y, por extraño que parezca, eso me provoca una inquietud difícil de explicar.

—Me has pillado saliendo —informo antes de que pueda hablar —. En unos veinte minutos estaré allí. Intentaré darme prisa.

—Kelsey, es que… —Del otro lado de la línea se oye tanto alboroto que apenas logro escuchar su voz—. No quise avisarte nada porque tu madre me pidió que no lo hiciera, pero…

—¿Qué está pasando, Jeremy? ¿Dónde está mi madre?

—Ella está bien, pero la librería… —responde, con un tono que ya me advierte que la situación es más grave de lo que pensaba—. Hubo un pequeño incendio y…

—¿¡Cómo dices!?

No escucho nada más. Cuelgo de inmediato, salgo corriendo con las palabras de Jeremy repitiéndose en mi cabeza y me subo al

metro sin pensarlo. No sé cuánto tiempo pasa. Solo sé que estar allí dentro, sin tener idea de cuánto ha dañado el fuego, me desgarra los nervios. La ansiedad no desaparece ni cuando llego a la estación, ni cuando echo a correr por las calles.

Mis piernas no necesitan instrucciones. Y cuando por fin llego, lo primero que veo es la luz intermitente de una ambulancia, dos patrullas de policía frente al local y unas cintas amarillas bloqueando el paso. Hay bomberos en la entrada y el aire huele a humo que me provoca un escalofrío recorriéndome de pies a cabeza.

—¡Mamá! ¡Jeremy! —grito, intentando avanzar, pero un agente me detiene con un brazo extendido—. Por favor, soy la hija de la dueña. ¿¡Dónde está mi madre!?

—Tranquila, señorita. Su madre está…

Pero entonces la veo. Sentada en la acera, con una manta gris sobre los hombros y una mascarilla cubriéndole la cara. Jeremy está junto a ella, con el rostro desencajado. Un paramédico le toma la tensión mientras le habla con calma.

—Ya estoy aquí, mamá… —Me arrodillo a su lado—. ¿Estás bien?

—Sí, cariño. Solo ha sido un susto —responde con voz serena, como si no acabara de sobrevivir a algo que pudo costarle la vida.

—¿Qué ha pasado?

Jeremy se aclara la garganta.

—Un foco de la trastienda hizo un chispazo y prendió unas cajas con libros antiguos. Por suerte, el fuego no alcanzó el área principal. Los bomberos llegaron rápido. Pero el susto… ha sido tremendo.

Me quedo callada, pero por dentro noto que los huesos se me rompen. En cuestión de segundos, el estrés en el trabajo, las noches sin dormir, la presión con el libro, el posible nuevo sello, las reuniones constantes, el ánimo de Miranda... Todo estalla como una bomba.

Y lloro. Me cubro el rostro con las manos y me dejo llevar por un llanto que me desborda. Siento alivio al saber que solo se han perdido libros, pero también siento que ya no puedo más. He intentado mantenerme firme, optimista, confiada… pero mi cuerpo ya no aguanta, y el incendio ha sido la gota que ha colmado el vaso.

—Mi niña… —Mi madre me acaricia el pelo con ternura—. Todo está bien, no te preocupes por lo que ha pasado.

—No es eso, mamá —susurro entre sollozos—. Es que tengo tantas cosas encima… y, para colmo, Miranda está muy rara…

Ella no dice nada. Me escucha. Y ese silencio me da permiso para vaciar lo que llevo dentro.

—Desde que tuvimos la reunión con Hatchards, está distante. Como si me ocultara algo. Yo he intentado no presionarla, le he preguntado varias veces si todo va bien y... —Me encojo de hombros —. No sé. Me da la impresión de que teme que la estén dejando fuera. Y si es así, no podría soportarlo, porque no puedo imaginar seguir adelante con todo esto si ella no está conmigo.

—¿Y tú? ¿Cómo te sientes tú? —pregunta, acariciándome la mejilla con suavidad.

—Me siento fatal. Me duele pensar que no ve lo importante que es para mí. Lo mucho que la admiro. Este proyecto es valioso porque lo construimos juntas. Yo no habría llegado hasta aquí sin sus ideas,

su guía, su experiencia. A mí no me importa el nuevo sello, ni los elogios, ni los malditos reconocimientos. Me importa ella. Lo que somos. Lo que creamos juntas…

—Creo que deberías decírselo. Estoy casi segura de que ahora mismo su cabeza estará inventando algún drama que está alimentado por el miedo —me dice con una sonrisa suave—. Y cuando dejamos que este hable, arrasamos con lo demás. Y las dos hacéis una pareja preciosa, así que no permitas que lo que tenéis se pierda por no hablar a tiempo.

—¿Y si no quiere escucharme?

—Pues le insistes —aclara—. El amor de verdad se lucha. No puedes darte por vencida sin intentarlo.

En ese momento, mi móvil vibra. Lo saco del bolsillo y respiro hondo.

> **Miranda**: Creo que necesitamos hablar. Pásate por casa en cuanto puedas.

Mi madre lee el mensaje sobre mi hombro y asiente, como si ya lo esperara.

—Anda, márchate. Y no te vayas hasta que le digas todo lo que llevas dentro.

Me seco las lágrimas con el dorso de la mano, respiro profundo y me pongo de pie. No sé qué va a pasar. Pero lo que sí sé, con total certeza, es que no pienso marcharme de su casa sin decirle que, si hay algo que realmente vale la pena en todo esto, es el amor que siento por ella y la certeza de que formamos un equipo, incluso cuando todo parecía indicar que no teníamos nada a favor.

. . .

Cuando llego a su casa, percibo de inmediato que algo no está bien. Me abre la puerta con una expresión seria, impenetrable, como si ya hubiera tomado una decisión sin esperar a compartirla conmigo. Me inclino hacia ella para besarla —por instinto, por costumbre y por el amor que me impide mantenerme lejos—, pero ella se aparta. Con un leve movimiento de cabeza me indica que pase y ese simple gesto basta para que algo dentro de mí se tense. Me preparo para lo peor, sin tener claro qué es exactamente *lo peor*.

Una vez dentro de su apartamento, todo se siente ajeno, frío, distante. Lejos queda ese lugar en el que hemos hecho el amor, visto películas, despertado y desayunado juntas. El ambiente está cargado, y en cuestión de segundos, el aire comienza a faltarme.

—¿Me vas a decir qué pasa? —pregunto, y mi voz suena más suave de lo que esperaba. Demasiado vulnerable para lo que ella parece dispuesta a decir.

Miranda se cruza de brazos y me observa como si no supiera por dónde empezar.

—Quiero hablar contigo antes de que esto se nos vaya de las manos —dice. Su tono ya me revuelve el estómago, porque cuando alguien empieza con esas palabras, rara vez es para dar buenas noticias—. Le he dado muchas vueltas a todo y...

—¿A qué exactamente? —la interrumpo.

—Creo que, desde el principio, me has llevado a tu terreno —responde, con una frialdad que me atraviesa—. Desde el día que me diste ese libro, trazaste un camino que nos llevó al CornerClub, a

Elliot, a Hatchards. Has usado todo lo que he aprendido a lo largo de los años para que este proyecto funcione, y ahora, cuando ha llegado el momento de presentarlo, tú eres quien se lleva el reconocimiento.

Tardo un par de segundos en procesar lo que acaba de decir. Cuando por fin lo hago, suelto una risa rota e incrédula.

—¿Estás diciendo que planeé todo esto para ganar protagonismo?

—¿Y acaso no es lo que ha pasado? —responde, y un escalofrío helado me recorre de arriba a abajo.

—¿De verdad crees que fingí estar enamorada de ti para sacar ventaja profesional?

—Ya no sé qué pensar. Pero los resultados están ahí.

—¿Te has detenido un segundo a considerar cómo me siento yo ahora mismo? —mi tono se endurece, y la voz me tiembla de rabia —. Que puedas pensar siquiera que soy capaz de manipularte con sentimientos falsos, Dios… ¿Eso es lo que crees de mí?

Ella aprieta los labios. No dice nada. Como si temiera verbalizar lo que piensa.

—Tú tienes toda la atención ahora. Tobias, Charlotte… Todos hablan de ti —añade al cabo de un momento.

—Que hablen de mí no significa que tu trabajo no tenga valor — respondo, con un nudo formándose en la garganta—. Esto lo hicimos juntas, Miranda. Cada maldito paso. Las dos estuvimos con Elliot, las dos dedicamos horas interminables para que esto funcionara. ¿Y ahora me sales con esto porque alguien me felicitó?

No me mira. Sus ojos rehúyen los míos.

—Yo no necesito que me aplaudan para saber que he hecho bien mi parte —prosigo—. Yo solo quería construir algo contigo. De verdad, y si piensas que todo esto fue para quitarte algo, entonces quédate con el trabajo, con el proyecto, con el sello, con lo que quieras.

—¿Estás hablando en serio?

—Completamente. No juego con las personas, no oculto lo que siento y mucho menos proyecto mis inseguridades sobre los demás —lanzo sin contenerme—. Pero si después de todo esto sigues creyendo que soy otra persona, entonces no tiene sentido que siga luchando por algo que ya no vale la pena.

—Kelsey…

—No. Tú no confías en mí. Y cuando en un equipo se pierde la confianza, lo único que queda es romperlo.

Me doy la vuelta y camino hacia la puerta, aunque todo en mí me suplica que me detenga, que lo arregle. Pero no lo hago. Solo me freno un instante para girarme y buscar sus ojos una vez más.

—Cuando Tobias y Margaret me entrevistaron por primera vez y me dijeron que formaría parte de tu equipo, ni siquiera pensé en el salario, ni en que estaría en una de las mejores editoriales —le digo —. Solo quería estar contigo. Ser tu compañera. Aprender de ti. Crecer a tu lado. Pero ahora, esto me parece absurdo.

No sé cómo consigo abrir la puerta y salir, pero lo hago. Y mientras bajo por las escaleras, empiezo a llorar. Con cada paso, el dolor crece, como si me arrancaran algo que me pertenecía, como si me arrebataran aquello que más quiero en la vida.

En otro momento habría regresado, la habría abrazado, le habría dicho que la amo, que sé que tiene miedo… pero esta vez no. Esta vez soy yo quien merece que la escuchen, quien necesita ser vista.

Porque el amor no solo se trata de mariposas en el estómago ni de un deseo incontrolable de besar a alguien. El amor verdadero es confiar. Es sostenerse de la mano sin dudar. Es elegir a la otra persona cada día, incluso cuando surgen las dudas. Y Miranda no lo ha hecho conmigo.



CAPÍTULO 37

MIRANDA

15 de mayo de 2025.

Han pasado dos días desde mi discusión con Kelsey. Dos días sin mensajes, sin escuchar su voz —más allá de un par de saludos forzados—, sin su energía recorriendo los pasillos, sin su presencia revoloteando por mi despacho. Y, en teoría, eso debería ayudarme a concentrarme. A recuperar el foco, a volver a lo que realmente importa, a retomar el control de la situación.

No he hablado con Andrew, a pesar de sus llamadas constantes. No he respondido a los mensajes de Diana, ni siquiera a ese último en el que solo decía: «Miranda, dime al menos que estás bien.» Porque no, no lo estoy. Me aferro al trabajo para sobrevivir, como siempre hago cuando todo empieza a tambalearse bajo mis pies. Sabía que debía haberme quedado dentro de mi burbuja, y por eso me niego a compartir este fracaso con nadie. Me aferro al único lenguaje que todavía entiendo: los libros, los datos, los informes que llenan la pantalla de mi ordenador.

Acabo de cerrar las últimas confirmaciones de los medios que asistirán al evento. Todo está controlado. Charlotte West ha

confirmado la presencia de tres medios culturales de peso y dos reseñistas muy conocidos en redes. Incluso Elliot ha preparado algo nuevo para compartir con sus futuros lectores. No hay cabos sueltos, ni un solo detalle al azar. Y, sin embargo… algo dentro de mí no termina de encajar. Me siento fuera de lugar, pero me obligo a ignorarlo mientras recorro el pasillo, evitando las miradas y los saludos de los demás.

Entro a la sala de reuniones con la carpeta bajo el brazo. Tobias y Margaret ya están allí. Ella, con su inseparable taza de té; él, con la libreta abierta, tomando notas como si cada movimiento del universo necesitara ser archivado. No me saludan, no preguntan cómo estoy. Y, sinceramente, ya ni siquiera lo espero.

—Aquí tenéis el informe con la lista de medios confirmados, los tiempos estimados, el personal asignado y todos los detalles logísticos del evento —digo con una voz limpia, neutral, sin una pizca de emoción.

Margaret toma la carpeta y la abre con esa lentitud estudiada que siempre me ha sacado de quicio. Su rostro permanece impasible. Ni una ceja levantada, ni un detalle que delate algo. La conozco lo suficiente para saber que esa expresión pétrea suele anunciar noticias que no me van a gustar. Tobias, a su lado, asiente con un leve gesto, sin levantar la vista de su libreta. Casi parece un autómata.

Me quedo de pie, con la espalda erguida y las manos cruzadas sobre el regazo, en esa pose de editora profesional que he perfeccionado a lo largo de los años. Pero por dentro, ya lo siento: algo no va bien.

—Miranda —dice Tobias finalmente, y su voz me descoloca. No es firme ni cortante. Es suave. Demasiado suave. Como si envolviera cada palabra en algodón.

—¿Qué ocurre? —pregunto con frialdad, mientras noto cómo se me encoge el estómago.

Margaret interviene. Siempre es ella quien toma la iniciativa cuando hay que convertir una mala noticia en una oportunidad disfrazada de avance.

—Sabemos que los últimos días han sido complicados. Y reconocemos tu nivel de implicación con este proyecto. Eso no lo cuestionamos —comenta mientras gira una hoja del informe, evitando mi mirada—. Pero… hemos notado cierta tensión. No solo en el ambiente, sino también en el equipo que formas con Kelsey.

Tensión. Qué palabra tan cobarde. Qué forma tan elegante de decir: «no nos gusta cómo estás manejando esto, ni las relaciones en el trabajo.» Tobias por fin levanta la vista, y su mirada es clínica, distante.

—Y ahora que el evento está tan cerca —continúa Margaret— no podemos permitir que esa tensión lo perjudique.

Trato de mantener la compostura. Cada músculo de mi cuerpo se prepara para resistir, pero aun no digo nada. Necesito entender exactamente a qué se refieren. Qué parte de mi trabajo están a punto de desmantelar.

—¿Qué están proponiendo exactamente? —pregunto con voz baja, tensa. Un filo contenido que roza la advertencia.

Margaret se inclina hacia adelante, y en su gesto ya intuyo que viene el golpe final.

—Queremos sugerirte que te tomes unos días de descanso. Que te apartes un poco del cierre de esta fase. Solo hasta que pase el evento.

El golpe es certero. Preciso. Pero no por eso duele menos. No lo llaman «quítate de en medio». Lo llaman «descanso». Lo presentan como una sugerencia amable, una estrategia, pero yo sé lo que significa en realidad: que les incomodo. Que soy un obstáculo. Que me han identificado como el problema.

—¿Queréis que me aparte de mi propio proyecto? —pregunto, con un tic en el ojo y un tono que ya no disimula mi incredulidad—. Os recuerdo que esto también ha salido adelante gracias a mí.

Tobias entrelaza los dedos con una calma que me resulta casi provocadora.

—Creemos que es lo mejor para todos. No nos pongas las cosas más difíciles.

Todos. Siento que la sangre me hierve. Hay un instinto primitivo que me empuja a gritar, a desahogarme sin filtros. Pero no lo hago. Aun así, mis mejillas arden de indignación.

—¿Y por qué no le habéis dicho lo mismo a Kelsey? —disparo, sin poder contenerme.

Tobias ladea la cabeza. Incómodo.

—No estamos haciendo comparaciones.

—Pues yo sí. Porque esto lo construimos juntas —me defiendo, sin bajar la voz—. Cada punto de esa presentación lo elaboramos entre las dos. Si hay tensión, es porque vosotros la habéis

provocado. Porque decidisteis lo que se supone que es mejor para la editorial sin siquiera preguntar qué era lo que queríamos.

Margaret cierra la carpeta con delicadeza, como si con ese gesto pudiera dar por zanjado el asunto.

—Esto no es un castigo. Es una medida para proteger el evento y asegurar ese contrato editorial que tanto deseabas.

Asiento, pero con una sonrisa irónica. No digo nada durante unos segundos. Lo que siento ya no necesita gritarse. Lo que llevo en el pecho se convierte en algo más fuerte que el enfado.

—No necesito que me protejáis de nada —aclaro con voz firme —. Y desde luego, no voy a quedarme al margen mientras se presenta un proyecto que he levantado desde el primer día.

Tobias abre la boca, tal vez para responder, pero ya no lo escucho. Mi decisión está tomada.

—Si queréis que me aparte, lo haré. Pero no será algo temporal. Me retiro por completo. No pienso quedarme en un lugar donde se valora más la armonía que la verdad. Donde se me exige silencio cuando he sido la primera en atreverse a hablar.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que lo dejo. Que renuncio a seguir formando parte de este proyecto, del futuro sello o de lo que sea que estéis construyendo en esta maldita editorial.

Tobias frunce el ceño y se levanta de golpe, claramente nervioso. Lo noto en su mirada, tengo muy claro que esto no se lo esperaba. Que es una jugada que puede costarle mucho si mis autores deciden seguirme.

—Miranda, no hace falta llegar tan lejos…

—Sí, sí que hace falta —lo corto, sin dejar espacio para el debate—. Llevo años aquí. Años. Dándolo todo. Pasando noches sin dormir por manuscritos que nadie quería, defendiendo voces que otros descartaban sin pensarlo —les recuerdo, mientras aprieto las uñas contra las palmas—. Y ahora que estamos a punto de crear algo diferente, tal y como me pedisteis… ¿me excluís? No. No pienso quedarme en un sitio donde ya no se confía en mí.

No les doy la oportunidad de responder. No porque no tengan algo que decir, sino porque si me quedo un segundo más en esta sala, me voy a romper. Y no voy a permitir que eso ocurra delante de ellos. Me doy la vuelta sin mirar atrás, cruzo la puerta con paso firme y salgo al pasillo con el corazón golpeándome las costillas como un tambor furioso.

La rabia me quema por dentro. Pero es un fuego extraño, hecho de decepción, de tristeza, y de una angustia que ni siquiera sé cómo nombrar. Diana, sentada en su escritorio, me observa con los ojos muy abiertos. Su expresión mezcla sorpresa y preocupación. Seguro que ha oído algo. Tal vez todo. Pero eso no me detiene.

Y entonces, como si lo hubiera presagiado, Kelsey aparece al fondo del pasillo. Sale de la sala de reuniones improvisada, donde estaba reunida con parte del equipo que va a ayudar en el evento.

—Miranda —me llama, frunciendo el ceño, con esa mirada confundida que debería detener mis pasos—. ¿Qué ocurre?

No contesto. Solo camino más deprisa. Cada paso es una lucha entre las lágrimas que amenazan con salir y la dignidad que me obliga a mantener la cabeza alta.

Ella acelera también.

—¿Puedes esperar un segundo? —insiste, con un tono cargado de urgencia. Parece preocupada. Si pudiera creerle, tal vez me detendría—. ¿Qué ha pasado?

Siento su mano rozarme el brazo, como si estuviera a punto de detenerme. Pero me aparto.

—Miranda, por favor…

Me detengo un instante. Solo lo justo para girar el rostro y que vea el desastre que hay en mis ojos.

—Ya tienes lo que querías —escupo, sin suavidad.

No espero su reacción. No quiero escuchar lo que tenga que decir. Me doy la vuelta y sigo caminando hacia las escaleras. Bajo los escalones a toda velocidad, como si escapar fuera la única opción. Porque eso es exactamente lo que estoy haciendo. Estoy huyendo. De Tobias. De Margaret. De esta editorial. De ella.

Y cuando por fin salgo al exterior, el aire me golpea la cara con una violencia casi cruel. Londres está gris, con un cielo cerrado que amenaza con romperse en cualquier momento. El viento me envuelve con su humedad cortante, como si intentara colarse bajo mi piel. Pero no me importa. Porque lo único que siento es el vacío. He dejado todo atrás. Mi trabajo. Mi lugar en Apex. Los años de esfuerzo, de constancia, de haber construido algo con mis propias manos. Y lo más doloroso es que lo sabía. Sabía que todo podía acabar así, y aun así, me dejé arrastrar. Me permití creer.

Ahora camino por estas calles, perdida entre desconocidos, sintiéndome como una sombra. Como si hubiera desaparecido del único mundo que conocía.

Y me pregunto: ¿quién soy si ya no estoy en Apex? ¿Quién soy si ya no estoy con ella? ¿Quién soy, si ni siquiera puedo confiar en lo que tengo sin que termine hecho pedazos?



CAPÍTULO 38

KELSEY

18 de mayo de 2025.

Han pasado tres días desde que Tobias y Margaret me llamaron a su despacho para soltarme una bomba que todavía no logro asimilar. «Lo sentimos, Kelsey, al parecer Miranda se ha visto desbordada por el trabajo y ha preferido dejarnos.» No me dieron ninguna explicación concreta, y por más que he intentado ponerme en contacto con ella, no ha sido posible. Fui a su casa un par de veces, pero no encontré a nadie. O tal vez sí estaba allí y simplemente no quiso abrirme. Ni siquiera Andrew sabe dónde se ha metido su hermana.

Sigo sin poder aceptar que Miranda haya renunciado a todo. Al proyecto. Al futuro sello. A Apex. Incluso a intentar arreglar lo nuestro —nunca debí decirle aquellas cosas—. Desde entonces, algo dentro de mí no ha hecho más que lanzarme señales de alerta. Porque por mucho que hayamos discutido, por mucho que el miedo y el ego se hayan interpuesto entre nosotras, sé cuánto significa este mundo para ella.

«Ya tienes lo que querías.»

El evento finalmente va a tener lugar, y no puedo quitarme esas palabras de la cabeza. Este debería ser un día para celebrar juntas. El día en que, después de semanas de trabajo, de discusiones, de momentos en los que el cansancio pesaba más que cualquier risa o beso, presentamos al mundo *Las sombras del jardín de vidrio*. Pero ella ya no está aquí. Estoy sola. Bueno, sola entre más de cien personas, pero sin Miranda, y eso lo cambia todo.

La zona de eventos de la sucursal de Hatchards en Marylebone está a rebosar. Hay gente haciendo cola desde las nueve de la mañana, y todavía faltan veinte minutos para que comience la presentación. La sala está decorada como un invernadero encantado: hiedra artificial, luces suaves, frases del futuro libro colgando de pequeños carteles de madera envejecida. Es justo como Miranda y yo lo planeamos con tanto esmero, y me duele en lo más profundo que no esté aquí para verlo y disfrutarlo.

Camino entre los asistentes con una sonrisa profesional fijada en el rostro, saludando a los periodistas que reconozco, asegurándome de que todo esté listo con el equipo de Hatchards. Pero por dentro, el pecho me pesa como si llevara un bloque de cemento atado al corazón.

Elliot se acerca en cuanto me ve, con ese nerviosismo entrañable que le he visto tantas veces. Aún parece incapaz de creerse lo que está sucediendo.

—¿Has visto cuánta gente hay?

—Una locura, sí —le respondo con un guiño—. Prepárate, porque hoy vas a conseguir ese contrato editorial que tanto hemos soñado.

Él sonríe, aunque todavía algo tenso.

—¿Y Miranda? ¿No vendrá?

Intento disimular la tristeza, pero me cuesta más de lo que pensaba.

—No… No podrá estar hoy. Ha tenido un contratiempo de última hora —respondo sin entrar en detalles. No es momento de hablar de lo ocurrido, mucho menos ahora.

Cuando llega la hora y Elliot sube al pequeño escenario para comenzar la presentación, me quedo a un lado, aplaudiendo junto a Charlotte y el equipo de Hatchards. La emoción se respira en el ambiente, y él habla con el corazón en la mano. Empieza a leer un fragmento con la voz temblorosa al principio pero ganando fuerza con cada palabra, y me doy cuenta de que este libro llegará lejos. Lo noto en los rostros atentos, en las miradas brillantes. Nunca lo dudé, porque la historia es excelente, y porque Miranda y yo lo trabajamos con toda la entrega posible, procurando que el mundo lo conociera desde los ojos de su autor.

Sin embargo, no hay una sola parte de este logro que me sepa bien sin Miranda a mi lado.

—Parece que todo va bien, ¿no? —me dice una voz a mi izquierda. Me giro y encuentro a Diana, con su sonrisa serena, la misma que siempre lleva puesta. Incluso cuando el mundo se me viene abajo y yo ya no sé cómo sostenerlo.

—Sí… aunque me habría encantado que Miranda estuviera aquí para verlo —respondo sin adornos—. Todavía no entiendo cómo pudo…

—A mí me sigue sorprendiendo que Tobias y Margaret le pidieran que se apartara unos días por el bien del evento —comenta, como si hablara de algo evidente.

Me doy la vuelta tan bruscamente que por poco tiro una bandeja de mini cruasanes que pasa junto a nosotras.

—¿Qué has dicho?

Al ver mi expresión, Diana comprende al instante que yo no tenía ni idea.

—Tú… lo sabías, ¿verdad? —Mi rostro seguramente se ha quedado sin color—. Miranda no renunció por voluntad propia. La apartaron. Y la conozco lo suficiente como para saber que, cuando siente que no confían en ella, es capaz de dejarlo todo. Siempre ha sido así.

Siento el impacto de sus palabras como un golpe directo al corazon. La imagen de Miranda saliendo del despacho de Tobias, sin decirme nada, con la mirada devastada, regresa a mi mente con una claridad dolorosa.

—Tobias me dijo que fue decisión suya —susurro, como si aún buscara una forma de negar la verdad. Diana niega con la cabeza.

—Supongo que es lo de siempre: ella lleva demasiado tiempo en Apex, y saben que no pueden moldearla como a ti —añade, encogiéndose de hombros.

Me quedo paralizada, intentando asimilar lo que acabo de descubrir. A mi alrededor, la gente aplaude, Elliot sonríe, emocionado y agradecido. Yo también debería sentirme feliz, pero lo único que me invade es una rabia profunda. Rabia porque Miranda se ha

perdido esto, porque le arrebataron una victoria que también era suya.

—Gracias por decirme la verdad.

—Tranquila. Sois mis amigas, y lo que le han hecho a Miranda no tiene justificación. Tampoco lo que te han hecho a ti, manipulándote de esa manera estas últimas semanas —añade, preocupada—. Apex ya no es la editorial que era. La verdad es que ya no sé si quiero seguir aquí.

Nos miramos, y de pronto todo se vuelve claro, cristalino. No necesito más confirmaciones. Sé exactamente cuál será mi próximo paso. Vuelvo al presente y me acerco a Elliot en cuanto termina su intervención. Lo abrazo con fuerza, con una determinación que no sabía que aún tenía.

—Has estado increíble.

—¿Tú crees?

—Claro que sí —le aseguro, dándole una palmada en el pecho—. Y prepárate, porque te van a llover las ofertas, colaboraciones, entrevistas… Pero que lo sepas: Miranda y yo estaremos ahí. No te dejaremos solo, ¿de acuerdo?

—¿Por qué haríais eso? ¿Ha pasado algo?

—Van a cambiar muchas cosas, pero todas para mejor. Te lo prometo —le acaricio el hombro, sin saber muy bien cómo voy a lograrlo—. Ahora disfruta. Toda esta gente está aquí por ti, y te debes a ellos.

Mientras él comienza a saludar a los asistentes y responder algunas preguntas, me aparto unos segundos. Miro el móvil. Repaso

las fotos de Miranda, pensando en todo lo que hemos vivido, en lo que siento por ella.

—Nos han arrebatado lo que más nos hacía feliz, esta presentación… —susurro—. Pero te juro que viviremos muchas más juntas.

Y sé que eso solo es posible si cierro esta puerta y abro otra. Una donde estemos las dos cumpliendo ese sueño que una vez imaginé, pero que solo tiene sentido si lo comparto con ella.

. . .

A la mañana siguiente.

A las ocho en punto, me planto en la puerta de Apex. Podría decir que me tiemblan las manos, que no he pegado ojo, que me pasé la noche en vela. Pero sería mentira. Dormí como un tronco. Porque cuando se toma una decisión desde lo más profundo del corazón, el cuerpo al fin se rinde, y eso es lo que me ha ocurrido desde que supe la verdad y vi a Elliot brillar en ese escenario.

Hoy cierro una etapa. Y no pienso hacerlo a medias. Camino por el pasillo con una carpeta bajo el brazo y la carta de renuncia doblada en el bolsillo. El ambiente en Apex es el mismo de siempre. Cuando me cruzo con Diana en recepción, me lanza un gesto de ánimo que respondo con una sonrisa sincera. Luego me dirijo directa al despacho de Tobias y Margaret. Voy con la certeza de quien sabe que está a punto de devolver la bomba que le arrojaron el día anterior.

—Adelante —dice Margaret al oír mis golpes en la puerta.

Entro. Tobias sonríe, como si no tuviera ni idea de lo que está a punto de ocurrir.

—Kelsey, justo hablábamos de ti. El evento de ayer fue un éxito rotundo. Charlotte nos ha escrito esta mañana, encantada. Dice que quiere organizar otro encuentro en otoño, cuando el libro esté a punto de salir. Y las reseñas ya están empezando a circular…

—Ahórrate el informe de triunfos —lo interrumpo, cerrando la puerta tras de mí—. No he venido por eso.

Ambos me observan con la expresión congelada, como si acabaran de probar un café amargo sin quererlo. Margaret entrecierra los ojos con esa actitud elegante con la que intenta controlar situaciones que claramente ya se le han escapado de las manos.

—¿Va todo bien? —pregunta, aunque es obvio que sabe perfectamente que no.

Saco la carta de mi bolsillo y la coloco sobre la mesa.

—Mi renuncia. Efectiva desde este momento.

Tobias se levanta enseguida, como si le hubieran clavado una chincheta en el culo.

—¿Qué estás diciendo?

—Que me voy. Y antes de que me interrumpáis, voy a explicaros todo, claro y directo.

Respiro hondo. Sé que esto no será bonito. Ni fácil. Pero sí necesario. Porque es la verdad que llevo tiempo queriendo decir.

—Durante semanas, Miranda y yo trabajamos codo a codo para levantar este proyecto. Para darle vida a una historia que merecía

ser contada. Lo hicimos juntas. Compartimos ideas, estrategias, noches enteras. Y en el momento más importante, decidisteis apartarla. ¿Por qué? ¿Porque os incomoda? ¿Porque necesitáis a alguien que podáis moldear a vuestro antojo y no a una editora que ha dado todo por vosotros durante años?

—Kelsey —interviene Margaret, intentando sonar calmada—. Fue una decisión necesaria para evitar más tensiones. Era evidente que entre vosotras...

—¿Y mentirme también formaba parte de esa estrategia? —la corto sin dudar—. Porque eso fue lo que hicisteis. Me dijisteis que Miranda había renunciado por voluntad propia. Que se había rendido. Pero la verdad es que la echasteis. Me quitasteis el derecho a saber lo que ocurría. A elegir cómo actuar. Solo os importaba que el evento no se viniera abajo.

Tobias ya no sonríe. Margaret cierra la boca, apretando los labios.

—Pensabais que me ibais a tener aquí, feliz, convencida de que esta era «mi gran oportunidad», cuando en realidad no lo es. Porque si Miranda no está, esto no significa nada. Ella es la otra mitad de mi equipo. Y sin ella, el resto queda vacío. Vosotros no entendéis lo que es construir algo así. Para vosotros, todo se reduce a competencia, control y jerarquía.

—Apex necesita orden, no caos —dice Tobias, con su frialdad habitual.

—¿Orden? ¿De verdad llamáis a esto orden? ¿Quitarle a alguien su lugar? ¿Borrarla? ¿Manipularme para que no me rebele? Lo que

os falta es ética. Y humanidad. Y eso, en una editorial, debería ser innegociable.

El silencio cae como una losa. Los dos sienten el golpe. Lo noto. Pero ya no voy a contenerme.

—Así que aquí tenéis mi renuncia. Y que conste que no me voy porque no me crea capaz de hacerlo sola. Me voy porque no quiero formar parte de un lugar que premia la traición por encima del compañerismo. Me voy con la cabeza alta. Y con algo más —alzo la carpeta que llevo en las manos—. El manuscrito de Elliot. Porque fuisteis tan negligentes como para no firmar un contrato de exclusividad, sabiendo que iba a daros buenos números. No tenéis ningún derecho sobre él. Y más vale que no se os ocurra interferir si Miranda y yo decidimos dónde queremos publicarlo.

Margaret se revuelve en su silla.

—Eso sería una declaración de guerra —escupe, con los dientes apretados.

—No, Margaret. Eso es lo justo.

Doy un paso atrás, ya con la mano en el picaporte.

—Os deseo suerte encontrando a dos editoras que cumplan como lo hicimos nosotras. Pero os advierto: no lo lograréis. Porque lo que construimos juntas no pasa todos los días. Y acabáis de perderlo.

Abro la puerta y salgo sin volver la vista. Las piernas me tiemblan ligeramente, pero es por la adrenalina. Por la certeza de haber hecho lo correcto, aunque duela lo que dejo atrás. Diana me espera junto al ascensor.

—¿Acabas de dimitir?

—Sí. Les he dado justo donde más duele —respondo, y en sus labios aparece una sonrisa cómplice.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—Ahora voy a buscarla.

Porque si Miranda ha decidido marcharse, alguien tiene que recordarle que no está sola. Que nunca lo ha estado. Que esto no se trata solo de trabajo. Se trata de nosotras. Y yo no pienso renunciar a lo que hemos construido.



CAPÍTULO 39

MIRANDA

Tres días después.

Ayudar a Andrew en la cafetería *debería* haberme distraído, pero la verdad es que me he pasado la mayor parte de la mañana limpiando mesas que no lo necesitan y recolocando tazas en los armarios como si, al hacerlo, pudiera vaciar parte de lo que me aprieta el pecho. Mi hermano me observa en silencio, con paciencia, sabiendo que muchas veces prefiero no ser interrogada, aunque eso termine por hacerme estallar en la soledad de mi casa. Y sinceramente, me habría gustado mantenerme así hasta que salir de la cafetería.

—Sigues sin querer que le diga algo a Kelsey, ¿verdad? —me pregunta mientras espolvorea cacao sobre un capuchino—. Me ha enviado un par de mensajes más. Solo quiere saber si estás bien.

—Después de todo lo que ha pasado, no quiero saberme nada —respondo sin alzar la mirada de la bandeja—. Cuanto menos sepa, mejor.

Andrew chasquea la lengua con desaprobación.

—Te recuerdo que no estás en una novela de Jane Austen —protesta, quitándome la bandeja de las manos—. Podrías hablar con

ella como una persona adulta. Así es como se solucionan las cosas.

Claro, Andrew no puede ponerse de mi parte en esto. Y por la expresión de Penélope, sé que ella tampoco lo hace.

Un par de horas después —pasados en completo silencio—, me despido de ellos con un beso en la mejilla y salgo a dar un paseo sin rumbo por Bloomsbury. Camino con ese hueco en el pecho que no se llena ni con el mejor café del mundo, ni con literatura, ni con el silencio en el que me encerré desde que decidí dejar Apex «por mi bien».

Paso por varias tiendas, por escaparates y rincones donde en más de una ocasión vi a Kelsey reír con esa espontaneidad que, sin darme cuenta, comenzó a atraerme. Sus locuras, su risa, su forma de mirar los libros… todo está presente. Como cada vez que me arrastraba a esas pequeñas librerías de barrio donde, según ella, «se esconden las mejores historias», igual que en la de su madre. Durante mucho tiempo fui escéptica. Ahora, al ver esos mismos lugares, entiendo que tenía razón. La verdadera grandeza no está en un título superventas, sino en la emoción que cualquier página puede provocar.

Me detengo en una librería de segunda mano. El olor a papel envejecido, a historias que han pasado por otras manos, me envuelve. Cierro los ojos y respiro el ambiente como si fuera algo nuevo. No sé cómo, pero termino en la sección de novela romántica, atraída por las cubiertas y por una sensación magnética que no sé explicar. «Lo que me faltaba», pienso, justo cuando mis dedos se posan en un lomo color pastel, con letras doradas y una sinopsis que

habla de redención, de encuentros inesperados, de segundas oportunidades.

Lo compro sin dudar. Hasta ese punto ha llegado Kelsey Doyle en mi vida, a que compre novelas románticas.

Con el libro bajo el brazo, cruzo hasta el parque más cercano y me siento en un banco bajo la sombra generosa de un roble. El aire es tibio, cargado de polen y recuerdos que se cuelan sin permiso. Las risas de los niños, las conversaciones de las parejas, los paseos tranquilos de grupos de amigos… todo a mi alrededor parece contar historias. Abro el libro y me sumerjo en las primeras páginas, sencillas, honestas. Sin artificios. Justo lo que necesito. Y también lo que me golpea directo al corazón.

Estoy tan concentrada que no noto que alguien se sienta a mi lado, hasta que escucho su voz.

—¿Desde cuándo Miranda Harper lee novelas con finales felices?

Levanto la vista. Kelsey me sonríe como si nada hubiera pasado. Lleva el pelo revuelto y las mejillas encendidas, como si hubiera corrido hasta aquí. «Maldito Andrew», pienso, pero el corazón me da un vuelco, aunque el orgullo siga presionándome el pecho.

—¿Cómo me has encontrado?

—Por tu hermano —responde sin disimulo—. Me dijo que tenía una comida en un restaurante que, casualmente, es tu favorito. Y como ya es casi hora de cerrar la cafetería, deduje que estarías por la zona.

Suelto una risa seca. Ahora resulta que también es buena detective.

—¿Y qué quieres?

Mi voz suena más frágil de lo que me gustaría. A estas alturas ya sé que el evento fue un éxito. Desde el domingo, las redes están llenas de comentarios, de reseñas, de lectores entusiasmados con *Las sombras del jardín de vidrio*. Todo salió como lo planeamos, como lo soñamos. Pero yo no estuve ahí.

Kelsey se gira hacia mí. Se pone bien en el banco, sus piernas rozan las mías y toma aire. Su mirada me advierte que está a punto de decir algo importante.

—He venido a decirte que lo he dejado —susurra. Su voz tiene un matiz triste, pero lo que me transmite no es derrota, ni mucho menos—. He dimitido. No pienso formar parte del sello.

Mi estómago se contrae. Siento la punzada directa. Como si me hubieran golpeado.

—¿Qué…?

—Lo que oyes. Me planté ante Tobias y Margaret. Les dije que no construiré nada en un sitio donde se pisotea a las personas, donde se manipula sin escrúpulos, como si fuéramos piezas de ajedrez.

Parpadeo. No sé si estoy a punto de lanzarme a sus brazos o salir corriendo. Kelsey siempre ha sabido transformar el caos en algo con sentido. Pero ahora, la idea de que me haya elegido —a pesar de todo lo que dije, de cómo la rechacé— me desarma.

—¿Por qué lo hiciste? —murmuro. Mi voz se rompe. Me cuesta mantenerle la mirada.

—Porque te quiero —responde, sin titubear—. Y porque este proyecto, sin ti, no tiene ningún valor. Porque todo lo que deseaba era trabajar contigo. No competir, ni ganar algo. Solo estar contigo.

Trago saliva. La culpa me atraviesa. Me odio por haberme escondido tras mis miedos, por haber permitido que mi inseguridad hablara por mí. Por haberme alejado justo cuando más necesitábamos ser un equipo.

—Sinceramente… pensé que ya no era mi sitio —confieso, bajando la mirada, sintiendo cómo cada palabra se me clava en la garganta—. Creí que todo esto era parte de un plan para destacar, para brillar sola y conseguir tu propio sello, publicar esos libros que nunca han tenido una oportunidad.

Kelsey niega con la cabeza. Aunque tiene los ojos vidriosos, su sonrisa es firme, tan firme que me sacude por dentro. Porque el amor sigue aquí. No se ha ido ni se marchará.

—Miranda, nunca he necesitado brillar sola —responde con una ternura que se mezcla con una fuerza que no supe valorar, por mucho que me lo haya mostrado mil veces—. Siempre quise colaborar contigo. Construir algo grande, juntas. Porque tú vales muchísimo, y no solo en lo profesional. Me inspiras a ser mejor en todo.

El libro se me resbala de las manos. Cae al suelo con un golpe seco, de esos que normalmente me harían llevarme las manos a la cabeza. Pero ahora, ni siquiera miro hacia abajo. Solo la miro a ella. Porque en sus ojos hay más verdad que en todos los discursos que escuché de Tobias, más verdad que en todos los informes de Apex.

Y, por primera vez en días, siento que mi mundo empieza a girar en la dirección correcta. Aunque aún no sepa exactamente cuál es.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunto, esta vez sí, sosteniéndole la mirada.

Kelsey se acerca. Me roza la nariz con la suya y, sin pensarlo, me besa. Un beso directo, honesto, que me provoca una revolución en el corazón. Luego me observa, buscando en mis ojos una grieta por donde colarse, evaluando si puede saltar y confiar en que esta vez yo no me retiraré. Y, por supuesto, puede confiar, porque soy yo quien lo confirma con otro beso. Uno que dice «ya no me voy a ir».

—Supongo que ahora… —murmura, con una sonrisa suave— nos toca darnos una segunda oportunidad. Como en ese libro —añade, bajando la vista al suelo. Luego recoge el ejemplar que se ha caído, le sacude la tierra con cuidado y lo sostiene entre sus manos —. Quiero que tengamos una oportunidad real. Una editorial propia. Con nuestras reglas. Sin jefes escondiéndose detrás de excusas. Sin pedir permiso para brillar.

Mi corazón se acelera, pero no por miedo. Esta vez es distinto. Por primera vez, la palabra *juntas* no suena como un sueño lejano. Suena real. Posible. Maravilloso.

—¿Incluso si es arriesgado? —pregunto, consciente de que, en otro momento de mi vida, habría cerrado esa puerta sin pensarlo.

—Justamente por eso. Porque es arriesgado —responde sin vacilar—. Porque las cosas que valen la pena siempre lo son. Y si no hay vértigo, no hay cambio real. Ya no quiero volver a ser la Kelsey que se quedaba en la sombra esperando a que le hicieran un hueco. Además… —sonríe como una niña que acaba de hacer una

travesura, abre el bolso y saca algo que reconozco al instante—. Tenemos el manuscrito de Elliot.

—Madre mía… No puedo creer que de verdad lo hayas hecho. Rebelde sin causa, ¿eh? —comento, sin poder contener la risa.

—Eso les pasa por no haber confiado en nosotras antes —replica sin pestañear.

—¿Y si no lo logramos? ¿Y si la idea fracasa antes incluso de empezar?

La pregunta no es solo profesional. No hablo solo de la editorial, ni de los libros, ni de las reuniones futuras o los potenciales éxitos. Hablo de nosotras. De este amor que tengo dentro y que aún me asusta perder. De las noches que ya no paso sola, de cómo mi casa dejó de parecer una celda cuando ella entró. De las mañanas que comienzan con su risa y no con el sonido del teléfono.

Kelsey me sonríe. En esa sonrisa no hay promesas vacías. No hay fantasías de cartón. Solo verdad.

—Entonces, si no lo conseguimos, fracasaremos juntas. Pero yo apuesto por ti, Miranda Harper —dice, tan cerca de mis labios que siento su aliento—. Siempre lo he hecho, y siempre lo haré. Incluso cuando tú no apuestes por ti misma. Incluso cuando te encierres o intentes ocultar lo que sientes. Yo seguiré aquí. Porque si algo me ha enseñado todo esto es que prefiero caer contigo mil veces, antes que avanzar con seguridad sin ti.

No tengo palabras. Ninguna frase de ninguna novela puede superar eso. Le acaricio el cuello y vuelvo a sus labios, a la historia más extraordinaria que he vivido en años. A la idea de ser

protagonista de lo que aún nos queda por escribir. Y cuando me separo, no puedo evitar sonreír.

—Creo que ya tengo un nombre y un lugar —susurro, pensando en la editorial.

Ella alza las cejas con picardía.

—Entonces... tendremos que empezar a escribir este desastre.



EPÍLOGO

MIRANDA

Seis meses después.

«Kalopsia». Aún me cuesta creer que así se llame nuestra editorial. No por el nombre —que elegimos tras debatir durante dos horas, cinco tazas de café y una lista ridícula de palabras griegas, inventadas y hasta deformadas—, sino porque es real. Existe. Tiene oficina, dirección fiscal y hasta tazas con logotipo incluido —obra de Kelsey, por supuesto: un gato leyendo con gesto concentrado—. Pero más allá de lo tangible, Kalopsia representa algo que nunca creí posible: una segunda oportunidad. No solo en lo profesional, también en la vida.

La librería de Rebeca —después de algunas reformas tras el incendio— ya está preparada para la presentación, y no puedo evitar sentir la misma mezcla de nervios e ilusión que tuve hace meses, cuando todo comenzó. Elliot está junto a las estanterías, hojeando su propio libro con gesto incrédulo, como si aún no creyera que todo esto esté pasando. Diana, quien abandonó Apex una semana después que nosotras, repasa sus notas con esa eficiencia maravillosa que tanto la caracteriza.

Respiro. Por primera vez en mucho tiempo, respiro de verdad. Observo el lugar sin esa presión que antes me pesaba en el pecho.

—¿Lista? —pregunta una voz a mi izquierda.

Kelsey está deslumbrante, con un vestido azul marino y esa manera suya de habitar el mundo que me pone en paz. Me toma la mano y me sonríe.

—Tú haces la introducción —le recuerdo.

—Sí, pero tú eres la editora jefa. Alguien tiene que impresionar al público con un discurso de verdad.

Asiento mientras trago saliva, y Diana se acerca a nosotras. Nunca imaginé que después de tanto caos pudiera soñar con algo así, y mucho menos, hacerlo realidad.

—La gente ya está lista —anuncia—. Y no quiero meterte presión, pero hay muchísimos más asistentes de los que habíamos previsto.

—Perfecto —responde Kelsey, alzando las cejas con diversión—. Nada como la amenaza de un apocalipsis a la salida para que sea inolvidable. —Se gira y me acaricia el cuello con ternura—. A por ellos, Harper.

Asiento y camino hacia el pequeño escenario improvisado, con el corazón a mil. La librería está repleta. Hay lectores de todas partes, seguidores de Elliot, antiguos compañeros de Apex —los que todavía merecen la pena—, y desconocidos que llegaron gracias al boca a boca o a las redes. Me coloco frente al micrófono. Respiro. Y sonrío.

—Buenas tardes a todos. Gracias por estar aquí… en un lugar tan especial. Esta presentación no es solo eso. Para Kalopsia, hoy es el inicio de un sueño inmenso.

Lanzo una mirada a Kelsey, que me observa desde un lateral, y luego a Elliot, que se muerde el labio con nerviosismo.

—Hace unos meses, cuando empezamos a trabajar juntas, Kelsey y yo no nos soportábamos. Y no lo digo en sentido figurado. —El público ríe—. Ella pensaba que yo era una bruja estirada, y yo creía que ella era una temeraria caótica con delirios de salvadora literaria. Ninguna de las dos sabía que íbamos a terminar sacando lo mejor de la otra… y también, lo mejor de los libros.

Las carcajadas crecen, y miro de reojo a Kelsey, que se lleva una mano al pecho con teatralidad, como si acabara de recibir un galardón. Cómo la adoro.

—Kalopsia significa la ilusión de ver belleza en lo imperfecto. Y eso es lo que hemos querido construir con esta editorial: un refugio para historias valientes, un espacio donde los autores nuevos no tengan que encajar en moldes viejos, donde los libros puedan respirar… y tocar a quien los lea. Empezamos con *Las sombras del jardín de vidrio*, de Elliot McCarthy, porque fue ese manuscrito el que nos hizo replantearnos el futuro. Su historia nos encontró justo cuando más necesitábamos creer que, incluso en medio del caos, pueden florecer cosas hermosas.

Mientras hablo, repaso mentalmente cada paso del camino: la primera vez que leí el manuscrito, aquella noche de evento improvisado, nuestras discusiones eternas en la oficina, las conversaciones hasta la madrugada, ese beso que lo cambió todo…

Luego vinieron las risas, los roces, los desayunos compartidos, los días agotadores y las noches que encendían la posibilidad de algo más grande.

—Y ahora, con todo el orgullo del mundo, os dejamos con él. Con su historia. Con su voz. Porque si Kalopsia representa algo, es que, cuando confías de verdad en alguien, lo demás se construye solo.

Entre aplausos, le cedo el micrófono a Elliot y regreso junto a Kelsey. Ella se acerca, me pasa un brazo por la cintura y me susurra al oído:

—Me he vuelto a enamorar de ti.

—¿Por la presentación?

—Por no desmayarte en público… y porque lo de «bruja estirada» ha sido muy sexy.

Suelto una risa que no intento disimular. Por primera vez en mucho tiempo, siento que estoy exactamente donde debía llegar. Entre libros que regalan magia. Con el futuro abierto, como una novela recién empezada, llena de páginas en blanco esperando a ser escritas.

. . .

KELSEY

Si me lo hubieran dicho hace unos años, me habría reído en su cara. Fundar una editorial con Miranda Harper habría sonado tan improbable como imposible. Porque nada —absolutamente nada—

en nuestra historia inicial apuntaba hacia ese clásico de «felices para siempre». Éramos —y seguimos siendo, porque eso no ha cambiado en lo más mínimo— dos polos completamente opuestos. Cada una con su carácter, con ideas distintas, con gustos que difícilmente coincidían. Y ahora… ahora que la observo desde un rincón de la librería, cuesta creer todo lo que hemos logrado.

Me muevo entre la gente con un vaso de limonada en la mano, y mis ojos se posan en Elliot, que conversa con un grupo de lectoras. En sus rostros se adivina que han encontrado en su historia algo profundamente personal. Y eso, más que cualquier logro editorial, me llena el alma. Pienso en todo lo que nos ha costado hacer realidad este libro: las presentaciones, los rechazos, los informes interminables, las jornadas sin descanso, las discusiones acaloradas, las reconciliaciones… y, por supuesto, en ella.

Es increíble darse cuenta que todo comenzó con un café derramado y una amenaza mal disimulada. Me enamoré sin querer, sin buscarlo, mientras leía sus notas al margen del manuscrito de Elliot y discutíamos por cualquier cosa. Aprendí a entender sus silencios antes de descubrir que, detrás de su perfeccionismo, había una mujer que solo quería protegerse de que la defraudaran. Y supe que me había perdido del todo cuando me abrió su mundo y me permitió quedarme.

Kalopsia es un milagro por muchas razones. Pero el verdadero milagro no es que exista, es que la hayamos creado juntas. Que hayamos sobrevivido a nuestras propias tormentas, que hayamos aprendido a confiar, a construir algo sólido sin perder nuestra esencia. Que ella se atreviera a amar, y que yo decidiera dejarlo todo para creer en nosotras por encima de cualquier miedo.

Diana me lanza una mirada cómplice desde la mesa de firmas, como si pudiera leerme el pensamiento. Yo le devuelvo el gesto con un guiño y doy un sorbo a mi limonada, apoyándome en una estantería. Todo fluye con la calma justa, con ese ritmo que imaginamos: paso a paso, dejando que los lectores se adentren en esa historia que nació en un club de lectura y ahora brilla a través de Elliot.

—¿Planeando dejarme sola con los medios? —pregunta Miranda, que aparece de pronto a mi lado. No la he visto acercarse, pero no me sorprende. Siempre aparece justo cuando debe—. Te recuerdo que eso fue lo que te tocó cuando hicimos el sorteo hace unas noches.

—Tranquila, tengo todo bajo control. Solo le daba vueltas a la frase de la noche —le contesto, girándome hacia ella con una media sonrisa.

—¿Algo tipo «esto es solo el comienzo» o «lo mejor está por llegar»?

—Algo mucho mejor —respondo sin apartar la vista de sus ojos —. Algo como… «esto es lo que sucede cuando el destino decide darte una oportunidad para brillar.»

Sus ojos se suavizan. Y nos dejamos envolver por ese silencio que lo dice todo. Porque sabemos que sumergirnos en este proyecto nos ha cambiado. Nos ha sacado lo mejor. Y sin nuestro trabajo conjunto, Elliot nunca habría tenido esta oportunidad. A partir de ahora, muchos más podrán brillar también.

—Esa frase debería estar escrita en cada pared de nuestra editorial —murmura finalmente.

Le sonrío como solo le sonrío a ella.

—Ya lo está. —Le señalo el pecho, justo donde late su corazón —. Está escrita aquí. En lo que hacemos, en lo que somos, en cada idea loca que lanzamos al aire y que hoy se ha hecho realidad.

Miranda se inclina un poco y me besa. Luego me acaricia la mejilla con delicadeza, y se queda unos segundos perdida en mi mirada.

—No sé en qué momento dejamos de ser rivales para convertirnos en esto… —susurra—. Pero me alegra que nos obligaran a trabajar juntas. Ahora no imagino hacer nada sin ti a mi lado.

—Ya verás cómo no dices lo mismo cuando tengamos que leer manuscritos juntas y empecemos a pelear por cuál es mejor —bromeo, tomando su mano y soltando una risa leve—. Aunque sí, yo también me alegro. Descubrimos que somos capaces de todo si vamos de la mano. Y, además, comprobamos que de las dos, la más positiva y creativa soy yo.

Miranda ríe y vuelve a besarme. Como si no hubiera más gente a nuestro alrededor. Como si no estuviéramos en medio de una librería llena de lectores, amigos y periodistas. Como si el mundo pudiera detenerse un segundo para darnos ese pequeño respiro que merecemos.

—¿Sabes? —susurra junto a mi oído—. Me temo que hemos terminado convertidas en protagonistas de una de esas novelas a las que tú me hiciste adicta.

—Dirás que te volviste adicta tú sola —le rectifico, sonriendo—. Yo no te obligué a leer nada. Pero me gusta la idea… Es una lástima

que nadie se atreva a escribirla.

—¿Te imaginas?

—¿Dos editoras? ¿Un proyecto imposible? ¿El caos desatado y un amor imprevisto? —pregunto, apoyando la cabeza en su hombro —. Le falta algo para que no suene tan cliché.

—Una de tus frases —dice Miranda, apartándose un poco para mirarme a los ojos—. Del tipo… «el mejor final, el de verdad… se escribe a cuatro manos.»

Y en ese instante, todo encaja. Porque Kalopsia no es solo una editorial. Es parte de nuestra historia. La de dos mujeres que tropezaron con sus propios miedos, que discutieron, cayeron, se eligieron… y decidieron que, si había un lugar donde quedarse, era aquí. Entre las páginas en blanco de una historia que apenas hemos empezado a escribir.

SOBRE LAS AUTORAS

Si quieres leer el resto de nuestras novelas,
solo tienes que acceder a ellas a través de los siguientes códigos QR.

Verónica Espinosa

Lorena Murién